

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—EDICIONES

PINDARO, *Olimpicas*, edición de Manuel Fernández-Galiano.—C. S. I. C. Clásicos «Emerita» Griegos y Latinos con notas.—Madrid, Instituto «Antonio de Nebrija», 1956. 342 pp.

El ilustre Catedrático de Filología griega de la Universidad de Madrid, en su benemérita e incansable labor por darnos lo mejor de los autores clásicos en textos filológicamente perfectos (en pocos años ha editado la *República de Platón*, algo de Jenofonte, Lisias, *La Constitución de Atenas* del «Viejo Oligarca» y ahora un Teofrasto) acaba de publicar la segunda edición de las *Olimpicas de Píndaro*. Si bien en lo fundamental —comentarios y noticias biográficas— ha resultado sensiblemente igual a la primera, no ocurre lo mismo en lo que atañe a la lengua y la métrica. Si en la primera edición el capítulo dedicado a los caracteres de la lengua pindárica ocupaba tan sólo 16 páginas, en la presente abarca 41: si en la 1.^a se limitaba a dar un breve esquema métrico, la 2.^a contiene bastante más, pues el Autor nos da además amplia información sobre la estructura de los versos. En cuanto al texto, el Autor ha utilizado las recientes ediciones de Turyn y Snell (lista de variantes respecto de este último en p. 27).

Se trata, por consiguiente, de un libro que está «al día» como cabía esperar del Sr. Fernández-Galiano, no de una simple reedición. En la Addenda final se recogen incluso los trabajos aparecidos durante la corrección de pruebas. Sólo nos ha sorprendido la supresión de la bibliografía sobre temas particulares pindáricos.

El Autor ha modificado en algunos puntos su opinión respecto a cuestiones particulares, ya de transcripción (ahora se lee Acrágante, p. 9, donde antes decía Agrigento; Suda, p. 11 por Suidas, etc.), u otros aspectos:

así en la p. 22 se señalan ahora dudas sobre la autenticidad de la melodía de *Pítica I*, que se daba como segura en la primera edición.

El carácter escolar del libro convierte en insignificantes ciertos pormenores que nos permitimos señalar: En p. 12 se afirma que los Egidas eran antepasados de Píndaro (cfr. *Pit. V. 76*) de acuerdo con la interpretación general del pasaje. Pero cfr. ahora Michell, *Sparta* (trad. fr. Paris, 1953, p. 85) donde se indica que la frase ἐμοὶ πατέρες debe referirse al jefe del coro cirenaico, no a Píndaro. Sobre el «medismo» de Delfos (cfr. p. 13), véase M. Delcourt, *L'Oracle de Delphes*, Paris, 1955, p. 128 y ss., donde se combate la tesis tradicional. La traducción que se propone de μουσικᾶς ἐν ἀώτῳ (p. 109 nota a 01. ῥ, 15) como «en las delicias de la música» debería en todo caso contener una indicación sobre el valor del concepto μουσική entre los griegos. Sugerimos el término «cultura del espíritu» cfr. Jaeger, *Paideia II*, 257, trad. esp.). El Autor interpreta sistemáticamente como «dativos posesivos» (cfr. nota a 01. I, 23; II, 14) casos que creemos es mejor considerar, con Havers (*Unters. zur Kasussyntax*, 2) «simpatéticos» a no ser que se entiendan, con Schwyzer (II, 189) como genitivos los casos μοι, σοι, σί cuando preceden inmediatamente a sustantivos.

En p. 117 el autor sobreentiende un ἐκ cuando se trata de un claro genitivo-ablativo: cfr. Sófocles, E. R. 152. El propio Schwyzer, II, 91 ha colocado este mismo ejemplo bajo la rúbrica del ablativo. Lo mismo cabe decir de la nota a I, 92, p. 123: πτόρρ es un locativo y por tanto no es necesario sobrentender ninguna preposición. Sobre el valor del verbo δέρομαι (p. 124) cfr. ahora Snell, *Die Entdeckung des Geistes*, 3.^a ed. 1955, p. 18; y acerca del pretendido valor de presente de los perfectos «anómalos», Ruipérez, *Estructura del sistema de aspecto del verbo griego antiguo*, p. 64. La afirmación de p. 124 de que el verbo νικάω tiene sentido de perfecto se basa en Schwyzer, II, 258. Pero, cfr. Ruipérez, *Emérita*, 1952, p. 195, donde se impugna la afirmación de Schwyzer en el sentido de que estos verbos son denominativos y, por tanto, no cabe hablar de «presente pro perfecto». En el comentario a O. XI, 1 y ss., el Sr. Fernández-Galiano interpreta en sentido propio los términos viento, lluvia, etc., con Dornseiff (*Pindars Stil*, p. 98), quien ve aquí un simple «Priamel». Pero cfr. ahora Fraenke, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums*, 1951, p. 555 y nota, quien propone una interpretación simbólica: viento=gloria (cfr. *Pit. IV, 3*); y sobre el agua con un valor semejante, *Nem. VII, 12*.

No nos queda sino animar al eminente pindarista que es el Dr. Fernández-Galiano para que pronto pueda darnos un Píndaro completo, realizado con las mismas directrices que presiden esta edición parcial que acaba de ofrecernos. Todos los helenistas se lo agradeceremos.

JOSE ALSINA CLOTA

II.—TEXTOS ESCOLARES

- J. JIMENEZ, C. M. F., *Historiae sacrae compendium*, libro de traducción para el primer curso de latín, 4.ª ed. 1956, «Textos Palaestra», Barcelona, Lauria, 5.
- J. JIMENEZ, C. M. F., *Epitome Historiae Graecae*, libro de traducción para los primeros cursos de latín, 5.ª ed. 1956, «Textos Palaestra», Barcelona, Lauria, 5.
- J. JIMENEZ, C. M. F., *Ciceronis in Catilinam oratio prima*, 2.ª ed. escolar, 1956, «Textos Palaestra», Barcelona, Lauria, 5.
- E. MARTIJA, C. M. F., *P. Vergili Maronis Aenidos liber secundus*, 2.ª ed. escolar, «Textos Palaestra», Barcelona, Lauria, 5.

La revista hermana «Palaestra Latina» ofrece a sus profesores y alumnos sus acreditados textos en sus nuevas ediciones. Cuatro lindos manualitos preparados por el Rdo. P. Jiménez, Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas de la Universidad Pontificia de Salamanca y por el Rdo. P. Martija, de larga experiencia en el magisterio del Latín.

Sus obritas reúnen todas las cualidades pedagógicas para un eficaz aprendizaje de la lengua del Lacio: textos escrupulosamente escogidos y cuidadosamente anotados con aclaraciones gramaticales, estilísticas, históricas, etcétera, acomodadas a la capacidad del alumno; textos atrayentes para los principiantes por la selección ideológica de su contenido, por su elegante y nítida presentación tipográfica, por la atinada y sobria distribución de láminas y grabados, por sus vocabularios que eliminan el recurso al diccionario, cosa tan enojosa a los principios.

Historiae sacrae compendium es un librito de 58 pp. en el que el P. Jiménez dedica a los alumnos del primer curso varios relatos atrayentes e instructivos de la Historia Sagrada. Basado en el resumen de Lhomond, ha puesto el autor particular interés en allanar las frases y locuciones latinas, de modo que los que se inician en el estudio del latín no topen con las vallas y barreras que se encuentran en el texto del abate francés. Los breves cuestionarios e interrogatorios insertados a lo largo de la obrita desarrollan el trabajo personal y la reflexión del discípulo.

Epitome historiae Graecae, librito de 96 pp. para 1.ª y 2.ª de Latín en el que el P. Jiménez se ha propuesto, a par del ejercicio de traducción, iniciar a los muchachos en la historia del pueblo clásico por excelencia, brindándoles un sugestivo panorama histórico y cultural de Grecia. La edición se basa en el Epítome de Siret reformado por Ch. GeorGIN y H. Berthaut.

10.—HELMANTICA.

M. T. Ciceronis in Catilinam oratio prima, manualito de 55 pp. para los de 3.º y 4.º curso; viva pantalla en que los muchachos pueden contemplar a Cicerón, «Padre y Salvador de la Patria» arrollando con su elocuencia ante el Senado las intrigas del revolucionario Catilina e iniciarse así en el estilo del gran prosista latino.

P. Vergili Maronis Aeneidos liber secundus, 74 pp. para 5.º y 6.º de Latín en el que el P. Martija en su afán de seleccionar lo más clásico de los clásicos, nos ofrece a Virgilio en su Eneida y de la Eneida lo más insinuante y atractivo como es el libro segundo en que se relata la toma de Troya.

No dudamos en recomendar estos manualitos de «Textos Palaestra» en la convicción de que los alumnos sacarán abundante fruto para su iniciación latina.

MARIANO MOLINA, C. M. F.

C. J. CAESAR, *De Bello Gallico*, Extraits. Texte commenté par J. Ruelens. Maison d' Editions Ad. Wesmael-Charlier (S. A.).—Namur, 1956, pp. 125+60.

G. FERIR, *Comment étudier*, Maison d' Editions Ad. Wesmael-Charlier (S. A.). Namur, 1955, pp. 47.

Dos nuevas ediciones que la acreditada Editorial belga aporta a los estudios de las letras. La primera es un librito escolar que reúne una nutrida serie de extractos del *De Bello Gallico* de César atinadamente escogidos por J. Ruelens para que los alumnos de Latín puedan deleitarse en el ejercicio de traducción de emocionantes relatos sobre las campañas cesarianas en Bélgica, costumbres de Galos y Germanos, paso del Rin y primera expedición a Gran Bretaña.

Como para una edición escolar, ha tenido su preparador el cuidado de presentar los fragmentos de estilo indirecto en letra cursiva para facilitar su inteligencia con la misma disposición tipográfica. Para contribuir a la formación del criterio del alumno y para nutrir su cultura, no se ciñe el Autor a un simple y frío comentario gramatical sino que procura esclarecer la política de César y la táctica y estrategia antigua de tantos puntos de contacto con la moderna en los principios generales. Así el texto adquiere vitalidad e interés para el alumno. Precede una introducción breve sobre J. César, su tiempo, su obra, constitución del ejército romano y galo y Bélgica a la llegada de César. Sigue luego el texto, entreverado con mapas y esquemas que facilitan la localización de los diversos hechos de armas.

Para la preparación del alumno a las clases, el autor ha publicado aparte un pequeño y útil volumen de 60 pp. en que tras un breve resumen gramatical y estilístico con referencias al texto para las ejemplificaciones, les facilita el vocabulario capítulo por capítulo con las notas indispensables para la menos costosa penetración e inteligencia de César.

La edición, preparada preferentemente para los alumnos de las escue-

las belgas, no dejará de ser práctica a los de otras nacionalidades; sobre todo prestará una buena ayuda a los profesores que hayan de hacer su prelección en clase sobre los Comentarios Cesarianos.

La segunda obrita redactada por un experimentado profesor está llamada a proporcionar a los estudiantes principalmente a quienes va dirigida («a cuantos en el colegio o solos estudian sin grandes resultados»), toda una serie de consejos prácticos para mejorar el rendimiento de su labor científica. Será una óptima ayuda para los maestros en su quehacer pedagógico y para los alumnos una garantía de superación de las serias dificultades que el asiduo estudio les impone.

Dentro de una gran brevedad y penetrante estilo pedagógico, se dan atinadas admoniciones distribuidas en los siguientes apartados: I. *Higiene del estudio*. Papel importantísimo de la salud. Normas higiénicas: ventilación, respiración, trabajo y reposo, sueño. II. *Los cursos*: 1.° *Permanencia en clase*. Posición corporal, seguridad de expresión, dominio propio. 2.° *El trabajo en clase*. Presencia de cuerpo y de espíritu. Anotaciones en borrador. Atención al profesor. III *El trabajo en casa*: 1.° *el pensum escolar*. Sabia distribución del tiempo atendida la cantidad y dificultad de las lecciones. 2.° *Los deberes*. Presentación esmerada y sobria de los mismos. Material siempre a mano. Repasos previos de la teoría antes de abordar la aplicación. Ejercicios de traducción y redacción. Normas para el trabajo de tipo científico. 3.° *Las lecciones: la memoria*. a) Estado de la cuestión; b) Empleo de la memoria; c) El hilo lógico; d) El hilo asociativo; e) Tres consejos generales: atención y repetición, esfuerzo de retención, tipo de memoria visual; f) La memoria en las ramas científicas; g) La memoria en las ramas literarias; h) La memoria en el estudio de las lenguas vivas. IV. *Las lecturas*. Modo fructuoso de tomar notas y su revisión, ordenación y conservación. La ficha. El fichero. Anotaciones en los libros, etc. V. *Consejos generales*: Decisión para el trabajo. Aprovechamiento del tiempo. Confianza en sí mismo ante los obstáculos. Preparación de los exámenes.

M. MOLINA C. M. F.

I. B. FIGHI, *Latinitas*. Variorum scripta in Latinum conversa a Ioanne Baptista Gandino, Adulpho Gandiglio, aliis. Collegit partim primum edidit suis aliorumque annotationibus instruxit Ioannes Baptista Pighi. Editio altera, Mediolani in Aedibus C. Marzorati MCMLV; pp. XVI-472, 24×17 cms.

He aquí una colección de textos literarios de grandes escritores vertidos al latín clásico por latinistas de fama reconocida. Los temas son los más variados y de los que muchos dirían que es imposible ponerlos en buen latín. La prueba está a la vista; y esta prueba confirma a la vez la ductibilidad del latín y su adaptabilidad a la vida moderna y también que aún no se ha extinguido en el mundo la serie de los grandes latinistas. ¡Her-

mosa lección para los que, ciegos, parecen empeñarse en negar la vigencia del latín y prepararle ya su fosa, privando al mundo moderno de la riqueza de esta lengua y de los tesoros de su cultura!

Sólo la lista de los autores cuyos textos se traducen es sobradamente elocuente: Alighieri, Ambrosoli, Boccacio, Buffon, Byron, Calcaterra, Carducci, Camôens, Castiglione, Descartes, Foscolo, Gray, Guicciardini, Homero, Leopardi, Machiavelli, Montesquieu, Monti, Pascoli, Petrarca, Pindemonte, Racine, Schiller, Simonides, Jenofonte y además algunos documentos de la Santa Sede sobre tema de tanta actualidad como el cine y una serie de cartas y documentos de la Universidad de Bolonia en relación oficial mantenida en latín con otras universidades. Mención especial merece para nosotros el mensaje dirigido por la Universidad de Salamanca con motivo de su séptimo centenario y la contestación que le envía la Universidad de Bolonia (p. 366-374) en esta fausta efemérides.

De las traducciones, la parte principal corresponde a Gandino y Pighi y junto con ellos en proporción más o menos destacada figuran Carlos Aquinas, Bacci, Benius (Del Bene), Borgno, Botelli, Costa, Cuorcelles, Curio, Della Piezza, Filippi, Gandiglio, Graziani, Hartman, Macedus, Mueller, Musone, Nairn, Petrarca, Renzi, Scarperia, Tommaseo, Vérien, Viale, Vitali.

El hecho de que en pocos años se haya tenido que hacer la segunda edición de una obra tan voluminosa y especializada como ésta es su mejor panegírico y un testimonio fehaciente de que el uso del latín se mantiene aún en vigor, sobre todo en Italia, heredera y fiel custodia de la más pura latinidad.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

III.—ESTUDIOS

F. STOLZ-A. DEBRUNNER, *Geschichte der lateinischen Sprache*. Walter de Gruyter et Co, Berlin, 1953: pp. 136, 16×10 cms.

Este es un libro pequeño, pero sin desperdicio. Se cumple una vez más en él el dicho de que en bibliografía engañan muchas veces las apariencias. Los libros no hay que juzgarlos ni por su volumen ni por su presentación, sino por su contenido, y es frecuente hallar bajo apariencias deleznable obras de gran calidad. Tal es el caso de este manualito de Stolz, actualizado en su tercera edición por Debrunner, profesor de la Universidad de Berna. Es obra clásica para el estudio de la *historia de la lengua latina*. Sus condiciones de brevedad, densidad y claridad lo hacen difícilmente superable. Por eso Debrunner, en vez de meterse a componer una obra nueva sobre la materia, ha preferido remozar y poner al día la ya

famosa de Stolz. Prudente medida para llegar a la consecución de textos modelo.

Sería de interés una traducción de este manual para el público de habla española. La de Américo de Castro, deficiente ya en su primera edición, resulta ahora poco útil y casi inservible ante las muchas modificaciones que Debrunner ha introducido en esta 3.ª edición. El capítulo, por ejemplo, del tronco lingüístico indoeuropeo está totalmente rehecho, de acuerdo con el estado actual de estos estudios. Brindamos la idea a la editorial Victoriano Suárez de Madrid, que fué quien nos facilitó la primera traducción española.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

R. PERNA, *L'originalità di Plauto*. Leonardo da Vinci, Editrice, Bari, 1955. pp. XVI-496, 22×14 cms.

Un estudio nuevo sobre Plauto no es tarea hacedera a cualquiera. Se necesitan buenas espaldas para sostener y manejar con soltura los materiales amontonados a lo largo de la última centuria por una crítica excesivamente minimista y disgregante.

Efectivamente desde que Ritschl en 1845 lanzó su *Parergon* —colección de abundantes trabajos de investigación plautina— los estudios sobre el gran comediógrafo latino se han sucedido sin cesar. Todas las grandes figuras de la filología clásica han sentido la tentación de medir sus armas e intervenir en el debate planteado en torno de alguno de los problemas accia de la persona o las obras del Sarsinate. No hace falta citar nombres. Sería larga e imponente la lista de escritores.

Por eso el solo hecho de acometer hoy día un trabajo serio sobre Plauto es un acto de audacia, merecedor de encomio, sobre todo si, como en el caso de Perna, el autor nos da una visión nueva y completa de un tema tan debatido como el de la originalidad de Plauto.

El Prof. Perna comienza reconociendo la dependencia de Plauto de los comediógrafos griegos, en particular de Difilo, Filemón y Menandro, principales representantes de la comedia nueva y admite en el *uortit* del *Asinaria* un reconocimiento implícito de esta dependencia por parte del mismo Plauto. Mas para dar una solución satisfactoria al problema el Autor se esfuerza en plantear bien el concepto de originalidad y sus grados (pp. 8-34). Tesis de Boissier, de Dubief, de Benoist, de Romberg, de Fritzsche, de Kiessling, de Ostermayer, de Wilamowitz, de Langer, de Jachmann con respecto a este punto. Características de la obra literaria de Plauto. Negada la originalidad al gran comediógrafo latino, habría que negarla también a Homero, a Virgilio, a Shakespeare. Planteada así la cuestión en un capítulo preliminar, pasa luego a desarrollar en el cuerpo de la obra el tema estudiando detalladamente sus diferentes facetas, para llegar por fin a la conclusión, resumida en el capítulo final, de que

es innegable la originalidad de Plauto, contra la posición exagerada de Ritschl y la escuela positivista que niega o limita excesivamente esta cualidad al mayor de los comediógrafos latinos.

Aunque el autor no lo dice expresamente, late a lo largo de todo su estudio la idea luminosa de Goethe, que decía que toda obra grande y genial es fruto de una gran cabeza y de una gran herencia. El pasado con su historia multiseccular pervive en toda obra de arte. El escritor no es un monolito perdido en el mundo. Por más que se empeñe en aislarse de todo y de todos, la atmósfera en que vive se le mete por los poros de su alma y, plasmada en su álito vital, revierte luego a su obra. Los poetas son como atletas —*quasi cursores, vitae lampada tradunt*, es idea de Lucrecio (*De rerum nat.* II, 79)— como atletas que se van pasando de uno a otro la antorcha encendida de la llama del genio.

Confirmación de estas ideas es el pensamiento de Valera en su libro «Originalidad y plagio» (cf. *Obras completas*, T. XXIV, p. 111): Todos los grandes maestros echan mano de lo bueno de sus predecesores, echan sus raíces en lo antiguo. Hombres como Rafael, como Dante, no brotan por generación espontánea: son deudores a las generaciones que les precedieron. El mero hecho de la imitación no quita de suyo mérito a una obra literaria. La inferioridad o superioridad de un autor no está en si imita o no imita. Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton, Garcilaso, Ariosto, Dante... de cuyos plagios (digamos imitaciones) pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres; otros en cambio que jamás copiaron nada de nadie, no hay ser humano que los lea.

Así es también el poeta Plauto. Su obra desafiando los siglos ha llegado hasta nosotros en multitud de manuscritos y ediciones que acreditan su valía.

Si algún reparo se pudiera oponer a la obra de Perna es su demasiada rudición, que perjudica en ocasiones el desarrollo progresivo del tema principal. Está muy enterado de los problemas planteados en torno a Plauto y con frecuencia cae en la tentación de ocuparse de ellos con más o menos extensión y esto hace que a veces se pierda la trama o el hilo de la argumentación.

Aparte de esto creo que hubiera convenido una comparación más a fondo entre la obra de Plauto y la de los comediógrafos griegos. Seguro que de esta comparación hubiera salido ganando el escritor latino. La originalidad de Plauto hubiera cobrado realce.

Esto no quita para que tributemos al Prof. Perna el más caluroso aplauso por su importante aportación a los estudios plautinos. Gracias al libro que hoy presentamos y al del Prof. Della Corte, cuya presentación hicimos hace unos años en esta misma revista (*HELMANTICA* V, 1954, 124), Plauto vuelve a tomar actualidad entre los filólogos y amantes de la literatura latina.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

P. MILTON VALENTE, S. I. *L'éthique stoïcienne chez Cicéron*, Thèse pour le doctorat ès lettres présentée à la faculté des lettres de l'université de Paris, (s. a) (1956), Paris, Librairie Saint-Paul; Brésil, livraria Selbach, XVI-434 pp. 23×15'50 cms.

El Autor se ha propuesto, nada menos, que investigar lo que hay en la filosofía ciceroniana de recibido por parte de los griegos y lo que en ella se encuentra como fruto de la reacción romana frente a la consideración de la filosofía griega.

Cicerón es, ciertamente, el transmisor de esta filosofía en occidente, y de ahí deriva —dice el autor— la inmensa fama de que ha disfrutado entre nosotros. Por temperamento Cicerón se dedicó ante todo a la filosofía moral. Examinar hasta qué punto el gran escritor romano perteneció o no la escuela estoica es el fin inmediato de esta obra (p. VII).

La obra se divide en dos partes: I) el establecimiento de las fuentes, en las que considera los libros III y IV del *De Finibus bonorum et malorum*; los tres libros *De officiis*; los libros II-IV de las *Disputationes Tusculanae*, el *De Republica* y el *De Legibus*. II) La doctrina que de estas fuentes emana.

En la I parte prueba contra Thiaucourt que la teoría estoica sobre el supremo bien está expuesta de una forma metódica y cerrada en el libro III *De Finibus*, lo que prueba —dice él— que Cicerón no usó más que una fuente para este libro (pp. 2-3). Esta fuente no debió de ser Crisipo, como quieren Görenz y Petersen; ni Hecatón, como proponen Hirzel y Thiaucourt; ni Diógenes de Babilonia, como dice Madvig; sino *aliquis Diogene recentior*, como ya había apuntado el mismo Madvig. Entre los estoicos *recentiores Diogene* se pueden señalar Antipater, Panecio y Posidonio. Descarta, Valente a Panecio y Posidonio (pp. 8-9) por la diversa posición de M. Tulio y de estos griegos frente al placer, y propone en cambio varias coincidencias en la doctrina de Cicerón y de Antipater. Pero con todo no puede afirmarse que éste sea la fuente directa de Cicerón, por el fin que el romano se ha propuesto en su libro, según indica el interlocutor Catón: *Explicabo totam Zenonis Stoicorumque sententiam (Fin. 3, 14)*. Cicerón parece sintetizar toda la doctrina estoica para juzgarla de conjunto. «Esto —dice Valente— (p. 13) nos autoriza a pensar que Cicerón se sirvió de un manual de carácter doxográfico», hipótesis que ya había apuntado en 1936 Riccardo Rubrichi en su introducción a la edición del *De Finibus* libro III. Signorelli, 1937, p. 13.

Concluye Valente diciendo que Cicerón se había servido de un estoico reciente, conocido por él personalmente que, dejando sentir su tendencia sobre Antipater, no puede excluir ningún otro de los filósofos de la escuela estoica.

En el libro IV del *De Finibus* en que Cicerón refuta la teoría estoica es más riguroso y se manifiesta menos seguro que en la refutación del Epicureísmo (p. 15). La falta de correspondencia exacta entre los libros III y IV indica que Cicerón ha buscado otra fuente distinta para este libro. La inclusión de Pisón entre los interlocutores prueba además que Cicerón

se basaría ahora en Antioco de Ascalona, maestro en filosofía de Pisón. La hipótesis seguida por Valente estaba ya propuesta por Hirzel. Todo ello está confirmado por la coincidencia de las doctrinas de Antioco y de este libro de Cicerón, por la posición de Antioco dentro de la filosofía Académica y por el hecho de que Cicerón estudió con él la filosofía por los años 79 y 78, reconociendo su mérito singular como hombre y como filósofo. Cfr. *Acad. pr.* 113: *Antiochus in primis. Qui me ualde mouet, uel quod amaui hominem sicut ille me, uel quod ita iudico, politissimum et acutissimum omnium nostrae memoriae philosophorum.* Pero esta influencia de Antioco no sigue hasta final del libro. La refutación de las «paradojas estoicas» se hace en este tratado, lo mismo que en *Acad. pr.* 136, contra el mismo Antioco. No se puede señalar una fuente concreta a Cicerón para el resto de la obra. Bien pudo hacerla por su cuenta, dada su posición más definida dentro de la Nueva Academia que la del propio Antioco *qui quidem (erat) si perpauca mutauisset germanissimus Stoicus* (CIC. *Acad. pr.* 132).

De nuevo emprende Cicerón el estudio de la moral estoica en su magna obra *De officiis*. Destinada a su hijo, a quien había confiado al peripatético Cratipo, quiere el padre provisor que su hijo siga una escuela más rigurosa en la moral que la de los peripatéticos, y aun que la del subjetivismo en que se movía la Nueva Academia, en el terreno ético. En las circunstancias del momento no hay más que una moral segura para la vida: la estoica.

Sobre el tema «del cumplimiento del deber» habían escrito varios filósofos estoicos, Zenón, Cleanto, Crisipo, Antipater de Tarso, Diógenes de Babilonia, Panecio, Hecatón de Rodas, y dos contemporáneos de Cicerón, Posidonio y Antipater de Tiro. Cicerón se muestra independiente de todos ellos en el enfoque y en la aducción de ejemplos prácticos y soluciones de aplicación inmediata.

En varias ocasiones dice que sigue a Panecio (*Off.* 3, 7; 1, 6; 1, 7, etc.), pero lo hace no como mero traductor, sino como expositor y completándolo (*Off.* 1, 6; 1, 7; 1, 155, 2, 88, etc.), por eso puede concluir Valente, siguiendo a Bayancé, que los libros del *De Officiis* son la obra filosófica más independiente y personal de Cicerón (p. 30).

Estudia luego el P. Valente las fuentes de las Tusculanas II-IV. La misma diversidad de opiniones en que bogan los críticos indica que Cicerón se mantiene también con cierta independencia en cuanto al libro II. Heize piensa en Antioco, Poppelreuter en Posidonio, Hirzel en Filón. A pesar de que Cicerón invita en su diálogo a dejar a los estoicos *qui contortulis quibusdam et minutis conclusiunculis nec ad sensum permanantibus effici uolunt non esse malum dolorem*, intenta demostrar el P. Valente, por ciertos paralelismos ideológicos entre el *De Officiis* y el libro II de las Tusculanas, que es también un libro de inspiración estoica, y, siguiendo a Pohlenz, propone como fuente segura a Panecio (p. 35).

Con relación al libro III y IV existe la misma variada incertidumbre de una fuente determinada. Ciertamente que Crantor y Crisipo, como los

epicureos y cirenaicos, aparecen en las páginas de estos libros: pero de eso a creer que Cicerón haya seguido a uno determinado de ellos hay un abismo. Valente se inclina por Crisipo, pero no conviene olvidar la palmaria confesión de Marco Tulio: *Sed defendat quod quisque sentit; sunt enim iudicia libera; nos institutum tenebimus nullisque unius disciplinae legibus adstricti, quibus in philosophia necessario pareamus, quid sit in quaque re maxime probabile requiremus* (*Tusc.* 4, 47) y... *quoniam te nulla uincula impediunt ullius certae disciplinae libasque ex omnibus quodcumque te maxime specie ueritatis mouet* (*Tusc.* 5, 29, 82). El que coincida, pues, con Crisipo en la definición de la pasión (*Tusc.* 3, 24) o en otro punto cualquiera, no basta para asignarle la inspiración de todo el libro, como no es suficiente para atribuirsele al académico Filón de Larisa, como hace Hirzel, el tener presente los elogios que en estos libros hace de los platonicos y de los socráticos. Cicerón navega por este mar de las pasiones con cierta libertad de remos y de velas: *in his (perturbationibus) explicandis ueterem illam equidem Pythagorae primum, dein Platonis descriptionem sequar, qui animum in duas partes diuidunt, alteram rationis participem faciunt, alteram expertem... Sit igitur hic fons; utamur tamen in his perturbationibus describendis Stoicorum definitionibus et partitionibus, qui mihi uidentur in hac quaestione uersari acutissime* (*Tusc.* 4, 5, 10-11).

En cuanto a los tratados *De Republica* Cicerón se propone dotar a su patria de una obra similar a la que compuso Platón sobre $\tau\eta\varsigma\ \pi\omicron\lambda\iota\tau\epsilon\acute{\iota}\alpha\varsigma$, pero los contactos entre estos dos pensadores son escasos. Más influencia debió de sentir el romano en la composición de esta obra de parte de algún historiador, quizás de Polibio, gran amigo de Escipión el Africano, por quien tanta simpatía sintió siempre Marco Tulio. Pero, como es natural, Polibio no pudo tener más influjo que en la parte material de la narración histórica, quedando todavía en pie el problema de las fuentes filosóficas de estos libros. Descartados de antemano Platón y Aristóteles, los únicos filósofos teorizantes de la política son los estoicos. El Autor va relacionando algún texto que otro para concluir que quizás Demetrio Falereo y Panecio inspiraron a Cicerón en la composición de su *Republica*. También influyeron sin duda Dicearco y Teofrasto, según se desprende de las cartas de Cicerón a Atico, 2, 2; y 2, 3.

Los mismos problemas en la asignación de las fuentes existen para el tratado *De Legibus*. La idea general parece ser imitar las Leyes de Platón, pero el fundador de la Academia queda descartado desde un principio. Ante la inquisición de Quinto Tulio: *Unum illud mihi uideris imitari, orationis genus*, Marcos responde: *Vellem fortasse, quis enim potest, aut unquam poterit imitari? Nam sententias interpretari perfacile est. Quod quidem ego facerem, nisi plane esse uellem meus* (*Leg.* 2, 7, 17). Basándose en ciertas analogías ideológicas con el *De Republica* concluye el P. Valente adoptando la hipótesis de M. Galbiati en *De fontibus M. T. Ciceronis librorum qui manserunt de re publica et de legibus quaestiones*, I, p. 11: *Secutus est igitur Tullius... totis his libris, quos de re publica scripsit, Pa-*

naetium in primis et Polybium a Panaetio profectum, Panaetium quidem non modo in libris de re publica, sed in primo etiam de legibus, in primo et secundo de officiis» (p. 63).

La deficiencia de amplitud de miras que echábamos de ver en esta primera parte, queda subsanada por el P. Valente en la «conclusión» con que la cierra (pp. 65-72).

Siguiendo a Boyancé, *Les méthodes de l'histoire littéraire* (REL. XVI, 1936, pp. 288-309) hace notar los estudios casi continuos de Cicerón sobre la filosofía con los mejores maestros griegos que le fueron contemporáneos «*principes illi, Diodotus, Philo, Posidonius, a quibus instituti sumus* (*Nat. Deor.* 1, 3, 6-7), y hay más, añadiríamos nosotros: Esta preocupación de oír a los mejores maestros continúa manifestándose durante casi toda la vida de Cicerón. Cuando en el 79 sale para Grecia se encuentra de nuevo a Fedro y a Zenón (*Fin.* 1, 16). En la Academia reina Antíoco de Ascalona, el mayor de los filósofos, y Cicerón convive con él durante seis meses (*Brut.* 91, 315-316). En *Acad. pr.* 113 hace de él un elogio pomposo. Sabemos que en este tiempo se dedica plenamente a la filosofía por *Fin.* 5 praef. y *Brut.* 91, 315.

En su vuelta por Rodas visita y entabla amistad con el más famoso pensador de su tiempo, Posidonio de Apamea (*Nat. Deor.*, 3, 6; 44, 123; *Fin.* 1, 2, 6; *Tusc.* 2, 25, 61; *Att.* 1, 1, 2).

Durante toda su vida, aun cuando está dedicado de lleno a la vida política, Cicerón no dejará nunca de filosofar, constituyendo para él una necesidad, como nos dice al principio del segundo libro de las *Tusculanae disputationes*: *Neoptolemus quidem apud Ennium «philosophari sibi» ait «necesse esse, sed paucis; nam omnino haud placere». Ego autem, Brute, necesse mihi quidem esse arbitror philosophari... sed non paucis ut ille.* La filosofía fué su entusiasmo en la juventud, su guía en la edad madura y su consuelo en la vejez: *et doctissimorum hominum familiaritates quibus semper domus nostra floruit* (*Nat. Deor.* 1, 6).

Cuando vuelve de Cilicia, donde había desempeñado gloriosamente su proconsulado, se llega de nuevo a Atenas para visitar y platicar con Aristos, sucesor de Antíoco en la Academia y con el epicureo Patrón (*Fam.* 12, 1, 2).

Hay, pues, en Cicerón un conocimiento filosófico amplio y profundo que en muchas ocasiones le exime de estar inclinado constantemente sobre una fuente determinada. Los recuerdos de las lecciones oídas, su vasta cultura, su ininterrumpida meditación sobre temas filosóficos libraría muchas veces a los críticos de esta especie de obligación, casi diríamos de obsesión, de tener que fijar siempre una fuente o un original de traslado para las obras ciceronianas. Oigase al mismo Cicerón en *De Fin.* 1, 5, 16: *Nisi mihi Phaedrum, inquam, mentitum aut Zenonem putas, quorum utrumque audiui cum mihi nihil sane praeter sedulitatem probarent, omnes mihi Epicuri sententiae notae sunt. Atque eos, quos nominavi, cum Attico nostro frequenter audiui, cum miraretur ille quidem utrumque, Phaedrum autem etiam amaret, cotidieque inter nos, ea quae audieramus, conferebamus,*

neque erat umquam controuersia quid ego intellegerem, sed quid probarem.

La segunda parte: «La doctrina» ocupa casi la totalidad de la tesis del P. Valente (pp. 73-416). La desarrolla en siete capítulos, donde va analizando y comparando la doctrina estoica moral de Cicerón con la de los estoicos griegos.

De esta comparación, necesaria para un estudio definitivo de los valores personales de Cicerón en la filosofía, el gran prosista latino sale absuelto totalmente de los mil y un dicitos que la crítica prejuizada había cargado sobre él y venían repitiendo turbas de divulgadores de la filosofía sin que se tomaran el deleite de leerlo a conciencia.

En el capítulo I (pp. 75-125) se estudia el pensamiento estoico y el pensamiento de Cicerón con relación al *fin moral*. Cicerón coincide con el estoicismo en que las cosas exteriores no son la razón del bien ni del fin, sino que esta razón se encuentra solamente en la conformidad con el Logos. Pero esta conformidad Cicerón la explica de diversa manera que Zenón. Mientras para el filósofo griego la moralidad reside simplemente en la sola mira intencional de esta conformidad con la relación al orden universal y racional del mundo y del destino; para el romano el criterio de moralidad no es el mundo ni el destino, sino la conformidad con la razón interior e individual del hombre. El hombre es diferente de todos los otros seres, con relación a ellos el hombre es un ser transcendente. No puede decirse que una acción sea moral porque responda a una ley cósmica, sino porque el hombre, valor eminente dentro del Cosmos, la ha elegido libremente. La moralidad dimana tan sólo de la libre elección y determinación del hombre. Cicerón ha personalizado e individualizado el ideal de la moralidad; su carácter universal no le vendrá del orden del mundo, sino del orden humano y particularmente del orden cívico, construido por la libre determinación de varios individuos libres hacia el bien común.

Del enfoque del fundamento de la moralidad dependen las relaciones de esta cualidad con la utilidad, asunto que estudia en el cap. II (pp. 127-167). La moralidad queda constituida por Cicerón, contra todos los estoicos, por la función de cada individuo dentro de la comunidad humana. De esta forma no puede haber conflicto posible en las relaciones de lo útil y de lo moral, puesto que no puede haber moralidad verdadera fuera del interés común, redundando, como es natural, en bien de cada individuo particular. En el posible conflicto de dos actos, hay que inclinarse siempre por el más moral, que será al fin y a la postre el que redunde en ventaja de la mayor parte de la comunidad humana, es decir, del mayor número posible de individuos. También en este terreno discrepa Cicerón de todos los estoicos. Relacionando, por ejemplo, la moralidad con la ciencia, los estoicos estiman que la ciencia no puede influir en una acción si no reposa en la soberana ley del Logos. El sabio puede hacer perfecta cualquier acción, por baja que en sí sea, con tal que tenga un conocimiento justo; por el contrario, donde no hay ciencia, cualquier acción, por elevada que la supongamos, será por necesidad inmoral. Para Cicerón, por

su parte, no todas las acciones son igualmente dirigidas hacia el bien común; no tienen en sí el mismo valor: una acción tendrá tanto más valor cuanto más útil sea ella directamente para los demás y cuanto mayor sacrificio suponga por su dificultad para el individuo o individuos que la realicen. Cuanto más encarnizada sea la lucha contra las sollicitaciones hacia el placer o las tentaciones de interés particular, la elección será mejor y el valor moral más elevado. Un elemento nuevo entra en la ética gracias a Cicerón, la voluntad libre del hombre que elige libremente lo mejor. En oposición a los estoicos Cicerón no admite más que la virtud del hombre de acción.

La virtud y los deberes se estudian respectivamente en los capítulos III (pp. 169-208) y IV (pp. 209-260). Con relación a los *Officia* Cicerón, contra lo que hacían los estoicos, no se preocupa de presentarnos el ideal de una sabiduría abstracta. Su propósito era dar a los hombres de acción, cuya reflexión les impulsa a veces a sobrepasar la línea de la utilidad, una línea de conducta inflexible y de un valor absoluto: el sentido del bien común.

En cuanto a la virtud, ya hemos indicado que para M. Tulio era la sabiduría en acción. No hay que hombre virtuoso que quien sabe ser útil a su gente, a su clientela, a su ciudad, a su Estado. El hombre derrotista que sólo busca el bien propio y la seguridad personal, no será virtuoso sino egoísta y miserable.

Donde el pensamiento de Cicerón se acomoda más al modo de pensar de los estoicos es en la cuestión de las pasiones (Capítulo V, pp. 261-321): pero con todo Cicerón sigue pensando por propia cuenta. Es cierto que a la concepción epicúrea del placer, él opone la doctrina estoica de la *ἀπάθεια*; pero la presenta bajo la especie de *tranquillitas animi*, que no es el reposo inoperante del espíritu en contemplación de las esencias inmutables, al tipo puramente estoico, sino el orden jerárquico de las facultades entregadas a la laboriosa construcción de la perfección humana o de la virilidad.

A la idea peripatética de las pasiones medias, opone el rigorismo estoico enemigo de todos los placeres y voluptuosidades. Pero supera a Zenón y a Crisipo distinguiendo en el alma la parte sensitiva o apetitiva de la racional a la que ha de someterse y obedecer la parte sensitiva como el soldado al general, como el siervo al señor, como el hijo al padre.

Las pasiones no son para él, como para los estoicos, una enfermedad del espíritu, sino una perturbación de las funciones del alma que pueden impedir alguna vez la libre consecuencia del bien común.

En el Capítulo VI estudia el P. Valente «La naturaleza y el origen del derecho político» (pp. 322-357).

La preocupación política subyacente en toda la obra de Cicerón es uno de los aspectos más originales de su pensamiento, que le da un colorido especial y que es toda y sola ciceroniana. Tiene influencias de Platón, de Aristóteles y de Panecio, pero la originalidad de Cicerón en este punto consiste en haber comprendido el problema mejor que los propios autores

de sus fuentes, y en haberlo expuesto en una bella síntesis de muy vastas dimensiones.

De su concepto de moralidad resulta que el fundamento del Estado no puede ser un derecho formal, sino la justicia, innata en la naturaleza. Esta regla de relaciones humanas es también el motor del acercamiento humano. Ella asegura el derecho de cada uno sobre los derechos altruistas de todos, pero asegura también a la colectividad su derecho sobre los individuos. Ella fundó la ciudad, ella le da su modo de obrar y su derecho.

La ciudad no es simplemente una suma de individuos; sino su principio de unificación. El derecho público, mejor que la pura armonización de intereses individuales, es un imperativo universal. Por todo esto se diferencia profundamente la moral pública de Cicerón de la de los estoicos. Cicerón ha tomado del Pórtico la idea de la ley eterna y divina como fundamento del derecho, pero los estoicos no han sabido deducir «las leyes de los pueblos». Por la falta de esa altura de miras las leyes han sido dejadas por los estoicos a la sola norma del interés según la fantasía iconoclasta de Carnéades. Cicerón no cae en tal error. La ley natural la encarna en la ley de la ciudad, y la ley eterna en la expresión tradicional del viejo derecho romano. Las relaciones éticas del hombre con el Cosmos se estrechan, pero solidificándose, en relación del ciudadano con la ciudad, y la ciudad es declarada fuente del derecho, norma de la virtud y término de la moralidad. La ley divina procede de Zeus, pero Zeus habita en el Foro e inspira al magistrado. De esta forma la moral universal se concretiza en el quehacer político.

En el Capítulo VII (pp. 359-407) el P. Valente estudia «La sociedad política y las leyes». El desacuerdo de Cicerón con los estoicos es el disentimiento natural que por necesidad hay entre un romano y un griego, entre un filósofo de acción y un pensador contemplativo. Este desacuerdo se constata necesariamente comparando las dos épocas y las dos civilizaciones: la política universalista romana no puede ser, en modo alguno, ni reflejo siquiera de la política individualista de las polis griegas. La evolución que supone el derecho romano es, en ciertas dimensiones, una verdadera revolución: a la relación abstracta de la razón humana con la naturaleza universal, sustituye, como norma suprema de moralidad la relación concreta del hombre con el género humano. La moral se ha hecho algo humano; sus horizontes se han ampliado inmensamente. Con los estoicos era un apartado teórico de la filosofía y a lo sumo un *ars uiuendi* o norma de conducta individual; con Cicerón es un arte de vivir de cada hombre en medio de sus semejantes, un *ars uiuendi* para los hombres dentro de una sociedad humana.

Quizás Cicerón privó a la moral estoica de audaces elucubraciones empíricas, para convertirla en código de una sociedad humana, en la norma de vida de los pueblos, pero con ello la hizo más positiva, más real, y, al declararla regla de las acciones humanas y lección de vida para los hombres, la ingirió en la construcción de la historia humana.

Esta segunda parte, que acabamos de resumir, es el fruto de un esfuerzo denodado del P. Valente. Una amplia bibliografía, muy actual, termina la obra (pp. 417-430). Tesis magnífica, obra colosal. El autor planea bien, conduce con seguridad su argumentación y deduce lógicamente las consecuencias legítimas, sin entusiasmos exagerados y sin miedos de ningún género.

La consecuencia a la que llega, después de su laboriosa comparación de las obras ciceronianas de inspiración más o menos estoica con los escasos fragmentos que conservamos de los filósofos del Pórtico, es la misma que logró Boyancé en el artículo que antes hemos citado: Cicerón no funda una escuela filosófica, pero es el transmisor de la filosofía griega al mundo occidental, dotándola previamente del espíritu práctico del alma de un romano, llenando con la soberana independencia de un pensador las numerosas lagunas que encontraba en las explicaciones de los estoicos griegos. Cicerón hizo en la filosofía lo que Horacio en la lírica y Virgilio en la épica, tomó las ánforas de los orfebres griegos y las llenó de espíritu de romanidad, como más tarde S. Agustín y Santo Tomás las colmarían de cristianismo.

Vale la pena de que nuestros filósofos se tomen la molestia, mejor diríamos, se permitan el gustazo de saborear las bellísimas páginas que, sobre todas las escuelas de la filosofía griega, escribió este prosista incomparable que además fué el creador genial de un lenguaje filosófico que muy bien hubiera llegado hasta nosotros en su pureza nativa, si nuestros filósofos hubieran tenido la sabia precaución de comunicarnos sus ideas envueltas en el ropaje de una forma estilística sugestiva y atrayente.

JOSE GUILLEN.

AEMILIUS SPRINGHETTI, S. J., *Institutiones Stili Latini*. Pontificia Universitas Gregoriana, Romae 1954, pags. XII-348, 23×15 cms.

El P. Springhetti, Prof. de Lengua y Literatura Latina en la Escuela Superior de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, ha conseguido un nuevo triunfo con la publicación de estas sus *Institutiones de Estilística Latina*, segundo volumen de la colección por él fundada en 1951 con el título de «Latinitas Perennis». Ya su primer volumen —«*Selecta Latinitatis Scripta Auctorum Recentium*»— fué acogido con simpatía y aplauso en los círculos donde el latín se cultiva con cariño y esmero tras una tradición de siglos. En él nos traía el A. páginas ejemplares de la lengua latina mantenida viva y floreciente a lo largo de los siglos xv al xx. Ahora en este tratado de estilística latina, que no dudo en calificar como uno de los mejores y más completos que se han escrito dentro de la línea de la preceptiva tradicional, el P. Springhetti se revela un excelente maestro teórico y práctico; y, al decir práctico, me refiero a la finura y perfección con que maneja el latín en toda la parte expositiva de su obra.

Su propósito es plasmar en una serie de preceptos fácilmente asequibles el fruto de la observación y la lectura de los autores clásicos, recogida por los grandes tradadistas antiguos y modernos. No pierde de vista aquella sentencia de Quintiliano: «*Mihi non invenuste videtur aliud esse latine, aliud grammatice loqui*» (I 6, 27). Para eso es necesario conocer las propiedades y características de la lengua latina, su genio, su estilo: «*Stilus enim —dice el propio P. Springhetti— propriam dicit vel cuiusque linguae formam, naturam, colorem, vel dicendi et scribendi rationem cuiusque scriptoris. Atque nostra de stilo latino doctrina ingenium artisque structuram linguae latinae tradere vult, eas nempe proprietates cum in vocum flexione, nexu, dispositione, elegancia, ornatu, tum in figurarum et translatorum delectu et usu, ac denique in totius quosque probe novisse debet, qui latine et loqui et scribere vult, ne absurde et improprie res cogitatae sua verbis tantum plus minusve latinis convestiat, detractis colore omni latino et venustate*».

Por supuesto que una Estilística así no puede ser puramente empírica. Se basa en la observación de los efectos conseguidos en los diferentes géneros literarios por sus principales representantes. Semejante procedimiento no deja de ser científico y a la vez eficaz, supuesta, claro está, la habilidad en el que tiene que percibirlo y aplicarlo. Por el contrario: no todos los que han clamado, a veces desafortadamente, contra la antigua Retórica y la Estilística normativa, puestos a estructurarlas, con nuevos moldes y orientaciones al parecer más científicas, han sabido darnos algo que sustituyera adecuadamente a los antiguos tratados por ellos despectivamente proscritos.

El P. Springhetti defiende su posición, fiel a la tradición de sus mayores. «*Neque absurdum —dice— hoc et rationi non consentaneum videri debet*». Y con Cicerón añade: «*Ea, scilicet, quae observata sunt in usu ac tractatione dicendi, haec ab hominibus callidis ac peritis animadversa ac notata, verbis definita, generibus illustrata, partibus distributa sunt. Atque sic est non eloquentia ex artificio, sed artificium ex eloquentia natum*» (Cic. De Or. I 23, 109; 32, 146; cfr. Qt. V 10, 119).

Luego continúa: «*Codex ergo praeceptorum semper synthesim dicit ex analysi habitam; aliis verbis, semper alicuius operis analysim praecessisse ponit; atque hoc unum spectat: propriam ac saepe latentem cuiusque indolem propensionemque detegere atque excolere ad artem, nihil tamen in sua progressionem perfectionemque ei adimens libertatis*».

A los fautores de una Estilística estructural moderna, que se debaten aún afanosamente por dar forma a ese algo que no aciertan a concretar, el P. Springhetti les sale al paso con estas intencionadas palabras: «*At disputet quisque, contendat sentiatque suo arbitrio. Nos, rati non modo utile, sed necessarium etiam esse stili rationem habere perspectam quicumque vult latina lingua callere uti sapienter, et exemplum sequuti antiquorum praeceptorum, Aristotalis, Ciceronis, Quintiliani eorumque omnium, qui saeculorum decursu hac via optime ad scribendum instituti instituto-*

resque exstitere, hanc tractationem accurare contendimus, sperantes eos laturam esse fructus, quos uberes usque attulit».

En cuanto al contenido de la obra y método de la misma, el A. nos resume su pensamiento en las siguientes palabras: «Illum secuti sumus ordinem quem fere veteres ac novae tenent stili tractationes, ita ut a *puro emendatoque sermone gressus fiat ad perspicuum, ad ornatum, ad aptum cuilibet scriptionum generi, atque ita illum consequamur, qui dicendi est modus melior* (Cic. De Or. III 10, 37). Quae quadruplex partitio, ad absolutam stili tractationem necessaria, a nullo fere exponitur, cum veteres rhetorici in tertia et quarta paene toti consistant..., recentiores autem tres priores explicent, quartam prorsus omittant».

A alguno le parecerá tal vez excesiva y demasiado pormenorizada la exposición de preceptos y también la profusión en las aplicaciones o ejemplos que acompañan a determinadas reglas. Pero ya advierte muy bien el A. que en la discreción de cada maestro está el dar en cada momento a los alumnos lo que más les interese: «Ceterum prudentis magistri erit discipulorum mentes brevius diutius in singulis tractationis partibus sistere, prout fert rerum ipsarum momentum».

De toda la obra, tal vez los tratados mejor logrados son los correspondientes a la formación de palabras dentro de la más pura latinidad, y el último, dedicado al género epigráfico. Los dos tienen un interés y actualidad extraordinarios y están llamados a prestar un valioso servicio en muchos centros docentes. No conozco otro tratado de Estilística o de Retórica donde estas materias estén expuestas con tanto tino, maestría y copia de doctrina. En cambio, alguna otra página, como la que dedica a la hendiadis, muchos la encontrarán deficiente. Esta figura o modo de expresión juega un papel muy importante en todos los clásicos latinos para dejarla reiegada a un plano muy secundario. Es tal vez uno de los distintivos más destacados del estilo latino, como bien sabe el Autor. Por eso, una definición bien hecha y una clasificación completa de la misma, con sustantivos, con adjetivos, con adverbios, con verbos; y a la vez, una matización de sus diferentes valores semánticos, entran de lleno en esta Estilística normativa del P. Springhetti, que trata de recoger lo característico y peculiar de la lengua latina. Por lo demás un índice alfabético de materias haría más fácil y cómodo el manejo de la obra, esto aun contando con el índice por capítulos que es bastante detallado. Algún *lapsus* ortográfico y algún otro defectillo se subsanarán, sin duda, en las nuevas ediciones.

Termino dando las gracias al Autor por la publicación de esta obra, que mucho le honra y que es de las que se pueden recomendar sin temor a incurrir en el enojo de compradores defraudados, y también exhortándole a que avalore cuanto antes con nuevos volúmenes su incipiente colección de «Latinitas Perennis».

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

J. F. NIERMEYER, *Mediae Latinitatis Lexicon Minus*, Leiden, E. J. Brill. Fasciculus 1 ab-berewicus 1954; Fasciculus 2 berfredus-clusa 1955. VII-192 pp. entre ambos. 26×17 cms.

La Filología medievalista latina está haciendo esfuerzos por descubrir y aquilatar el valor de sus fuentes, y proporcionar a sus especialistas instrumentos de trabajo adecuados y eficaces. No es de los menos atendibles y necesarios la rama de Lexicografía para las tres cuartas partes de los documentos que manejan los medievalistas.

El socorrido Ducange con sus largos artículos ha prestado y seguirá prestando indudablemente inapreciables servicios, pero aun en su última edición, por su volumen, por la deficiencia de su información en lo relativo a la primera y alta Edad Media, y lo impracticable de sus citas referidas a ediciones antiguas ya desaparecidas o caducadas, ofrece dificultades y presenta condiciones poco expeditas para el trabajo de los actuales investigadores. Bien es verdad que se proyectó en 1920 un nuevo Du Cange, pero ésta es empresa de generaciones, y la presente no lo verá, y con todo ha de trabajar con instrumentos eficientes, que no tiene a mano. Sin duda que los glosarios que se van publicando son útiles, pero tienen el inconveniente de su limitación cronológica y más aun geográfica. El Diccionario latino-francés de autores cristianos de A. Blaise es muy interesante por sus novedades y orientaciones, pero está limitado a un aspecto religioso cultural y a época restringida. Por eso se hace preciso un *Ducange minus*, al que deben contribuir historiadores y filósofos, porque el vocabulario se creó en el amplio dominio del Derecho, de las Instituciones, de los hechos sociales, que se recogen en documentos diplomáticos, en leyes y en crónicas.

Esto pretende el Lexicon de Niermeyer que estamos reseñando, y que ha iniciado tan cumplida y competentemente con sus primeros fascículos. Ha debido apoyarse para ello en trabajos precedentes de historiadores, que prepararon ediciones de textos, adaptados por entero a las exigencias filológicas, y habían estudiado instituciones políticas, jurídicas y sociales del Occidente medieval. Asimismo ha tenido que contar con los textos del *Monumenta Germaniae Historica* y las magistrales obras sobre instituciones de Fustel, Witz, Brunner, Flach, etc., como las de carácter enciclopédico-científico *Deutsches Rechtswörterbuch*, *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques*, etc.

Los límites cronológicos de sus vocablos se sitúan en su mayor parte entre el 550 y el 1150. Se ha puesto interés en referir las citas a los textos más antiguos, y dar a conocer cuándo, dónde, de qué modo se introdujo el vocablo y su significado.

Con todo debemos señalar que hay dataciones más antiguas en las fuentes medievales hispanas de algunos términos. Así *armarium* cuya data primera pone en el a. 816 consta ya en el cronicón Pacense que es del siglo VIII. Lo mismo hay que decir de *apostolicatus* del mismo cronicón.

11.—HELMANTICA.

En el artículo de *barca* y *camisa* no figuran como fuente las Etimologías que son anteriores al primer documento que aduce.

En dos cosas se ha puesto particularmente atención, en las definiciones y en las citas, tendiendo éstas a ilustrar los significados, no las peculiaridades sintácticas. El método pues que sigue, consiste en dar la palabra latina, su significado en francés e inglés, y a continuación la definición, y los textos que la corroboran.

En resumen, no puede dudarse que resulta un Lexicon más manejable, rápido y preciso que el pesado *Du Cange maius*, no accesible a todos. La tipografía es esmeradísima, agradable a la vista y en detalles y citas bien diferenciada, para destacar lo que debe hallarse en seguida.

Hemos de reconocer que es obra de auténtico valor y utilidad y de grandes alientos, como los que muestra el profesor de Amsterdam!, J. F. Niermeyer.

J. CAMPOS, SCH. P.

IV.—HISTORIA

M. MARIN PEÑA, *Instituciones militares Romanas*, Madrid, 1956. C. S. I. C. Patronato «Menéndez y Pelayo». 511 pp., índices incluidos. 21×13 cms.

Se va proveyendo a estudiantes y especialistas en Filología clásica de textos, comentarios y estudios biográficos sobre los autores de la Antigüedad y sus obras, pero la sección de Instituciones y tratados monográficos de otros aspectos quedaban olvidados y desiertos, viéndose forzados por consiguiente los interesados en estos temas a llenar el vacío con obras extranjeras, que siempre entrañan mayor o menor dificultad de comprensión y de adquisición.

Viene pues como anillo al dedo y es loable acierto el intento que abriga al Patronato «Menéndez y Pelayo», de poner en manos de los amantes de la Cultura antigua, la Enciclopedia Clásica, que en unos 40 volúmenes abarcará en forma monográfica las materias que constituyen la Ciencia de la Antigüedad.

En el tema de Instituciones Romanas no existía en castellano un tratado de conjunto, y por ello se propone el profesor Marín Peña en el presente manual exponer en visión ordenada y de síntesis el estado actual de la cuestión en los aspectos más notables de las Instituciones militares romanas. La obra comprende dos partes. En siete capítulos recorre la primera los períodos en que se instauran las reformas orgánicas y que sig-

nifican hitos cronológicos en el desarrollo de esta clase de instituciones. En la segunda trata el tema por materias con la extensión y detalle que permite la limitación de espacio de una obra de vulgarización, que no pretende llegar a la profundidad científica de la correspondiente de Veith y colaboradores del «*Handbuch der Altertumswissenschaft*».

La información del manual se basa fundamentalmente en las fuentes que *de hoc* se conservan y pueden utilizarse, aunque con obligadas reservas en algunas, cual el *Epitoma rei militaris* de Vegetio por lo anacrónico y asistemático de sus noticias. Más seguro y valorizado ante la crítica es el libro VI de Polibio, que se considera indispensable para todo tratado de *re militari Romana*. En cambio son escasos, aunque seguros, los testimonios esporádicos que pueden recogerse de las historias de César, Livio, Tácito, Diodoro Sículo, Dion Casio, Suetonio que no intentan explicar las instituciones o tácticas a que aluden por suponerlas conocidas.

La bibliografía aducida es moderna y especializada, y, aparte de obras sistematizadas, ha seleccionado el Autor con paciente constancia y laboriosidad de entre la enmarañada selva en que se halla el material disperso, lo más utilizable directamente, consignándolo en la bibliografía que encabeza el libro y en la que va al frente de cada capítulo.

La forma de exposición es clara y sin rebuscados tecnicismos, ni culismos; solamente pone a contribución los términos necesarios para la precisión de la idea, plan o instrumento de que se trate. Cuando lo requiere el caso, no deja el Autor de expresar juicios propios y personales interpretaciones de los testimonios históricos en que se apoya. Es por tanto un buen servicio el que con este volumen presta a las Instituciones Romanas el autor, acreditado ya anteriormente en ediciones de textos y comentarios de obras de Cicerón y Salustio.

La distribución en párrafos numerados en negrita favorece las citas y búsqueda que es practicable en el *index rerum* y en el *index Nominum* que completan oportunamente el manual.

La presentación tipográfica, de láminas sobre todo, es buena, si bien haría mejor impresión un tono de papel más ahuesado. Nuestra revista «Helmántica» se congratula de tales trabajos y felicita por ello al profesor Marín Peña y al Instituto «Menéndez Pelayo».

J. CAMPOS, SCH. P.

GINO VINICIO GENTILI, *Auximum (Osimo)*. Italia Romana: Municipi e Colonie. Serie I, vol. XV. Istituto di Studi Romani Editore, Roma MCMLV. 172 páginas (24'5 × 17 cms.) y XX láminas. Precio, 1.000 liras.

En la serie de excelentes monografías con las cuales el Istituto di Studi Romani se ha propuesto poner al día el conocimiento de los Municipios y Colonias Romanas de la Península Italiana, le ha tocado el turno a *Auximum*, la moderna Osimo, en el Piceno.

El autor, Gino Vinicio Gentili, procede con gran seriedad científica en un terreno donde, sobre todo en lo que se refiere a la Alta Edad Media, se había fantaseado no poco.

El plan del libro es idéntico a los anteriores de la colección. Comprende tres partes: Historia, Monumentos, Territorio; y no falta una completa Bibliografía, índices y, en apéndice, las fuentes históricas y epigráficas. El texto se halla ilustrado con planos, figuras y láminas muy oportunas y logradas. A través de sus páginas van desfilando las culturas prehistóricas de la región, la conquista romana el año 268 a. C. n. por el cónsul Sempronio Sofo, el establecimiento de *Auximum* como colonia romana (la última colonia marítima en orden de tiempo) el año 157, según Velejo Patérculo; vemos a Pompeyo, futuro patrono de la colonia, tomando dentro de sus murallas partido por Sila en su lucha contra Carbón, a los 23 años; a César, tras el paso de Rubicón, atacando y ganándose esta fortaleza que le da la posesión de todas las prefecturas del Piceno. La ciudad llega a su apogeo en el siglo V: Procopio la considera capital de la región, con Ancona como puerto.

Sería inútil que dijéramos una vez más cuán útiles resultan estas monografías para el conocimiento global de la cultura romana, que empezó por marcar su sello en toda la geografía italiana.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

V.—VARIA

VITTORIO D'AGOSTINO, *Nuove Spigolature Classiche*. Aspetti e problemi culturali del mondo greco-romano. Società Editrice Internazionale, Torino 1954. 155 pp. (20 × 13'3 cms.).

El Autor, infatigable colaborador de las revistas clásicas de Italia, recoge en este volumen diecisiete artículos sobre aspectos y problemas culturales del mundo clásico. Unos ven la luz por primera vez en estas páginas, y otros fueron publicados anteriormente en diversas revistas. El presente volumen forma cierta unidad temática e ideológica con los libros

del mismo Autor *Spigolature Classiche* (1944) y *Per lo studio degli autori latini* (1936), aparecidos en la misma Editorial. Es de alabar la decisión del Autor de reunir en estos volúmenes trabajos de indudable interés científico, que de otro modo serían difíciles de consultar y aprovechar.

He aquí el índice: 1. Il proemio delle «Tusculane». 2. L'episodio del maestro di Faleri in Livio e in Plutarco. 3. La «fabula praetexta». 4. Le «laudationes funebres». 5. La figura di Catone il vecchio in Plutarco. 6. La concezione morale del «tyrannus». 7. Sull'autenticità del Gerone senofonteo. 8. Scene e caratteri in Senofonte. 9. «Fatum» e «fatalis». 10. Il Caronte virgiliano. 11. Il sentimento dell'amicizia in Orazio. 12. Esempi di zeugma in latino. 13. Sulla prima satira di Giovenale. 14. «Diesfesti, profesti»; «fasti, nefasti». 15. Breviora.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

ACADEMIA COLOMBIANA. *Homenaje a Don Marcelino Menéndez Pelayo en el Primer Centenario de su Nacimiento*. Bogotá, 1956, pp. 100, 24×16 cms.

Nos ofrece la Academia Colombiana tres estudios sobre Menéndez Pelayo en el primer centenario de su nacimiento: uno de Miguel Antonio Caro, otro de Antonio Gómez Restrepo y, el tercero, de José María Rives Groot, amigos personales de Don Marcelino.

La asombrosa juventud del genial santanderino había movilizado las plumas de los doctos en un gesto de admiración y simpatía, desconocido hasta entonces y no visto después en España. Por el año 83, *Ciencia Española*, *Historia de los Heterodoxos*, *Horacio en España*, *Estudios Poéticos*, *Odas*, *epístolas* y *tragedias* y el primer tomo de *Historia de las ideas estéticas* habían ya anunciado al mundo la presencia de otro monstruo de la naturaleza. Ese año el insigne humanista Don Miguel Antonio Caro hizo un estudio (el que nos ofrece hoy la Academia Colombiana) sobre la poesía de Menéndez Pelayo: en la obra poética de Don Marcelino está vertido el perfume exquisito de algún amor:

*A la dulce Cantabria, tierra santa,
la tierra de los montes y las olas;*

el amor más anchuroso, más intelectual —son palabras de Caro—, patriótico al par que estético, y, por remate, teológico, a la confederación de los pueblos latinos, aliados bajo la conducta de la Iglesia y hermosados por el Renacimiento; el amor —también este amor— que admira el gallardo cuerpo de la que se va o desaparece, como cifra excelsa de la armonía que puso en sus obras el Supremo Artista.

Sin embargo, ante Menéndez-poeta a Caro le sigue pesando muy fuerte en el alma la *Historia de los Heterodoxos* y ante ese paladín que nació armado, por quien quedó herido de muerte el krausismo, no vacila en prohijar el juicio de Laverde: este mozo solo vale por un ejército.

Cuando con la muerte de Don Marcelino el sol sufrió eclipse en los dominios espirituales de Castilla, Don Antonio Gómez Restrepo hizo su elogio en la Academia Colombiana. En esas páginas la encantadora palabra del poeta y la tranquila penetración del crítico a una con la admiración entusiasta del discípulo y el ferviente cariño del amigo están recordando al hombre que unió armoniosamente la España antigua y la moderna, al que fué apellidado niño del milagro y novena maravilla de talento, al hombre del Renacimiento extraviado en los postrimerías del siglo décimonono, al espíritu digno de haber tomado parte en el Banquete de Platón, al glorioso titán que con el potente martillo de su genio golpeó en la roca viva de su raza. Gómez Restrepo es cautivador al recordar la grandeza del roble caído, al despedir al gigante y saludar con cristiana esperanza su gloriosa entrada en las regiones de la luz y de la paz.

Finalmente, viene el discurso que Don José María Rivas Groot pronunció en la solemne velada con que el día 26 de junio de 1917 se inauguró en la biblioteca nacional de Madrid la estatua de Don Marcelino en presencia de su Majestad el Rey. En él se exalta el patriotismo de Menéndez Pelayo que no se quedó dentro de las fronteras de España sino que llegó hasta las de aquellas naciones de las cuales España fué generosa Madre; comprendía muy bien el gran pensador, dice Groot, que la patria no es sólo la heredad paterna, no sólo el valle risueño donde alza su penacho azul el humo de la casa solariega, sino que es también la unión espiritual con el pasado, el culto de los héroes que del cielo recibieron el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta. Al hablar Groot de Menéndez Pelayo y sus relaciones con América, demuestra que este gran español fué un enamorado de la labor providencial de su raza en la historia.

OCTAVIO M. CUELLAR V., C. M. F.

ALQUIÉ, FERDINAND, Profesor de la Soborna, *Descartes, L'homme et l'oeuvre*. Hatier-Boivin, Paris, 1956. Colec. «Connaissance des Letres» Nro. 45 (Antes colección «Le Livre de L'Etudiant»). 176 pp.

El Autor, que es un especialista y estudioso de la obra cartesiana, se propone considerar al gran autor francés desde un punto de vista integral.

A Descartes se le puede considerar como matemático, como físico, como biólogo, como filósofo racionalista, pero son aspectos parciales que desfiguran el conjunto de su dimensión colosal. Es necesario que los estudios de su figura científica sean relacionados con el concepto que Descartes tenía del hombre y de su libertad.

Descartes mismo tiene siempre gran interés en recrearnos con episodios históricos y psicológicos de su vida, narrando cómo ha encontrado sus descubrimientos y cómo evolucionaron sus ideas. De esa consideración apa-

recen dos modos de ordenar el cartesianismo, a veces contrapuestos: el orden histórico y el orden lógico, la ordenación sistemática que a veces quiere ofrecernos y la ordenación temporal.

Encontrar una solución a esa antinomia e interpretar rectamente el cartesianismo de un modo integral, según su doctrina y según su psicología, es la finalidad de este libro.

Para Descartes la ciencia es obra del hombre, pero éste está por encima de la ciencia por su libertad y por sus relaciones con el Infinito: el hombre tiene dimensiones que están sobre la ciencia y sobre la historia, ambas creadas por el hombre.

Esa grandeza del hombre como centro de todo explica las diferencias entre los dos órdenes indicados y corrige las consideraciones unilaterales y parciales de un Descartes demasiado racionalista o demasiado mecanicista. La doctrina cartesiana tiene un orden racional, pero al mismo tiempo es un itinerario espiritual y humano. De ahí que podamos decir que «el descubrimiento temporal de la verdad vivida es la última palabra de la Metafísica».

El desarrollo de ese tema y de ese método de interpretación se realiza a través de cinco apartados o capítulos: 1. Proyecto de una ciencia universal y la idea del método; 2. La obra científica; 3. La Metafísica. 4. Las verdades matemáticas, el mundo, el hombre; 5. Doctrina de la libertad, teoría de las pasiones, la moral, el humanismo cartesiano.

Este último apartado constituye la base para la interpretación de la obra cartesiana.

VICENTE MUÑOZ, MERCEDARIO

P. LE GENTIL. *La Chanson de Roland*. *Connaissance des Lettres*. Hatier-Boivin, Paris, 1955. 192 pp.

HENRI RODDIER. *L'Abbé Prévost*. *Connaissance des Lettres*. Hatier-Boivin, Paris, 1955. 220 pp.

La colección *Connaissance des Lettres*, dirigida actualmente por René Jasinski, profesor de la Sorbona, es la continuadora de la antigua «Le Livre de l'étudiant» fundada por Paul Hazard, de la Academia Francesa. Pasan ya de cuarenta los volúmenes publicados sobre los escritores clásicos de todos los tiempos.

El primero de los aquí señalados, *La Chanson de Roland*, resume el estado actual de los conocimientos sobre el venerable Cantar épico francés.

El Autor con un criterio prudente recoge los resultados de la crítica clásica y contemporánea sobre el *Roland*. La selva crítica Rolandiana va esclareciéndose al paso de la juiciosa exposición de Mr. Le Gentil. Una información sobre el texto va seguida del estudio de los acontecimientos

históricos. El Autor se inclina a considerar la derrota como importante. En el estudio de la fecha, después de recoger los correspondientes a la crítica clásica, el Autor expone los resultados obtenidos últimamente merced a la onomástica. Su criterio en el capítulo IV referente a Roland antes del texto de Oxford, es certero y ecuánime. El importante artículo de Dámaso Alonso basado en la Nota Emilianense es aprovechado por el Autor, además de otros datos, para resumir el estado de la crítica actual frente a las teorías de Bédier, que son aceptadas con prudencia, en lo que tienen de válidas, en el capítulo dedicado a los orígenes de la epopeya medieval. El mismo criterio prudente tiene el Autor al tratar de los problemas de la composición, unidad y significado del *Roland*. Bien comprendidos los caracteres del *Roland* y el arte del poeta. Todo ello, resultado de una inmensa lectura y de una crítica eficaz, en la que no se han desdeñado las aportaciones extranjeras.

El segundo libro *L'Abbé Prévost* consta de tres partes: la 1.ª está dedicada al estudio biográfico del abate Prévost; la 2.ª al estudio del novelista y la 3.ª al ensayista, traductor y adaptador.

Es obra abundante en datos, algunos investigados directamente por el Autor, y su carácter la hace apta para ser puesta en manos de estudiantes universitarios o de estudios superiores. Transciende por su contenido y su extensión y por los problemas tratados, del campo de los alumnos de 2.ª enseñanza. El Autor explica, siguiendo, en parte, los estudios de Paul Hazard, el sentido fatalista y jansenista de los personajes de Manon Lescaut, especialmente del Caballero des Grieux (así como su sentido moral), como consecuencia de muchas facetas del carácter del abate Prévost.

BERTA PEREZ

LUIS ALONSO SCHOEKEL, S. I. *La Formación del Estilo. Libro del alumno*. Editorial «Sal Terrae». Santander. 1956. Pp. 286.

Hace varios años que conocemos y usamos en clase *La Formación del Estilo* (2.ª edic. 1953) del P. SCHOEKEL. Es una excelente ayuda para el profesor de la clase de redacción. Lo creemos un libro que ha de beneficiar a los alumnos (entendemos por tales, en este caso, los del grado superior del bachillerato o similares); pero siempre a través del profesor. Puesto directamente en manos de los alumnos, les dirá muy poco: algo así como un buen libro de cocina a colegialas que apenas saben cocinar. Por eso nos ha llamado la atención ver esta nueva edición dirigida a los alumnos. Notamos que falta en ella precisamente lo más escolar: los esquemas de redacciones y los modelos (incluso de redacciones mal hechas) con su análisis y juicio acertadísimo, como los tiene la 2.ª edición, y que es lo que la avalora pedagógicamente. Más que la «base literaria», el alumno desea el modelo: el bien y el mal hecho, y el juicio que merece lo que él puede hacer; no lo que hizo un escritor de nombradía.

La antología de autores citados nos parece excesiva: desorienta más que orienta. Son además estilos muy dispares. Algunos modelos de la antología no los juzgamos dignos de imitación; más bien había que haberlos puesto como modelo de escollos y desvíos que hay que evitar al escribir. Concretamente nos referimos a lo escogido de Eugenio Montes y de Giménez Caballero. Recordamos haber leído, hace unos veinticinco años, las crónicas de Eugenio Montes en *El Debate*: sobrias, correctas, claras, de estilo brioso y elegante en el mejor sentido. Después, al finalizar la Guerra Mundial, leímos sus «Elegías Europeas» (de donde nos parecen estar tomados los trozos del P. SCHOEKEL): es una prosa hinchada, oscura, empalagosamente amanerada, que suena a falsa; y en la que se abusa de la prosopopeya, camino el más apto para enseñar a desbarrar literariamente a los principiantes. Adónde no se disparará un muchacho a quien se le enseñe que es bello escribir así:

«Ahora los cuatro puentes abren todos sus ojos, que el estupor agranda. Los vitrales de la nave catedralicia [la catedral de Colonia] se han caído al río. Escondida linterna proyecta, en el telón unánime, un desfile de imágenes» (p. 91).

La prosa del «Genio de España» de Giménez Caballero que el P. SCHOEKEL pone por modelo, nos parece aún menos adecuada, pues al fin la de Eugenio Montes se entiende; pero la de Giménez Caballero, además de amanerada y estrambótica, abunda en síntesis ininteligibles. Juzgue el lector:

«Como, para mí, esta labor de sentir el sentido de un pueblo no radica en la erudición, ni en la teoría, ni en ningún armadijo intelectual e inerte sino en la Profecía, en la comunión de un alma alerta con el genio callado de su pueblo, sé que mi labor tiene el estremecimiento del trance, de la visión sagrada, de lo religioso. Visión y palabras oraculares, donde el oráculo es lo que menos importa, y lo que más, la Voz en nombre de quien el oráculo habla ¡Genio de España!» (p. 279).

Así es imposible que un alumno aprenda a redactar un carta ni a contar las impresiones de un viaje, pues lo menos que podrá decir es que «las margaritas silvestres ponían una nota de color en el paisaje» o bien «increpé al Guadarrama y el Guadarrama me contestó», creyendo que así escriben los grandes modelos.

Los maestros de alumnos del bachillerato y escuelas medias en general, agradeceríamos mucho al P. SCHOEKEL que reeditara la 2.ª edición de su *La Formación del Estilo* sin más enmiendas y mejoras que las de sustituir algunas páginas literarias por modelos sencillos, claros, correctos, gramaticalmente bien contruidos; y analizados sagazmente, como él sabe hacerlo, para que el alumno comprenda cómo se deben y cómo no se deben decir las cosas.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. .B

TOMAS CARRASQUILLA. *Cuentos*. Editado por B. A. Gutiérrez, Momenaje al autor en el centenario de su nacimiento. Editorial Bedeout. Medellín (Colombia), 1956. Pp. 510.

DON TOMAS CARRASQUILLA es un escritor colombiano nacido a mediados del siglo XIX y fallecido a los 82 años en Medellín (Colombia) en 1940. El próximo año se celebrará el centenario de su nacimiento. CARRASQUILLA ocupa un lugar eminente entre los narradores del siglo XIX: su estilo, de corte clásico, no es nada inferior al de nuestros grandes novelistas de costumbres: Pereda, Alarcón, Fernán Caballero se hubieran honrado haciendo suyos cualquiera de los cuentos de CARRASQUILLA. Con razón se le llama, en Colombia, «naúfrago del Siglo de Oro».

El presente libro es una colección de veintiún cuentos escritos entre 1890 y 1937. Ofrecen estampas de tradiciones americanas, algunas llevadas allá desde España. Es abundantísimo el léxico popular que ofrecen. Al oído español chocan un poco las formas verbales vulgares de 2.ª persona, como: *tenés, mirá, ponés, dejá, dejáme, seguí, vos tu rezo*, etc.

La edición está muy cuidada; y la presentación tipográfica es lujosa.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

CATECISMO CATOLICO. Traducción del *Katholischer Katechismus der Bistümer Deutschlands*. Editorial Herder, Barcelona, 1957. Pp. 318 (14'5 x 21'6 centímetros).

Este libro es la traducción al español del *Catecismo Católico de las Diócesis de Alemania* publicado en 1955 por la Editorial Herder de Friburgo de Brisgovia (Alemania), con ilustraciones de Albert Burkart.

La composición de este Catecismo es colectiva, y no de un solo Autor. Le precedió *ad experimentum*, durante treinta años, un proyecto de catecismo unitario, compuesto a base del antiguo Catecismo del P. Josef Deharbe, S. I., publicado a mediados del siglo pasado, muy divulgado y traducido a varios idiomas. El Congreso Catequístico de Munich, en 1928, propugnó un catecismo único, hecho con criterio moderno, que no fuera meramente instructivo, sino educativo también, y desarrollado de una manera pedagógica y atractiva, entreverado con la Historia Sagrada, la Liturgia y las principales oraciones del cristiano.

En plena Guerra Mundial, en 1943, se comenzó a escribir este nuevo Catecismo, aprovechando las experiencias sacadas del Catecismo unitario que sirvió de base. Se emplearon diez años en su redacción, durante los cuales se recogieron muchos miles de enmiendas, hasta que pasó a la Comisión Episcopal, la cual encargó su redacción definitiva al Sr. Obispo de Eichstätt. Por fin la Conferencia Episcopal de Fulda de 1954 lo aprobó, y se publicó en 1955.

Como se ve por esta historia, el nuevo Catecismo Católico está concienzudamente pensado y con tesón alemán ejemplar. Está dividido en cuatro partes, a las que precede una Introducción, y sigue un Apéndice. En la Introducción se explica nuestro destino en este mundo y la misión de la Iglesia. En la primera página aparece el canon de los libros de la Sagrada Escritura, punto de partida indispensable en un país con predominio protestante. La primera parte desarrolla el plan de nuestra creación; redención y santificación. La segunda explica la fundación de la Iglesia y el fin a que tienden los Sacramentos. La tercera se ocupa de los Mandamientos de la Ley de Dios. La cuarta explica las postrimerías. En el Apéndice se insertan las principales oraciones del cristiano. No es, pues, un tratado completo de Teología, ni contiene respuestas tan peregrinas como la de «eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores...». Es un catecismo pedagógico. Dice sólo lo más importante, lo suficiente, con orden y claridad.

No está hecho a base de preguntas y respuestas, sino que éstas vienen como recapitulación de lo explicado, y son pocas. Van escritas en tipo de letra destacado. En la respuesta se repite el contenido de la pregunta.

Cada cuestión está enfocada así: narración de un hecho (preferentemente de la Sagrada Escritura) para captar la atención, relacionado con lo que se va a explicar; explicación detenida y clara del asunto; consideraciones en forma dialogada sobre lo explicado; reducción a dos o tres preguntas básicas de lo sustancial de la lección; regla práctica de vida cristiana a propósito de lo dicho; y finalmente un ejercicio de redacción o conversación sobre lo tratado en aquella lección.

Se ve que la distribución de la materia ha sido objeto de un estudio muy detenido. Así, lo referente a la gracia se estudia referido al Espíritu Santo. Los Sacramentos se presentan como medios positivos de santificación y no sólo como maneras de combatir el pecado; y se estudian con la constitución de la Iglesia. En la exposición de los Mandamientos se hace más hincapié en la parte positiva que en la negativa: los de la Iglesia van incluidos al explicar los de la Ley de Dios; también van incluidos en ellos los preceptos generales de la ascética cristiana. Las Obras de Misericordia se estudian dentro del quinto Mandamiento. La redacción del capítulo dedicado al sexto Mandamiento es un modelo de claridad y precisión: chocará sin duda a aquellos educadores que todavía creen que en eso no se deben dar explicaciones; pero el Episcopado alemán ha creído que sí; creemos que nuestra Catequesis en este aspecto está falta de una revisión y de normas claras.

Los dibujos que ilustran el texto son de estilo moderno y expresivos en su mayoría. Algunos son simbólicos y de difícil interpretación. Nos hubiera gustado ver más cantidad y a colores.

El Catecismo está hecho para un ciclo de tres años: como de los 12 a los 15 años, si bien no está separado lo que se debe estudiar en cada año. Para España el contenido responde a la mentalidad de nuestros alumnos

del grado superior del bachillerato. Los alumnos de nuestras escuelas primarias y de nuestras catequesis parroquiales no lo entenderán.

Hace ya años que en España se viene hablando del Catecismo único. Parece cosa increíble que esta empresa encuentre, para su realización, «dificultades insuperables», como nos dijeron quienes asistieron a un Congreso Catequístico de hace unos años, donde se estudió con apasionamiento este tema. Para solo nuestro Catecismo popular no ha avanzado ni la pedagogía, ni la metodología ni la psicología. Aun nos parece muy tarde la aparición del Catecismo único alemán. No comprendemos cómo los señores maestros de escuelas rurales, y en general de primera enseñanza pueden hacer comprender, Astete o Ripalda en mano, que lo que allí se dice es muy interesante.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.
In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.
Episcopus Salmantinus.

BIBLIOGRAFIA

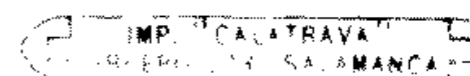
Págs.

PINDARO: <i>Olimpicas</i> (Alsina).—J. JIMENEZ, C. M. F.: <i>Historiae sacrae compendium</i> (Molina).—J. JIMENEZ, C. M. F.: <i>Epitome Historiae Graecae</i> (Molina).—J. JIMENEZ, C. M. F.: <i>Ciceronis in Catilinam oratio prima</i> (Molina).—E. MARTIJA, C. M. F.: P.: <i>Vergili Maronis Aeneidos liber secundus</i> (Molina).—CAESAR, C. J.: <i>De Bello Gallico</i> (Molina).—G. FERRE: <i>Comment étudier</i> (Molina).—I. B. FIGHE: <i>Latinitas</i> (JIMENEZ).—F. STOLZ-A. DEBRUNNER: <i>Geschichte der lateinischen Sprache</i> (Jiménez).—R. FERNA: <i>L'originalità di Plauto</i> (J. Jiménez).—P. MILTON VALENTE, S. I.: <i>L'ethique stoïcienne chez Cicéron</i> (Guillén).—AEMILIUS SPRINGHETTI, S. J.: <i>Institutiones Stili Latini</i> (Jiménez).—J. F. NIERMEYER: <i>Mediae Latinitatis Lexicon Minus</i> (Campos).—M. MARIN PEÑA: <i>Instituciones militares Romanas</i> (Campos).—GINO VINICIO GENTILE: <i>Auximum (Osimo)</i> (Díaz).—VITTORIO D'AGOSTINO: <i>Nuove Spigolature Classiche</i> (Díaz).—ACADEMIA COLOMBIANA: <i>Homenaje a Don Marcelino Menéndez Pelayo en el Primer Centenario de su Nacimiento</i> (Cuéllar).—ALQUIÉ FERDINAND: <i>Descartes</i> (Muñoz).—P. LE GENTIL: <i>La Chanson de Roland</i> (Pérez).—HENRI RODDIER: <i>L'Abbé Prévost</i> (Pérez).—LUIS ALONSO SCHOEKEL, S. I.: <i>La Formación del Estilo. Libro del alumno</i> (Gancedo).—TOMAS CARRASQUILLA: <i>Cuentos</i> (Gancedo).— <i>Catecismo Católico: trad. del Katholischer Katechismus der Bisümer Deutschlands</i> (Gancedo).....	143
--	-----

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España.	65 ptas. al año
Portugal, América y Filipinas.	70 » »
Otros países	75 » »
Número suelto.	27 »
Número retrasado:	
Hasta diciembre de 1952.	20 »
Desde enero de 1953.	27 »

**Redacción y Administración: Universidad Pontificia.
Salamanca (España)**



BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—TEXTOS Y EDICIONES

FRIDERICUS WALTHARIUS LENZ, *P. Ovidi Nasonis Ibis*, Torino, In aedibus Io. Bapt. Paraviae et Sociorum, 1956. LIV+186 pp.; 20×14 cm.

En la *Praefatio*, con que se abre el libro, justifica oportunamente el Autor el por qué de esta edición del *Ibis* ovidiano; y a ese fin advierte que pocos han dedicado su tiempo y esfuerzo a la publicación del pequeño poema, tanto en vida del poeta, cosa explicable por tratarse de un desterrado, como después de su muerte.

Con todo, no cabe duda que escritores no lejanos a Ovidio se preocuparon de la obra, y el mismo Marcial no dejó de imitarle en éste como en otros poemas; y algún gramático de época tardía, a fines del Imperio, Eutyches, parece que se sirvió de ejemplos del *Ibis* para ilustrar su vocabulario.

Con entera comprensión de la tradición manuscrita Lenz estudia y enjuicia el valor de cada uno de los codd., y los méritos que otras ediciones primeras y modernas, como las de Merkel, Ellis, Owen, Ehwald, les han atribuido, sin plegarse servilmente al parecer de Ellis, sobre todo en la crítica textual. Por eso destaca ciertas lecciones y variantes características, que apoyan sus puntos de vista.

Reconoce las dificultades que presenta la cuestión de las fuentes utilizadas por Ovidio para este poemita, bien se trate de las execraciones populares, o de los poemas de doctos poetas o de otros escritores antiguos, pero principalmente en lo que se refiere a Calímaco, modelo primario de nuestro poeta, que es problema muy debatido entre autores precedentes a Lenz, y cuyas soluciones no parecen satisfacerle.

Como resumen del estudio de manuscritos y tradición textual trae un *conspectus Codicum*, que en su brevedad es completo, y otro *conspectus librorum* de las Ediciones, Anales, Comentarios, y Disertaciones sobre el tema, que dan idea de la atención que le han prestado los filólogos modernos.

El texto que sigue a la extensa Praefatio es nítido, y completísimo el aparato crítico que le acompaña llenando las dos terceras partes de la página, con otra sección entre texto y aparato, de citas y alusiones a otras obras o fuentes del *Ibis*, particularmente a Calimaco, a Eutyches y al repertorio lexicográfico medieval de *Conradus de Mure* sobre todo, y a otros autores en menor proporción. Un *Index Nominum* cierra la edición.

Mas la presente publicación no se ha limitado al poema del *Ibis*; tiene el interés y novedad de haber añadido desde la p. 99 la edición de los *Scholia*, precedidos, por supuesto, de un examen ponderado de mss. y ediciones en una breve *Praefatio*, que introduce al texto de aquéllos. Este lleva su correspondiente aparato crítico, y a veces el cotejo en columnas paralelas de los textos respectivos de los codd. principales B y P.

Debemos reconocer que la presente edición del *Ibis*, realizada por Lenz, es muy apreciable y digna de ser tenida muy en cuenta, por los puntos de vista personales que introduce en lo que respecta a fuentes y crítica textual y por la edición de los *Scholia* que aumenta notablemente su valor, completado con los índices de los Autores y lugares de los mismos *veri* y de los *incerti ficti corrupti*.

El *Corpus Paravianum* que tiene ya contraídos una carga de méritos en ediciones científicamente atildadas de clásicos, cuenta con una más que hace honor a la ilustre Editorial.

J. CAMPOS, SCH. P.

FRIDERICUS WALTHARIUS LENZ, *P. Ovidi Nasonis Halieutica, Fragmenta Nux incerti Consolatio ad Liviam*, Torino in *Aeibus Paraviae*, 1955-6. pp. 214; 20×14 cm.

Este volumen del *Corpus Paravianum* recoge en sus páginas, aparte de los *fragmenta* de Ovidio, los tres pequeños poemas, cuyo origen y paternidad han sido siempre tan discutidos entre los doctos y filólogos.

El tratadito de la pesca es generalmente atribuido al poeta desterrado, y apenas duda nadie de tal paternidad, dado el testimonio indirecto tan antiguo de Plinio en el libro 32 de su *Historia Naturalis*, aunque por otra parte cueste explicarse el fin que se propuso el Autor y la pobreza de estilo que presenta.

Lenz se esfuerza en discriminar minuciosamente el valor probativo en pro y en contra de partidarios y adversarios, y añade observaciones propias basadas en ciertos caracteres y detalles de los codd., sobre todo del A y B. Para ello se extiende en el estudio detallado de la tradición manuscrita, apelando a características paleográficas, dignas de tenerse en cuenta, e inadvertidas por ediciones aun modernas y críticas.

En cuanto a las fuentes de que depende el poema, rechazando la opinión de Schmid, de que Ovidio por sí mismo exploró y recogió todos los materiales aptos para la composición de su poema piscatorio, se inclina

el Autor a admitir que el poeta se sirvió de una fuente desconocida, que escudriñó con diligencia, y acomodó a su plan en otro orden que en el original, junto a sus propias observaciones sobre los peces en el destierro y en su patria, a lo que alude en otras de sus obras.

Mayor dificultad resulta saber si compuso íntegro el poema y si acababa donde concluyen los códices conservados, siendo impreciso y obscuro igualmente el plan que siguió en la totalidad, debido a las lagunas que cortan e impiden la visión de conjunto.

A la extensa Introducción sigue el texto con copioso aparato crítico al pie de página, y sobre éste los fragmentos de Plinio Secundo y del poeta griego Oppiano del siglo II p. C., que ilustran los pasajes paralelos de Ovidio; y aun añade después un *Supplementum* con otras pericopas del poeta griego citado.

Sigue al *Haliutica* los *Fragmenta* sobre *Medea*, *Phaenomena*, *Epigrammata*, *Priapeum*, *Liber in malos poetas*, *Incertae sedis versus*, *Ovidi Declamationes*, *Carmina deperdita y Dubia*.

Al poema *Nux*, que viene a continuación, precede una no breve Introducción o *Praefatio* de 50 pp., en la que Lenz se remite a su trabajo anterior sobre este tema, incluido en la *Encyclopaedia reali* s. v. *Nux*, si bien aquí vierte algunas rectificaciones no de gran importancia con respecto a aquél. Señala la importancia del debate *inter doctos* sobre la paternidad del *Nux*, y hace historia de su aparición al ser encontrado por U. Wilamowitz en la Laurenciana de Florencia en un cod. del siglo XI, junto con las *Metamorfosis*, aunque de distinta mano.

Respecto de las fuentes, consigna lo tradicional desde Angelo Politiano, bien crean unos que depende del epigrama de Antipatro, bien se atengan otros a distinta opinión.

Después de valorar ponderadamente codd. y ediciones, y tras un *conspectus* bien resumido de aquéllos, como acostumbra Lenz, nos brinda el texto con denso aparato, y otra serie de notas de lugares paralelos del mismo Ovidio y otros autores, Virgilio, Horacio, etc.

Por fin introduce el Autor la *Consolatio ad Liviam*, con una regular *Praefatio*, en que expone las controversias y opiniones más destacadas sobre el Autor del sencillo epicedio que es ta elegía. Entrecruzado con este problema está el que se refiere a la época de composición, que promovió tanta variedad de pareceres, remitiendo al lector para sus pruebas a la edición anterior.

El texto que da de la *Consolatio*, lleva también su aparato crítico, e ilustraciones de notas en margen intermedio, de lugares paralelos de Ovidio, Virgilio, Statio, Propertio, Lucano, etc.

Esta edición, como otras de Lenz, se caracteriza por la sólida base científica de sus Introducciones y aparatos, tratados minuciosa e inteligentemente. Una diferencia encontramos en la *Praefatio* del *Haliutica* con respecto a las demás, y es su estilo latino, que parece se hace embarazoso y trabado a veces, falta de la fluidez y soltura de otras exposiciones latinas.

No tenemos más que añadir, sino que el Autor revela una competencia crítica y científica extraordinaria en el manejo del texto de los poemas menores de Ovidio, como se hace patente en estas ediciones, dignas del benemérito Corpus Paravianum.

J. CAMPOS, SCH. P.

EMANUELE RAPISARDA, *Consolatio Poesis in Boezio*. Introduzione, testo e traduzione della «*Consolatio philosophiae*». Centro di studi sull'antico cristianesimo, Università di Catania, 1956, XLIX+60 pp.

El Centro de Literatura Cristiana antigua de Catania, del que ya dimos noticia en esta revista (VI, 1955, 461-465), acaba de enriquecerse con un nuevo opúsculo sobre Boecio, cuyo título, *Consolatio Poesis*, desconcierta a primera vista. Se trata de una edición por separado de los trozos poéticos de la *Consolatio Philosophiae* de Boecio. Contiene el texto latino de la reciente edición de K. von Eberhard y M. L. Gothein (*Boethius, Trost der Philosophie*, Zürich 1949), la traducción paralela en prosa italiana de Rapisarda y una docta introducción sobre una temática muy variada e interesante, que gira en torno a la obra fundamental del desafortunado autor de la *Consolatio*. He aquí los temas de la introducción: 1. Orientaciones para el estudio de la poesía antigua.—2. La poesía en la *Consolatio*.—3. Síntesis entre neoplatonismo y cristianismo.—4. *La ratio* y la *fides*.—5. Penetración de la *Consolatio*.—6. *La dulcedo* y la *mulcedo* en la poesía boeciana.—7. Simbolismo neoplatónico.—8. Contenido interior del simbolismo boeciano.—9. La *retractatio* de los motivos paganos.—10. La *charitas*.—11. El tiempo. El hombre. La purificación. La humildad.—12. Exposición de la prosa de la *Consolatio*.

Con sólo el enunciado de estos temas se adivina la profunda preparación del Dr. Rapisarda para esta clase de estudios. Sobre Boecio, en particular, no es la primera vez que se ocupa, entregándose a él con simpatía y perseverancia. Por eso no es extraño que, a lo largo de esta importante introducción nos regale de vez en cuando con alguna de sus ideas luminosas. Insiste Rapisarda en que, al tratar de estudiar los autores antiguos, no puede prescindirse del elemento psicológico y estético. Limitarse, como algunos hacen, a lo puramente lingüístico o filológico, es contentarse con roer el hueso sin penetrar en el meollo de las obras literarias. También es interesante la aplicación que hace el Autor de la teoría de Kerényi a la doctrina desarrollada por Boecio sobre el sentido que hay que dar a los acontecimientos e infortunios de la vida, aplicando el concepto romano de «*religio*», que no es otro que el de «obediencia ciega a los signos de la divinidad», que son los acontecimientos, «voces del tiempo», como los llama Kerényi (*Die antique Religion*, Nimega, 1942). Insiste el Autor en lo que significa la *Consolatio*, como crisol donde se refunde el pensamiento neoplatónico y las ideas fundamentales del cristianismo, síntesis de la fe y la razón unidas en el fondo del alma atribulada de Boecio, quien en

medio de su desolación proclama la grandeza del hombre iluminado por la fe, acuñando aquella frase célebre: *homo erectus caelum intuens*. Se comprende la repercusión que en el orden moral ha tenido la *Consolatio* de Boecio, como solución integral al problema del dolor y el interés que en todo momento ha despertado esta obra en el orden cultural. Por eso acogemos con todo cariño y entusiasmo esta nueva publicación del Dr. Rapisarda, rogándole únicamente que en sucesivas ediciones no omita en la introducción unas consideraciones sobre la métrica de Boecio, una de las más ricas de la literatura cristiana antigua.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

II.—ESTUDIOS Y COMENTARIOS

D. R. SHACKLETON BAILEY: *Propertiana*. Cambridge University Press, 1956. XIV+326 pp. 35 chelines.

En este libro tenemos una muestra del tradicional método de las notas exegéticas y críticas a un autor. Muchos filólogos de nuestra época, que trabajan mucho, pero leen poco, considerarán este libro como una muestra de la gramática tradicional. Se trata sencillamente de la exégesis de numerosos pasajes del poeta, en los que por el método de acercar textos paralelos se logra la mayor luz posible. Muchas veces estas notas son críticas, y se discute el testimonio de un manuscrito o el valor de alguna conjetura.

Verdaderamente Propertio está teniendo suerte estos años, pues han aparecido nuevas las ediciones de Barber (Oxford 1953) y la de Schuster-Dornseiff (Leipzig 1954), además del comentario al libro I de P. J. Enk (Leiden 1946).

Shackleton Bailey, cuyo principal interés son las lenguas orientales, ha dedicado sus ocios al poeta latino y su trabajo puede ponerse como modelo de crítica textual al modo tradicional. Cuando teorías modernas buscan una crítica mecánica, en la que la selección de los manuscritos y su agrupación en familias resuelva automáticamente las dudas, vemos a nuestro Autor dedicado a comparar no sólo las lecciones de los manuscritos sino las conjeturas de los filólogos desde el Renacimiento en adelante. Ideas muy personales hacen sabrosa la lectura del libro y el crítico no dejará pasar sin una sonrisa la alusión un tanto despectiva a L. Havet (n. a la p. 236).

En un poeta difícil y con tradición manuscrita tan desesperada como Propertio, encontramos defendidas transposiciones de versos (pp. 174 y 243), o la lección deterior *minas* contra *minax* porque «it is unlikely that Propertius would have closed his pentameter with a merely decorative adjective, a practice from which classical Latin elegists are notoriously averse» (p. 166) críticas contra muchos editores que encuentran más fácil

añadir una palabra nueva a sus diccionarios que una letra al texto de Propertio (p. 140), un par de disticos forjados que podrían llenar una laguna (p. 125).

El lector se cree transportado a tiempos más favorables para el trabajo filológico y admira el ocio inteligente con que aún hacen los ingleses filología clásica.

Como impenitente coleccionador de manuscritos de Propertio, me permitiré señalar en la p. 170 la excelencia de la lección *subdere* de uno de nuestros manuscritos salmantinos, la que como enmienda defiende Shackleton Bailey. También me parece en II-33, 6, mejor lección la de *quacumque* de otro de nuestros manuscritos (p. 128). Todavía, si no nos faltaran el espacio y el tiempo, sería interesante aportar variantes de los manuscritos salmantinos al diligente trabajo del Autor del libro que reseñamos. Quede ello para otro día. Hoy nos limitamos a señalar el interés del trabajo, la admirable comprensión de la poesía propertiana y latina en general que acredita, la erudición sorprendente con textos siempre sobrantes para defender y explicar los pasajes estudiados, y por si fuera poco un apéndice de 50 pp. con textos relacionables, paralelos, imitaciones, más un índice de palabras y giros estudiados que cualquier estudioso de la poesía latina y de la sintaxis manejará con provecho.

A. TOVAR

VICENZO USSANI, JR., *Studio su Valerio Flacco*, Roma, Angelo Signorelli editore, 1955. 147 pp., índices incluidos. 21 × 14 cm.

Son raros los estudios sobre el poeta Valerio Flacco y más escasas aun las ediciones de sus *Argonautica*, lo que parece indicio de un juicio subestimativo, algún tanto injusto a veces, por falta de la atención merecida a los valores de su personalidad poética, y a las relaciones de su texto con el de Virgilio, lo que podría aportar una contribución a la depuración de este último.

En el presente ensayo de la Colección «Studi e Saggi» trata V. Ussani de resolver proyectando su luz, los principales problemas debatidos en torno a la obra de Valerio Flacco; que él reduce a tres: El primero, «El problema de la datación de los *Argonautica*». En las 25 páginas que le dedica, recoge brevemente el Autor los resultados de las teorías más notables que han construido los filólogos estudiosos del poeta sobre la interpretación del proemio, que está en relación estrecha con la muerte de su autor y la composición del poema. Emitiendo juicio sobre las diversas soluciones, desaprueba las que dan Giarratano, Blomfield, Syme, y acepta la posición de R. J. Getty, cuando concluye que los *Argonautica* no fueron empezados, o la invocación a Vespasiano del proemio no fué compuesta antes del 80 p. C. Con este desfile de opiniones intenta Ussani orientar al lector sobre los problemas del poeta.

En la segunda cuestión «Cuándo fué compuesto el proemio de los *Argo-*

nautica» se propone el Autor un reexamen de los elementos que presta la tradición literaria y los que se desprenden del mismo poema. En una minuciosa e inteligente investigación personal del Autor para interpretar la historia literaria con los datos de Quintiliano, Statio, Silio Itálico, Ovidio, Tácito, y apoyado en la historia de Flavio Josefo, en el conocimiento del culto imperial, los *Oracula Sibyllina*, en el *De sera numinis vindicta* de Plutarco, en datos de la arqueología, y por otra parte teniendo en cuenta las alusiones contenidas en el poema, como la referente a la erupción del Vesubio del 79 en el libro III, y considerando asimismo cuándo murió el poeta, deduce hábilmente el Autor que el proemio se redactó hacia la época de la mitad del poema, que vino a ser entre el año 80 y 81.

Para la solución del tercer problema «El proemio de los *Argonautica* a la luz de la tradición proemial latina» el Autor pone a contribución con hondo conocimiento de la poesía épica latina, los recursos temáticos de tipo histórico-religioso que emplearon los poetas anteriores. Como Virgilio tiene la invocación y apoteosis de Augusto en las *Geórgicas*, Valerio tiene la de Vespasiano; pero aún más se inspiró y tuvo *in mente* la plegaria de Eneas a Febo, la invocación a la Sibila y la solemne promesa al mismo Febo, a Diana, a la *sanctissima vates* del Mantuano. La afinidad estructural entre el proemio del libro III de las *Geórgicas* y el de la *Farsalia*, podría descubrirse con ligeras reservas entre el mismo proemio virgiliano y el de Valerio.

Y aparte alguna semejanza ideológica con la *Tebaida* de Statio, la novedad del proemio de Valerio consiste en que en él se celebra la apoteosis del emperador no ya vivo, sino muerto y divinizado, si bien afectase esa gloria en no pequeña parte al príncipe reinante.

El Autor concluye que los *Argonautica* quedó incompleto por la prematura muerte del poeta, que sucedió en los años inmediatamente anteriores al año 90 p. C.

Esta tercera parte creo que es la más interesante y mejor lograda dentro del objetivo del Autor, que dispone de una selecta bibliografía bien aprovechada. Dos índices, uno de lugares o pasajes citados y otro de autores modernos, coronan el libro.

El estudio que ha hecho Ussani de la obra de Valerio es una pieza digna de figurar en la Colección que acertada y competentemente dirige Ettore Paratore, y con méritos para ser conocida y tenida en cuenta por los filólogos que estudian la época latina imperial.

J. CAMPOS, SCH. P.

GIORGIO BRUGNOLI, *Studi sulle Differentiae verborum*, Roma, Editore A. Signorelli, 1955. 382 pp., índices incluidos. 21×14 cm.

No es obra de principiantes la empresa de meterse a fondo con el conjunto de las *Differentiae verborum*, que en sí cada una y en sus relaciones e interdependencias recíprocas implican una serie de problemas que asustarían aun a los filólogos habituados a esta clase de dificultades; mas el Autor con años y ánimos juveniles ha entrado en su red y maraña con solidez y aplomo, y no puede negarse que ha acertado a establecer sobre nuevas bases el problema del origen, de las relaciones y de la consistencia textual de los diversos filones de las *Differentiae*.

En la «Introduzione» indispensable en obras científicas como ésta, investiga con gran seguridad el origen y concepto de sinónimos y de *differentia* frente a *genus verborum* entre los latinos, y la formación y uso de «elencos» de «sinónimos» y *differentiae*, que como tales son obra de la latinidad tardía del Medievo, siendo la primera colección la del *inter aptum et utile* que va atribuída a Isidoro Hispalense en el prólogo.

Las listas de vocablos que se conocen desde el erudito Varrón a Isidoro no son propiamente registros de *differentiae verborum*, sino léxicos con vocablos estudiados en cuanto a su etimología explicada con un ejemplo a su lado, fundado en la discusión sobre las propiedades de los varios sinónimos de la palabra propuesta como lema. De la obra de Varrón, *De Lingua Latina* se benefició abundantemente la tradición antigua.

El Autor va recorriendo en breve *excursus* los escritores latinos de baja época que compusieron o dejaron algo de *differentiae*, aunque no publicaron elencos orgánicos de sinónimos.

Dado el hecho que los compiladores medievales titularon sus colecciones de *differentiae* con nombres ilustres de la antigüedad clásica, de Cicerón, Suetonio, Palemón, y otros, se plantea Brugnoli preventivamente la cuestión, si obedeció esta titulación al recuerdo de alguna obra del autor antiguo con el mismo título que no hemos conocido, o se trata de restos o reminiscencias que quedaron de aquéllas o qué fines se propuso el compilador al rotular apócrifamente su colectánea.

Para dar solución a tan complejo interrogatorio, se propone el Autor responder en este estudio, examinando por primera vez —y he aquí uno de sus limpios valores—, toda la serie de *Differentiae* en bloque y paralelamente, haciendo aquellas confrontaciones que conduzcan a situar el problema central de la atribución y las múltiples cuestiones colaterales. Y con todo advierte que no es éste en sí el objetivo final del trabajo, sino la base para llegar a una edición total y crítica de estos sinónimos tan característicos.

El cuerpo de la obra lo constituye el análisis en examen exhaustivo de cada una en sí, en su texto y tradición manuscrita y en sus relaciones con las otras siloges paralelas de *Differentiae*, que ilustran su valoración, distribuyéndolo en nueve capítulos.

Empieza con los llamados *Synonyma Ciceronis*, que es una siloge de

sinónimos sin *differentiae*, que se ha transmitido en seis formas de agrupaciones de lemas por otras tantas clases de mss; es destacada la primera porque los codd. correspondientes traen la interesante carta del pseudo-Cicerón *ad Veterium*.

Desde el capítulo II comienzan las siloges de auténticas *differentiae* con los tres elencos de la «*inter polliceri et promittere, inter metum et timorem* y la *inter auxilium et praesidium*, constatados cada una por sus respectivos mss., cuya dependencia va esclarecida con sus correspondientes *stemmas*, a la vez que acompaña un cuadro comparativo previo de las relaciones y orden de lemas en los principales codd.

El estudio del capítulo III se refiere ampliamente a la colección de dos elencos; uno atribuido a Suetonio y otro a Remmio Palemón, cuyos dos manuscritos constituyen tema de discusión en cuanto a su origen. Dos cuadros de interrelaciones con otras series ilustran este capítulo.

La siloge Palemoniana tiene estudio especial en el capítulo IV junto con las «Normas Gramaticales» que figuran en la de pseudo-Suetonio.

La serie intitulada de Valerio Probo y la de Frontón con sus elencos íntegros forman la materia de los capítulos V y VI respectivamente.

En los siguientes capítulos revisa el Autor problemas particulares, como la posible atribución del *inter aptum et utile* a Isidoro de Sevilla, analiza otras siloges de *differentiae* de menor importancia, y concluye en el IX con las varias formas de la tradición indirecta que ha de tenerse en cuenta. Un cuadro de concordancias de todas las series examinadas, atendiendo a la numeración de sus lemas cierran este estudio.

No podían faltar en una obra de no escasa bibliografía y de referencias frecuentes a autores clásicos y medievales los índices correspondientes, uno de mss. citados, otros de pasajes y otro de los autores citados.

Un juicio adecuado y una reseña completa requeriría un largo y minucioso estudio de la obra, que es eminentemente científica, como apoyada en sus fuentes primarias, y en la revisión crítica de las noticias bibliográficas de otros tratadistas precedentes. No puede regateársele al Autor el mérito de preparar convenientemente con la solución de varios problemas relativos a las fuentes de estas colecciones características de sinónimos, la edición crítica de un *Corpus* de las mismas, que constituiría una base documental indispensable para los conocimientos lexicales del mundo literario del Bajo Imperio y de la primera Alta Edad Media.

J. CAMPOS, SCH. P.

III.—HISTORIA

R. E. SMITH, *The Failure of the Roman Republic*. Cambridge University Press; London 1954 (21'7×14 cm.). Encuadernado en tela. Precio 25 chelines.

La República Romana, con su gobierno de «ciudad-estado», fué capaz de conquistar un imperio, pero fué incapaz de gobernarlo. Esta es la trágica verdad que el Autor sienta al principio de su estudio (3). El fallo, el colapso, el hundimiento de las instituciones, virtudes e ideales que habían llevado a Roma desde los límites de su «pomerium» hasta Tarento, Zama, Cádiz y Corinto se abre el día en que los Gracos, disputándole al Senado de los nobles sus derechos tradicionales, plantean públicamente la pregunta: ¿Quién debe gobernar a Roma y al mundo Romano? La pregunta no halló respuesta satisfactoria y viable hasta cien años después, cuando Augusto «dió de nuevo a los hombres la oportunidad —el deseo lo había habido desde mucho antes— de volver a vivir en conformidad con su antiguo código moral» (164). Los Gracos señalaron el camino de la irresponsabilidad, de la indisciplina y del personalismo, que son los caracteres más salientes de la vida pública en el siglo que siguió al fracaso inevitable de su precipitada e inoportuna actuación. El Autor analiza profunda y agudamente la naturaleza de este colapso y de esta caída. Su tesis es que no fué única ni principalmente un colapso de gobierno, político, en una palabra, sino que fué primordial y radicalmente moral, en la literatura, en el pensamiento, en la filosofía, en la religión, en el tenor general de la vida. Mario, Cinna, Sila, Pompeyo, César llegan a olvidarse de Roma para pensar sólo en sus intereses personales; los ejércitos ya no eran ejércitos de Roma, sino de los generales que los reclutaban, y mandaban (127). Los Gracos habían roto la unidad del pueblo romano. Ni los jefes del partido popular ni el partido de los nobles, egoístas y corrompidos todos, podían remediar el mal y salvar a Roma. «Únicamente un poder más fuerte que los partidos rivales podía, imponiéndoles una disciplina, restaurar la unidad del Estado que hiciera posible un gobierno responsable» (112).

Al enjuiciar este tormentoso período de la historia de Roma que va desde los Gracos al triunfo de Augusto, hay que guardarse de hablar de «decadencia» (5): lo cierto es que Roma se enfrentó con el problema y salió triunfante de la prueba: «failure, sudden and complete, clamped between two long periods of successful achievement, such that the failure seems to be both progeny and progenitor of success» (4). Esta maravillosa y sorprendente vitalidad del espíritu romano es el objeto de las dos primeras partes del libro (6-72).

Como puede verse, no se ha propuesto el Autor investigar detalles de las luchas que ensangrataron Roma durante esos cien años, sino darnos una

interpretación del fin de la República Romana. No interesan tanto los protagonistas de las luchas políticas cuanto el estudio de la descomposición política, moral, religiosa y filosófica de que son exponentes. De esta forma aparecen lógicamente encuadrados en la historia de su tiempo los filósofos, poetas y escritores contemporáneos, que también «hicieron» y «son» historia.

Es difícil no estar de acuerdo con la admirable lección de sana política que el prestigioso profesor de la Universidad de Manchester da a los hombres de hoy con el análisis de la crisis romana del siglo I antes de Cristo.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

IV.—LITERATURA CRISTIANA

A. G. AMATUCCI, *Storia della Letteratura Latina Cristiana*. Seconda Ediz. interamente rifatta. Società Editrice Internazionale, Torino, 1955, VIII+366 pp.

He aquí un libro que se alaba por sí sólo. El nombre de Amattucci, afamado profesor de la Universidad del Sagrado Corazón de Milán, es garantía de seriedad, competencia y prestigio. Ya lo hicimos notar con ocasión de presentar en esta misma revista su edición crítica del *Rudens* (HELMANTICA, V, 1954, 389).

El autor lleva muchos años dedicado al estudio de la literatura latina con un afán sin eclipses. Su *Historia de la literatura romana*, en dos volúmenes, su *Historia de la literatura latina cristiana* y, como síntesis de ambas, su obra fundamental *La literatura de la Roma imperial* (Bologna, 1947), que forma parte de la grandiosa colección *Storia di Roma* en treinta volúmenes, que publica el *Istituto di Studi Romani*, acreditan su firma. Ahora al reeditar la segunda edición de su *Historia de la literatura latina cristiana*, no se ha limitado a introducir en ella ligeros retoques. Ha realizado a fondo la labor de revisión. El libro ha quedado así remozado y puesto al día en todos sus detalles, tanto bajo el punto de vista ideológico, como en el bibliográfico y aún en el tipográfico. La síntesis de algunos autores que he examinado expresamente, como por ej., el español Juvenco, supera en riqueza de datos, en madurez de juicio y precisión de frase a cuantas historias de este género conozco. Bien se adivina en esto el dominio del Autor en esta importante materia. Su paciente, prolongada y directa lectura de los autores le han permitido asimilar plenamente en la sucesión de los años los más ricos matices de la personalidad de cada uno. Por eso, aun tratándose de una segunda edición, los aficionados a la literatura latina cristiana recibirán, sin duda, con simpatía y agrado esta nueva publicación que el Dr. Amattucci les brinda.

Para la fácil utilización del rico material recogido en las notas adicionales que siguen a cada capítulo, hubiera convenido un índice de materias y otro de autores modernos. Ojalá pueda llevar a cabo el viejo maestro esta nuestra sugerencia en una tercera edición de esta su importante obra, que quisiéramos ver a no tardar en la imprenta.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

V.—ENSEÑANZA

ISABELLE PLAUT, *Les Sons du Grec Ancien. Initiation à la Phonétique*. 1952. Páginas 16 (28×21'5 cm.). Precio, 180 francos.

Méthode Naturelle de Grec. Débutans. 4.^a edición, 1951. Páginas 32 (28×21'5) cm.). Precio, 600 francos.

Méthode Naturelle pour l'Enseignement du Grec. 4.^a edición, 1951. Páginas 48 (28×21'5 cm.). Precio, 600 francos.

Méthode Naturelle de Latin. Débutants. Páginas 80 (28×21'1 cm.). Pedidos a la Autora, Sainte-Pience, Manche. Francia.

A excepción del primer fascículo, que es una breve iniciación a la Fonética de las lenguas clásicas, indispensable para los principiantes e incluso para alumnos de la Universidad, los demás fascículos están destinados a niños de 11 años que intentan dar los primeros pasos en el aprendizaje del latín y del griego.

La Autora emplea un método verdaderamente personal, cuyos principios expuso en el Congreso Internacional pro «Latín, Lengua Viva» (Avignon, 2-6 Septiembre de 1956), y que ya dimos a conocer a nuestros lectores (HELMANTICA, t. VII, 1596, p. 431 y 446-447). Tiene en cuenta, por encima de todo, el fenómeno niño y la claridad, la ciencia y la lógica que no se pueden sacrificar en ninguna clase de enseñanza. Arrumba a un lado conceptos y términos generalmente empleados, pero falsos, como son, entre otros, «aspirada» y «gutural», que sustituye por «expirada» y «palatal» respectivamente. Pero la novedad no está en las innovaciones de términos, sino en la forma como, casi jugando, sin caer en la facilonería de los métodos directos, va enseñanza al niño a expresarse en latín o en griego, del mismo modo que se practica en la enseñanza de las lenguas modernas de tipo no clásico. Los textos escogidos son realmente vivos, graduados y tales que despiertan el interés del niño, le dotan paulatinamente de un vocabulario escogido y le van introduciendo en el conocimiento de la vida y de la cultura clásicas, capacitándole así para gustar y comprender cuanto antes a los autores.

Los dibujos, que fijan el concepto y despiertan el interés y la atención del niño, son un acierto.

Se trata, en fin, de un método interesante, sanamente renovador en un campo donde una tradición, muchas veces anquilosada, tiene a maestros y alumnos encadenados a la noria de la rutina más estéril. Bienvenidos estos aires nuevos. Es esta la única manera de responder a los ataques que desde ángulos tan diversos se lanzan hoy contra el mantenimiento del latín y del griego en la enseñanza actual. Se impone modificar la metodología de los últimos tiempos, en la cual el medio (Gramática, o comentario técnico) ha sustituido al fin (formación humanística).

La Autora tiene también en venta variados e interesantes subsidios didácticos para hacer amena e instructiva la clase y lograr esta formación humanística: films, cartones murales, postales, cromos para álbumes, etc., que ilustran la vida griega y romana. Nadie hay que no vea cuánto aprovechará su uso a profesores y alumnos.

Es de desear que un día próximo podamos ver estos interesantes manuales decorosamente impresos y generalizados.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

FRANCISCO DE B. MOLL, *Gramática Histórica Catalana*. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos, Madrid, 1952. 448 pp. (14×25 cm.). Precio, 80 pesetas.

Hasta ahora el estudiante español de Filología Románica, si quería profundizar un poco en el estudio de la lengua catalana en un plano parecido al que coloca en su carrera cualquiera de las otras lenguas románicas, debía valerse de trabajos dispersos, de difícil adquisición y consulta. No había en castellano ninguna obra de síntesis de la Gramática Catalana. Muy oportunamente el Autor y la Biblioteca Románica Hispánica de la Editorial Gredos, que dirige Dámaso Alonso, vienen a proporcionar al estudiante español este instrumento necesario de trabajo.

El Autor no pretende ser original; sabe y noblemente declara que en cuestiones de Fonética y Morfología no se puede por menos de depender de las conclusiones sentadas por Fouché para el catalán del Rosellón francés; pero su respeto por los puntos básicos establecidos por el gran romanista francés no le impide rectificar y discutir alguna de sus afirmaciones y, desde luego, presentarlas en forma más clara y pedagógica.

En la Sintaxis, deliberadamente reducida para no salirse del marco general de los manuales de la colección, tiene muy en cuenta las obras de Fabra, Par y Klesper; pero el Autor la ha enriquecido con gran número de ejemplos de primera mano.

La parte más original es la que versa sobre la Formación de las palabras (265-308), tema apenas esbozado por los tratadistas anteriores.

Problema muy debatido —y hasta estúpidamente envenenado en tiempos pasados— es el de los orígenes del catalán: ¿es iberorrománico o

galorrománico? El Autor expone las diversas teorías que se han venido sosteniendo desde los tiempos en que se consideraba al catalán como una simple variante o dialecto del provenzal. La cuestión dista aun de estar totalmente resuelta. Por eso, al Autor le parece más positivo sentar, basándose en los hechos ciertos, la fuerte individualidad del catalán frente al español, al francés y al provenzal.

Utiliza el Autor y cita abundante, aunque no exhaustiva bibliografía. El lector de nivel medio le agradece el buen cuidado que pone constantemente en orientarle sobre el valor de la misma.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

VI.—VARIA

J. M. COHEN, *A History of Western Literature*. Pelikan Book, A 371. Penguin Books Ltd. Harmondsworth, Middlesex 1956. 379 pp. Precio, 3/6.

El Autor lleva muchos años dedicados al estudio y exposición de las principales literaturas europeas. En la misma colección ha cuidado la edición de *Don Quijote*, de *The Penguin Book of Spanish Verse* (con la traducción inglesa al pie de la página) y actualmente prepara una traducción popular de la *Autobiografía* de Santa Teresa.

El presente volumen es una historia de la Literatura occidental desde la aparición de las lenguas romances hasta mediados del presente siglo. La unidad en una materia tan vasta y compleja la ha buscado el Autor desarrollando los diversos temas literarios a medida que se van presentando hasta su fin y con su influencia en los diversos países. No es un libro para especialistas, sino para el gran público, lo cual le exime de ciertos tecnicismos y detalles, pero es obra de un especialista con ideas propias bien maduras.

Es comprensible que nos hayamos fijado sobre todo en sus juicios sobre la Literatura española. El Autor declara (9) deber mucho a varias obras de Ramón Menéndez Pidal (*sic*), que no especifica. La influencia de tan experto y autorizado guía se advierte en el acierto con que está tratada concretamente la Epica española medieval. En otros campos, sobre todo en el de la poesía de este siglo, se deja llevar demasiado, a nuestro honrado entender, de sus personales y, por ello, discutibles preferencias no ciertamente de orden literario. Parece que para el Autor no ha habido más poesía española contemporánea que la de determinado color político, hacia el cual nuestra evidente simpatía; es más, señala expresamente «the Spanish defeat» de 1938 (p. 321) como uno de los hitos que marcan la extinción de la poesía en nuestra Patria... Presenta como víctimas del Régimen actual español hasta a Antonio Machado (de su hermano Manuel,

ni una palabra) y a J. R. Jiménez; hasta parece que le duele que Vicente Aleixandre no esté en el grupo de exilados: «...it reflects the isolation of a poet who remained behind, when most of his contemporaries emigrated» (p. 319).

Los aciertos indudables del libro en su conjunto no nos eximen de señalar, dejando aparte algunas claras erratas en los nombres —cosa rara en los libros ingleses—, ciertas inexactitudes: por ejemplo, hablar del gallego como de un dialecto del castellano (p. 42), la traducción equivocada del verso italiano «e la mente lo muta» de Jacopone da Todi (p. 47), hacer a Madrid capital de España en tiempos de Boscán (p. 133), o la evidente exageración de casi comparar el volumen de la producción teatral de Benavente con el de la de Lope (p. 334). Más grave nos parece el silencio sobre la Literatura Catalana, de tanto relieve en ciertas épocas: sólo se detiene a hablar de Ausias March; a Ramón Llull únicamente lo nombra de pasada; ni una palabra de Verdaguera, de Maragall y tantos otros eximios literatos. El juicio del Autor sobre los Autos Sacramentales, de Calderón en particular (p. 162), es excesivamente personal y en contra de la apreciación general hoy día; el hecho de que corrientemente fueran obras de encargo de corporaciones oficiales no quita nada de su carácter popular, dentro del estilo barroco de la época. Es sorprendente también cómo se esfuerza el Autor en hacer ver que *Don Quijote* no es una novela propiamente dicha. Para ello habría que definir bien qué entendemos por novela; el Autor lo hace en la página 198: «the novel proper begins when readers become interested in the life and fortunes of men of their own day, described with some measure of realistic detail, and with reasonable attention to the laws of probability». Reconozca el Autor que no todos aceptarían como legítimos los límites estrechos de su definición. Pero aun aceptándolos, *Don Quijote* creemos nosotros, creyó Cervantes y creyeron sus contemporáneos que era una novela. ¿O es que no supo Cervantes lo que escribía, o creyendo escribir una novela le salió una «epopeya cómica» (p. 144), como le sucedió al personaje ridiculizado por Horacio en la Epístola famosa? Las razones aducidas por el Autor para mantener su afirmación (p. 144 y 198) no convencen. Desde luego no se compaginan muy bien con lo que el mismo Autor afirma anteriormente: «Cervantes had performed for Spain the miracle previously performed by de Rojas of creating real persons» (p. 142). «His (de Don Quijote) adventures are real in a sense that nothing in Ariosto is» (p. 143). «But Cervantes —no romantic— heightens the effect of his invention by contrasting it continuously with an uglier reality» (p. 143); en la misma página 142 afirma que Don Quijote y Sancho son —y no es ninguna novedad— personajes vivos, de los pocos tipos universales, «existing outside the story of which they form part». ¿En qué quedamos, pues? Sería curioso que alguien, siguiendo idéntico razonamiento y norma, negara a las obras teatrales de Shakespeare el carácter que siempre se les ha atribuido, y las catalogara entre lo que se le antojara.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

PIERRE MOREAU, Professeur à la Sorbonne. *Chateaubriand, L'Homme et L'Oeuvre*. *Connaissance des Lettres*, num. 46. Hatier-Boivin, Paris, 1956. 11×16'5. 208 pp.

RENÉ POMEAU, Professeur à la Faculté des Lettres de Toulouse. *Beaumarchais, L'Homme et L'Oeuvre*. *Connaissance des Lettres*, num. 47. Hatier-Boivin, Paris, 11×16'5. 208 pp.

LEÓN CELLIER, Professeur à la Faculté des Lettres de Grenoble. *Gérard de Nerval, L'Homme et L'Oeuvre*. *Connaissance des Lettres*, num. 48. Hatier-Boivin, Paris, 1956. 11×16'5. 256 pp.

Al reseñar estos tres nuevos volúmenes de «*Connaissance des Lettres*», no vamos a exponer las características de esta interesantísima colección, que ya es conocida de los lectores por anteriores notas bibliográficas. Simplemente, al verla acercarse al medio centenar de títulos, hemos hecho un recorrido de estos, en cuya lista figuran treinta y cinco dedicados a autores franceses. Unos pocos más y la colección será, no ya un auxiliar inapreciable, sino una fuente de información y orientación completas para los profesores de literatura francesa que no tengan tiempo de estudiar directamente a cada autor.

Nos ha parecido sencillamente ejemplar el cuidado que estos tres competentísimos profesores han puesto en la redacción de unas obras destinadas a una colección humildemente editada. Con una presentación como la de nuestra colección de «*Clásicos Labor*», por ejemplo, estos tomitos serían una delicia. No han perdido sin embargo, para nosotros nada de su interés cautivador. Después de su lectura se conoce mejor a los autores y se aprecia con más justeza su obra, cuyas raíces vitales tan lúcidamente están expuestas. R. Pomeau ha distinguido en Beaumarchais «la carrière» (primera parte) y «l'oeuvre» (segunda parte), pero tanto P. Moreau con *Chateaubriand* como L. Cellier en *Gérard de Nerval* han creído que la obra estaba en estos autores tan entrañada con la vida, que han preferido tratarlas juntas. Pero también R. Pomeau nos hace ver nítidamente en la primera parte hasta qué punto la obra de Beaumarchais está vinculada a su vida.

Vemos muy bien desarrollada por Pierre Moreau la idea que encontramos ya en la p. 4 de su libro: que la obra de Chateaubriand «está llena del alma bretona». Seguimos muy bien la elaboración (bocetos, planes, sucesivas redacciones) de las obras del gran romántico, los amores del «*Enchanteur*», siempre «de fleurs en fleurs» (p. 96), sus odios, «numerosos» y «tenaces». Pero lo que hemos leído con particular interés es el estudio de su conversión, sobre la que P. Moreau escribió en 1933, y el análisis de su fe sentimental y poética y de la evolución de su cristianismo. Hubiéramos deseado un desarrollo un poco más amplio del último punto del capítulo «*Devant la Religion*», es decir, de la influencia del cristianismo de Chateaubriand. Quizás este deseo se debe a motivos personales. Mien-

tras íbamos viendo al novelista concebir «Le Génie du Christianisme» como «una poética del Cristianismo» (p. 36), como «una obra de restauración social y religiosa» (p. 30), y ofrecer en «René» la Religión como «remedio de las pasiones» (p. 38), pensábamos en una comparación entre las obras «cristianas» de Chateaubriand y la actual literatura «católica». Tema tentador. Parecen, por de pronto, claras algunas notas románticas de la actual novela «católica», si bien su dirección sea distinta de la «apología por la belleza», como distinta es la época. Comprendemos que M. Moreau no tenía por qué tratar este tema. Le quedamos muy agradecidos por su cuidadísima obrita.

Beaumarchais es para nosotros hoy, más que nada, «El Barbero de Sevilla» y «Las Bodas de Figaro», más en cuanto óperas que en cuanto comedias suyas, aunque magistrales. Naturalmente, nos interesan mucho más las «Bodas», precisamente porque cayeron en manos de Mozart y no en las Rossini. Desde luego, no estamos muy conformes con la idea que la obra maestra de Beaumarchais sea su propia vida. Si esta no nos es tan «detestable» como para sus calumniadores, tampoco podemos negar nuestra antipatía hacia un traficante en armas y en negros. Todo podemos, sin embargo, olvidarlo a cambio de un Figaro inmortal. También podemos perdonarle que su ambientación española del «Barbero» sea un poco más ligera tal vez de lo que entiende M. Pomeau (p. 143), aunque es verdad que el convencionalismo usual del género le disculpa. Y no es que el autor del precioso libro que comentamos oculte los defectos de la obra de Caron. Sin duda el principal, fué, como en tantos otros, pretender hacer aquello para lo que no estaba dotado, que era lo que le pasaba a Beaumarchais con el «género dramático serio». R. Pomeau nos lo muestra bien (cap. II de la segunda parte).

Muy especialmente le agradecemos el análisis, inteligente y finísimo, de los personajes de las principales obras caronianas, particularmente del «Mariage». Nos hubiera gustado que la conclusión, junto al influjo y la vida póstuma de la obra de Beaumarchais, contuviera alguna página dedicada a las óperas para las que sirvieron de argumento sus comedias. Las leves referencias al libreto de Da Ponte (pp. 167 y 169), a la «música» que se percibía en el «Mariage» y que Mozart «a dégagee, en l'épurant» (p. 181), nos han sabido a poco. Pero el libro nos ha complacido mucho.

Sin saber por qué, al tomar el libro de Léon Cellier sobre Gerardo de Nerval, pensábamos en Rimbaud. Quizá porque este poeta «maldito» acababa de venir al mundo contra su voluntad cuando el poeta «sufriente» se marchaba de él por su voluntad, probablemente irresponsable. Pues bien, el capítulo final del libro, que lleva por título «La Montée lumineuse» y muestra el ascenso de la fama de Nerval a través del siglo transcurrido desde su muerte, comienza con estas palabras: «¿Se presta el mito de Nerval a un estudio tan vasto como el mito de Rimbaud?». Pero no sigue el Autor con este paralelo. Y por lo que respecta a Gerardo Labrunie, nos dice en la breve introducción que no ha querido aportar una nueva contribución al «mito de Nerval», pero que tampoco se ha contentado con

darnos el estado presente de los conocimientos sobre la vida y la obra del poeta. Nerval mismo, el gran «mitómano», fué el principal autor de su propio mito. Nerval «est entré vivant dans la légende» (p. 6). Mas, si bien él quiso «hacer de su vida una novela, el destino la convirtió en una tragedia» (p. 7). Esta tragedia en cinco actos es la que L. Cellier expone maravillosamente en cinco capítulos con sugestivos títulos. Un sexto capítulo, «La cité des livres», nos muestra al lector «insaciable» y «apasionado», las influencias y los plagios. Como resumen del capítulo, esta frase de su final (p. 187): «Cependant le lu, le vécu et le rêvé fondus au creuset de l'imagination créatrice, donnent naissance à un autre mythe: l'oeuvre nervalienne». El cap. VII analiza su alma romántica y el VIII sus cualidades de creador.

No es que sobre nada de cuanto M. Cellier dice con tanto rigor y lucidez (véase por ejemplo, el estudio de las distintas versiones sobre la muerte del poeta, pp. 161-167). No sentimos en ningún momento esa sequedad que el autor teme. Pero las breves citas de los poemas de Nerval son tan atractivas, que deseáramos verlas multiplicadas, aunque fuese a costa de algunos detalles, si el número de páginas, ya mayor que en otros volúmenes de la colección, no podía aumentar. ¡Qué luz dan los cuatro versos transcritos en la página 92, para penetrar en el «alma sufriendo» del poeta! Maravillosos versos, a cuyo regusto añadiremos sólo nuestra admiración por la obra de M. Cellier, sin duda uno de los mejores homenajes que se han tributado a Nerval con ocasión de su centenario.

ENRIQUE R. PANYAGUA, C. M.

P. RESTREPO, FELIX, S. I. *El Castellano naciente*. Empresa Nacional de Publicaciones. Bogotá, -956, pp. 86.

El P. FELIX RESTREPO, S. I., Director de la Academia Colombiana, muy conocido por sus trabajos filológicos y gramaticales, nos presenta en este folleto una muestra muy curiosa del CASTELLANO NACIENTE, esto es: de la multitud de neologismos que surgen espontáneamente en nuestra lengua (algunos de muy buen cuño) y de la plaga de extranjerismos que la invaden, obscurecen y afean. Esta cala que ha hecho el P. RESTREPO en nuestra lengua hablada, es muy elocuente porque, habiendo sido hecha en un espacio muy reducido, ha dado un total de 210 términos «no españoles», de los cuales se imponen ya una buena parte, y pronto la Academia les dará entrada franca¹; pero hay otra gran parte de extranjerismos que no tienen por qué entrar.

Estos 210 términos han sido tomados de los titulares de informaciones y pies de grabados publicados en una semana (del 18 al 25 de junio de

¹ De ellos, 25 han sido ya admitidos en la última edición (la 18.ª) del Diccionario de la Academia.

1956) entre cuatro diarios de Bogotá. De ellos más de la mitad corresponden al deporte y a la vida social y política. Esto prueba que el vehículo principal de estas importaciones son los diarios en sus crónicas de deportes y de información. De aquí la responsabilidad que, ante todos los hablantes de la lengua española, contraen los cronistas, jefes de redacción y directores de periódicos y revistas al no poner freno a la moda de mal gusto de extranjerismos o de caprichosos neologismos. La lectura de los términos recogidos por el P. RESTREPO, nos prueba que en Hispanoamérica son más fáciles que nosotros en admitir extranjerismos, principalmente ingleses: creen más elegante acercarse al uso y términos norteamericanos. Por eso fué acertada la determinación que tomó el Congreso de Academias Hispánicas, celebrado el año pasado en Madrid, de que cada nación hispanoamericana tenga una comisión que vigile la introducción de neologismos, y lo comunique a la comisión permanente de Madrid para que resuelva.

La revisión de términos nuevos es urgente, sobre todo en lo que se refiere al progreso técnico: el automóvil, la aviación, la aplicación de la energía nuclear exigen una terminología clara y distinta. Como ejemplo de la anarquía reinante toma el P. RESTREPO el sustantivo «llanta» (aplicado al automóvil), que en España llamamos «cubierta». El Diccionario de la Academia define así: *Llanta de goma* = «*Cerco de esta materia que cubre la llanta de los coches*». («Llanta» que cubre a la «llanta»). La misma Academia define así la voz «neumático»: «*Tubo de goma que, lleno de aire comprimido, sirve de llanta a la rueda de los automóviles, bicicletas, etc.*».

Según esto, «neumático» y «llanta» son lo mismo. Y no es cierto. Como se ve, aun cosas ya viejas y de uso corriente están faltas de precisión en los vocablos que las expresan.

Felicitemos muy de veras al P. RESTREPO por esta voz de alerta. Todo hombre culto debe tener a gala el desterrar de su lenguaje el empleo de extranjerismos innecesarios. Un deseo de lucimiento o una falsa apreciación de los términos nos hace a veces vulnerar el idioma estúpidamente. ¿Por qué nos ha de parecer más limpio y educado decir *water* que decir *retrete* o *evacuatorio*? No nos avergoncemos nunca de estos términos de cuño latino, tan expresivos y nuestros.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

CARLOS E. MESA, *Ensayos y Semblanzas*. Biblioteca de Autores Contemporáneos. Editorial Santafe, 1956. LVIII+372.

Cuantos hayan seguido de cerca la labor callada pero tesonera que, día tras día, ha ido desarrollando en diferentes publicaciones este culto y atildado escritor cordimariano, Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana, saludarán con alborozo la aparición de este su nuevo libro de vulgarización. En él se recogen una serie de trabajos publicados con anterioridad en diferentes revistas de España y de América, de te-

mática muy variada, desde la crónica de viaje informativa y literaria a la vez, hasta el estudio histórico crítico o el estilístico literario.

Campea en todos ellos el estilo del autor, que se caracteriza por su tersura y sobriedad y un clásico sentido de medida en la frase, en la palabra y en el tono, junto con un criterio sano y un tino certero en lo que dice y el modo de decirlo; al fin como quien está prenetrado de aquel espíritu de proporción y medida, que el autor recibió ya en su primera formación profundamente humanística.

Por eso mismo, más de uno hallará impropio de este libro su «prólogo y presentación», por su desmedida proporción, por su enfoque y por el tono en que está escrito. Entiendo que el P. Mesa no necesitaba presentación ajena. Es peligroso colocar a los hombres sobre un pedestal demasiado elevado. Con la altura se les empequeñece y sobre todo pierden el encanto que la grandeza de su alma deja traslucir en la expresión y naturalidad de sus modales. Sin este prólogo y también con una más cuidadosa labor de corrección de pruebas, el Autor y, con él, la editorial colombiana, se hubieran prestigiado más ante el numeroso grupo de lectores que deseamos para esta obra.

J. DELGADO, C. M. F.

MARTIN DESCALZO, JOSE LUIS, *La frontera de Dios*. Ediciones Destino. Premio «Eugenio Nadal», 1956. Barcelona, 1957. Pp. 249. Ptas. 65.

No hace mucho publicó A B C una entrevista con el Director de «Editorial Planeta» a propósito de los premios de novela, tan en boga. A la pregunta del periodista de si con esos premios se buscaban nuevos escritores, el Director contestó sinceramente que no: que lo que se buscaba era nuevos lectores, pues —añadía— hay un público numeroso de lectores no muy aficionados a la novela, pero que, si ven una premiada y jaleada por la prensa y la publicidad (más aún si se añaden circunstancias excepcionales en el autor —señorita estudiante o dedicada a sus labores, exjesuíta, cura—)¹ se lanzan a comprarla y leerla con irresistible curiosidad.

Estamos plenamente de acuerdo con el Director de «Editorial Planeta». Llevamos varios años de «Premios Nadal» flojos, pero de éxito editorial enorme. Un profesional del libro nos ha dicho que, a las 48 horas de llegar a Madrid los primeros 5.000 ejemplares de *La frontera de Dios*, ya estaban agotados. Aquí sólo pudo influir el premio y la circunstancia de ser su autor un «cura moderno».

Nosotros también picamos, y no nos arrepentimos de ello. La leímos en dos días. Se deja leer. Luego hemos leído la autocrítica que el autor hace de ella en INCUNABLE —núm. 96, abril 1957—. Y ahora nos ve-

¹ Estas circunstancias no fueron dichas por el Director de «Editorial Planeta». Las decimos nosotros.

mos precisados a hacer la reseña para los lectores de HELMANTICA, muchos de los cuales habrán ya leído la novela. Preferimos exponer por puntos sueltos nuestra opinión.

1.º El ser «Premio Nadal», nos parece que no quiere decir casi nada. ¡Es tan fácil que, cuando da el premio una Editorial, se sobrepongan miras comerciales! Por eso creemos un poco ingenuo el contento del Autor al considerar que tal galardón ha venido a reconocer oficialmente y a premiar la renovación literaria de la que podríamos llamar *Generación de «Incunable»*. Hay desproporción. Esta *Generación*, se impone, evidentemente; y no necesita que se le seleccione y premie ninguna producción para probarlo. La propaganda aneja, no obstante, le ha venido muy bien.

2.º *La frontera de Dios*, más que una novela, parece el desarrollo de una película simbólica (con simbolismo de signo contrario al de «*Milagro en Milán*»). Para nuestro gusto ese simbolismo quita mérito a la novela, porque la hace de factura caprichosa: con personajes y paisajes desdibujados, con situaciones falsas, con reacciones inverosímiles. Esta libertad de creación da muchas ocasiones al autor para hablar él por boca de sus personajes: el Sr. Cura viejo, el guardavías, la nena contranecha recitan trozos de mejor *Bernanos*. Esto da falsedad a la novela, aunque los personajes digan verdades muy grandes y hondas. Hubiéramos preferido que, puesto en este terreno, MARTIN DESCALZO nos hubiera ofrecido una novela plenamente simbólica, con vicios y virtudes, ángeles y demonios por protagonistas de la acción: algo así como un «auto sacramental» novelado. Probablemente en este terreno el Autor se hubiera desenvuelto más a gusto, y nos hubiera dado una visión originalísima de su «tesis».

3.º Por la autocrítica citada, vemos que el Autor no se trazó una novela simbólica: le salió así MARTIN DESCALZO, quiso hacer una novela realista, con esta preocupación: demostrar que si N. S. Jesucristo volviera al mundo, lo volveríamos a crucificar. La tesis es ambiciosísima, y en ello estriba la dificultad de desarrollarla con acierto en un plano natural. Y el Autor la ha querido colocar en un plano muy natural: en un pueblecito de Castilla de hoy, encarnada en la persona de un oscuro empleado de la RENFE y en la reacción que su vida provoca en sus vecinos. Y aquí precisamente creemos ver un desacierto fundamental. La novela ha quedado desnaturalizada por haberla forzado a ser una novela de tesis preconcebida y ejemplar. Todo se ha violentado para que se cumpla la tesis, y se cumpla del modo trágico previsto: ha habido que hinchar el cuento (¡tan sencillo como le era al guardavías convencer a sus vecinos que los milagros ocurrían fuera del alcance de su voluntad!), y poner juntos, en un pueblo de Castilla de 70 vecinos, esposas infieles, maridos adúlteros, chicas descarriadas, ricos explotadores de los pobres, campesinos lascivos y de instintos sanguinarios, y un cura viejo y simple, que dice cosas maravillosas, y dialoga como en *Diálogos de Carmelitas*. ¿Y qué decir de la pintura del protagonista? Se ha querido acentuar en él el carácter simbólico, y su figura humana ha quedado esfumada. ¿Era un bobo? ¿Era un santo? A todo este mundo fantástico el Autor lo

llama «peso de realidad». ¡Ni hablar! Nadie se reconoce en esos personajes desfigurados y artificiosamente hinchados.

4.º Ese cuento así desarrollado no tiene arreglo; pero si creemos que MARTIN DESCALZO, nos hubiera dado una excelente novela, coherente y bella, si, despreocupado de presentarnos una tesis trascendente, hubiera apuntado a decirnos solamente que lo sobrenatural estorba un poco («un poco», no más) al desenvolvimiento ordinario de la vida, esto es: que el santo va bien, pero sólo «para el cielo y los altares»; y que si hoy viviera con nosotros un empleado de la RENFE que hiciera milagros, su presencia estorbaría en el pueblo; todos nos sentiríamos cohibidos ante él; y hasta el Sr. Cura estaría deseando que se marchara de allí y se encerrara en un convento; pero sin echar las cosas por la tremenda, ya que no es verosímil que se nos ocurriera matarlo. Reducido el cuento a estas dimensiones, MARTIN DESCALZO habría logrado una novela plácida, entretenida, hilarante, que le habría ofrecido oportunidad para dar sugestivos toques a nuestra piedad popular y a nuestro sentido cristiano de la vida. Y la novela no habría perdido nada de sus valores literarios actuales ni de su tesis: seguiría siendo *La frontera de Dios*.

5.º Otro aspecto que no nos convence en la producción literaria de este género, es que, si un sacerdote escribe una novela, haya de hacerlo precisamente como «tarea apostólica». Creemos que dicho sacerdote novelista está en la misma línea que un sacerdote pintor, arquitecto o músico. Si la novela resulta buena literariamente, y además psicológica y humana, ¿qué más podemos pedir a un simple mortal? ¿O es que deciría de la tarea de un sacerdote haber escrito, por ejemplo, alguno de los «Episodios Nacionales» de Galdós o cualquier novela de Azorín, incluso «*La Voluntad*»? Nos hubiera gustado que, allá por 1902, «*La Voluntad*» azoriniana hubiera salido de la pluma de algún clérigo a lo Feijóo. Pero no. No había clima. Y aquí venimos a parar ahora en lo que aplaudimos a rabiar en MARTIN DESCALZO; en que *Estria, Incunable, Pax, P. P. C., Colección Remanso*, mundo literario del que JOSE LUIS MARTIN DESCALZO es primerísima figura, representan un clima nuevo, que nos estaba haciendo falta hace tiempo. La producción literaria del clero hasta ésta que hemos llamado *Generación de «Incunable»* no había superado la etapa de los catequistas, sociólogos y apologistas del siglo XIX, y conservaba aún, como herencia de esta escuela y carácter genuino de ortodoxia, el mismo tono oratorio, los mismos argumentos edificantes, y el mismo desdén para el valor humano de escritores y políticos de la acera de enfrente, a quienes se les combatía, no con sus mismas armas, sino con pullas más o menos afortunadas. A eso se llamaba «apostolado de la pluma». En un plano intelectual, frente a la prosa llena de sugerencias, ágil y bella del Ortega de 1924, nosotros ofrecíamos los artículos plúmbeos de las revistas católicas de la época. Así era el caso que nos hacían aun los mismos nuestros. Preguntémoslo ahora a Aranguren, a Lain Entralgo y aun al mismo Pemán, entonces en su primera juventud. En «*La Voluntad*» de Azorín podemos ver el resultado contraproducente de esta postura nuestra

pobretona y un si es no es innoble, aunque rectamente intencionada ².

Ahora bien, esta llegada a la literatura moderna de MARTIN DESCALZO y compañía tiene un peligro, que ya se advierte en *La frontera de Dios*: el cultivo exclusivo o preferente de la llamada «literatura fuerte» (como si *Cartas a una novicia* de MARTIN ABRIL o *Diálogos de Carmelitas* de BERNANOS fueran «literatura débil») y el uso de términos populares sucios, cuya omisión parece ser ya un «prejuicio burgués», del que hay que librarse si se quiere ingresar en la Academia.

6.º Si algo pudiéramos influir en la Jerarquía eclesiástica de Valladolid, le rogaríamos que descargara a MARTIN DESCALZO de las múltiples ocupaciones que le acosarán sin duda, para que se entregue a producir buena literatura, porque vena tiene. ¡y hace tanta falta! La tarea parroquial la pueden hacer otros; escribir como MARTIN DESCALZO no lo puede hacer cualquiera. Si prescindimos de la falsedad de la pintura, y nos fijamos tan sólo en la perfección del estilo: en esa narración viva, suelta, sugestiva, sobria, sin la menor concesión a la retórica ni a la descripción vacua, *La frontera de Dios* es un libro maestro, que nos enseña cómo se deben decir las cosas. Y eso que parece escrito de prisa y con ganas de acabarlo de una vez. Esperamos con verdadera impaciencia otras novelas de MARTIN DESCALZO; pero más pensadas, más cuidadas, escritas con tranquilidad y... sin tesis ni «tremendismos». Y le animamos a que se ensaye en el teatro.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

JUNGMANN JOSEF ANDREAS, S. I., *Catequética: Finalidad y método de la instrucción religiosa*. Biblioteca Herder, Sección de Pedagogía, vol. 32. Barcelona, 1957. Traducción del alemán por el Rvdo. D. Francisco Payeras, Pbro., pp. 350. Pesetas: en rústica, 100. En tela, 125.

Esta versión española se ha hecho sobre la 2.ª edición, mejorada y ampliada, de *Katechetik* de JUNGMANN, S. I., publicada en 1955 por Verlag Herder en Friburgo de Brisgovia (Alemania).

El Autor, P. JUNGMANN, es profesor de la facultad de Teología de la

² Por no salirnos del asunto, no pasamos del plano literario novelístico al plano vecino de la predicación, donde aún triunfa Fray Gerundio. Pensemos en el escándalo que supondría hoy el que, en una solemnidad religiosa, el predicador subiera al púlpito con unas cuartillas en la mano para explicar sencillamente un pasaje del Evangelio. Es muy probable que, al estilo declamatorio, le queden hoy sólo estos dos reductos: el cine y el púlpito españoles. Mientras dure en el púlpito, no pensemos en que nos venga a oír el hombre culto: para él la expresión «oratoria sagrada» irá teniendo, cada vez más, un sentido peyorativo de cosa convencional, de compromiso, de puro formulismo, vacía y poco seria.

Universidad de Innsbruck y uno de los promotores del movimiento catequístico alemán contemporáneo. Este libro es un compendio de sus lecciones de cátedra en dicha Facultad. Comienza con una historia de la catequesis desde la antigüedad cristiana hasta el Concilio de Trento. Expone luego detalladamente el proceso de la catequesis en la época racionalista, que tanto arraigo tuvo en Alemania. Habla después de las cualidades del catequista y del niño en la catequesis, ya que, en los tiempos modernos, la catequesis se ocupa sobre todo de los niños y jóvenes. Se detiene el autor a explicar aquí el plan del estudio del catecismo por las vías de la Liturgia y de la Historia Sagrada; pero sin descuidar un catecismo básico, en el que se debe insistir en todos los cursos, y que gira alrededor de estos tres puntos: Dios, Jesucristo e Iglesia Católica; y, como provisión mínima para la vida religiosa en la Iglesia: Sacramentos, Misa y Oraciones principales del cristiano. Luego entra el Autor en la metodología catequística y en su labor específica según la edad de los niños: párvulos, últimos cursos de la Escuela Primaria, alumnos de Enseñanza Media y de Enseñanza Profesional. Son muy interesantes los capítulos que dedica al método activo y a la educación de la castidad: en este último sigue el criterio expuesto por los Obispos alemanes en el Catecismo nacional, del cual el P. JUNGMANN, fué uno de los inspiradores.

Parece supérfluo añadir que este manual de CATEQUETICA es un excelente texto para los Seminarios e Institutos Religiosos.

A través de estas páginas, se ve que, en Alemania, la catequesis es una institución parroquial, viva y eficaz, que neutraliza los efectos de la escuela laica. «Para los niños de 9, 10 y 11 años que van a las Escuelas del Estado, se organiza en la parroquia, una vez por semana (el jueves, por ser día de asueto), una catequesis... En la mayoría de las diócesis se consigue tener, en esta catequesis de tres años, cerca del 90% de los niños (estadística del año 1950)» (pág. 46). Y es interesante leer que esta catequesis no se reduce a la enseñanza pura y limpia del dogma, sino que, siguiendo la pauta del Catecismo único alemán, mira a la educación y formación del niño, como fin primario. «Siempre que me encargo de una clase nueva [de la catequesis], visito durante el primer mes a todas las familias de los niños» (palabras de un catequista —pág. 62—).

Entre nosotros, como «España es católica», las cosas van por otros caminos, y, cuando mucho, creemos que basta con el *Ripalda* que se da en la escuela, o en la iglesia parroquial los días que preceden a la Primera Comunión. No basta. Ni nos disculpa de la catequesis la escuela oficial católica ni la colaboración familiar. Para un trabajo de catequesis eficaz y a fondo, el primer punto de partida es el catecismo único: pedagógico, formativo, escrito con criterio moderno (¿Cuándo va a llegar su hora?). Viene después la creación de un cuerpo docente de catequistas seculares, como dice el P. JUNGMANN que hay en las diócesis alemanas. Luego queda la captación para la catequesis de los miles de niños que no van a la escuela. Pensemos que sólo en Madrid hay 30.000 niños sin escuela, y que el Ministerio, para remediar la falta de escuelas en España, ha iniciado un

plan de 25.000 que han de acabarse para el año 1962. El panorama actual es, pues, impresionante. En el Congreso Catequístico Mundial, celebrado en Roma en 1950, fueron mencionados como países en situación escolar favorable a la catequesis: Irlanda, España, Austria y Alemania. Somos, pues, un país favorable a la catequesis. Exceptuados los cinco años de la Segunda República, la Iglesia española ha tenido abiertas las puertas de las escuelas públicas desde tiempo inmemorial; desde 1939 están más que abiertas; sin embargo, ¿se ve por algún lado el resurgimiento catequístico que cabía esperar?

Respecto del método, insiste frecuentemente el P. JUNGMANN en la importancia que tiene, en la catequesis, la Historia Sagrada y la Liturgia. No es necesario probarlo. Ellas han sido las fuentes de toda la catequesis primitiva y medieval: los retablos, las vidrieras, los símbolos y escenas de las portadas de las catedrales, los «misterios» o representaciones teatrales en el atrio de las iglesias, las festividades religiosas han sido la escuela popular de una catequesis universal para chicos y grandes. ¿Dónde están ahora los libros infantiles de láminas a colores en las que nuestros párvulos vean el sacrificio de Abraham, la zarza ardiendo, a Moisés bajando del monte con las Tablas de la Ley..., y por las que les sean familiares las principales figuras del Antiguo Testamento y los hechos más interesantes de la vida de Nuestro Señor? Gracias a que nuestra tradición reviste de espectacularidad y emotividad los dos grandes momentos de la Vida del Señor: Navidad y Semana Santa, y por ellos lo básico de la Liturgia lo aprende el niño sin querer. Para cuántos niños españoles la instrucción religiosa no se ampliará ya más.

En noviembre último, se celebró en Madrid la I Semana Catequística Diocesana con seis conferencias sobre catequesis. En una de ellas se habló de la necesidad de formar catequistas *capacitadas*, como si este asunto fuera cosa de mujeres principalmente. En ninguna se habló de propósito ni de metodología; ni de lo urgente del catecismo único nacional; ni de la capacitación de personal seglar masculino; ni de los niños sin escuela; ni de estadísticas, que nos presentaran lo hecho y lo por hacer. Los semanistas tuvieron que salir sin hacerse la menor idea de la magnitud del problema. Esto, unido a que ha tenido que finalizar el año 1956 para que se celebre en Madrid la Primera Semana Catequística Diocesana, habla muy alto de nuestro optimismo, tan tradicional y tan peligroso siempre.

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

SANCHEZ REYES, ENRIQUE, *Don Marcelino*. Biografía del último de nuestros humanistas. Premio Nacional del Centenario de Menéndez Pelayo. Santander, 1956. 402 pp., 125 pesetas.

Necesaria era una biografía completa de Menéndez Pelayo que aprovechara todos los datos publicados por la investigación durante este primer Centenario, y nadie mejor que el mismo Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo y de la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo, Sr. Sánchez Reyes, podría escribirla.

«Encariñado el Autor con su biografiado por la lectura pausada que durante muchos años viene haciendo de sus escritos, y más al dirigir la impresión de ellos para la Edición Nacional, de las Obras Completas que publica el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; embriagado por el ambiente de devoción al Maestro que se respira en esta su amada ciudad de Santander; en trato con algunos de los que fueron sus familiares y amigos; sintiendo a diario el aleteo de su espíritu entre estos libros viejos que él guardaba y por qué no decirlo —guardo yo también— con amor en su Biblioteca, no puede menos de escribir esta biografía *cum zelo et ardore*, con todo el entusiasmo que sus fuerzas le prestaren...».

Entre la mole inmensa de datos y noticias el Autor ha sabido seleccionar y, hasta cierto punto, estilizar el avance haciéndose rápido e interesante por la ascendente aparición del coloso. La tierra, la infancia, el bachillerato, la universidad, sus destellos poéticos, su contacto con Europa, sus obras, sus oposiciones, su profesorado, sus títulos de académico y bibliotecario, sus penas y desengaños, su misión providencial..., todo va apareciendo iluminado por los documentos y testimonios, más o menos confidenciales de los que con él vivieron y que sólo al cabo de años nos ha sido dado a conocer.

Menéndez Pelayo es una figura épica de la cultura. Y el Sr. Sánchez Reyes ha logrado componer su epopeya en esta biografía que seguramente despertará la emulación de la juventud y de los estudiosos que sueñan como el gran biógrafo, con una España mejor.

ENRIQUE BASABE, S. J.

GERARDO DIEGO. *Menéndez Pelayo en la Historia Literaria*. Conferencia pronunciada el 6 de noviembre de 1956. Biblioteca Menéndez Pelayo. Santander, 1956. 49 pp. 20 pesetas

Preciosa conferencia, repleta de vena literaria con apreciaciones atinadísimas sobre el valor específico de Menéndez Pelayo como literato.

Para Gerardo Diego, Menéndez Pelayo es, ante todo y sobre todo, «un poeta», «un poeta en verso y prosa», un «creador literario». «No importa que escriba en prosa. En prosa se puede escribir purísima poesía, aunque la forma normal, natural de la poesía, sea siempre el verso».

Pero la obra literaria de Menéndez Pelayo no se sujeta al encasillado de los géneros. Llamarle simplemente poeta, es empequeñecerle; historiador tampoco le abarca todo; crítico habría que completarlo; orador, investigador, filósofo, traductor, polígrafo... Sería más exacto llamarle sencillamente humanista del linaje de los Petrarca, Vives, Erasmo, Budé, Justo Lipsio o Quevedo. «Según fué madurando sus proyectos, se fué dando cuenta de que su destino, su vocación, le llamaban a despertar toda la poesía dormida y a revelarla y a recrearla para los demás». La grandeza de Marcelino descansa exactamente en su prosa, porque su prosa nos dice cosas profundas y bellas. «Si le hubiera faltado uno cualquiera de los dos aspectos, Don Marcelino no sería, lo que es, lo que es en tal grado, como creo, que jamás crítico alguno alcanzó, porque fuera de él ninguno puso en el empeño a la vez la vastedad de un cerebro genial y el impulso de un corazón de poeta».

ENRIQUE BASABE, S. J.

SAMUEL GILI GAYA. *Las Ideas Estéticas de Menéndez Pelayo*. Conferencia pronunciada el 3 de noviembre de 1956 en el aula de la Casa de la Cultura Sánchez Díaz, de Reinosa. Santander, 28 pp. 15 pesetas.

Analiza el Autor con penetrante interés en este opúsculo la trayectoria de Menéndez Pelayo en la composición de esta su obra predilecta «la atmósfera intelectual en que se movió desde su primera juventud, y le inició a escribirla y a continuarla, día tras día, como obra especialmente querida». El primer impulso juvenil, el apogeo de la bibliografía de lo bello en el siglo XIX, la doctrina de Milá, el grupo Krausista y el desarrollo de la Estética, la estética y la historia de la literatura estética de Menéndez Pelayo son otros tantos hitos que marcan el desarrollo del Autor en la valoración de esta obra cumbre del gran polígrafo.

«Escribir una obra de esta naturaleza no está al alcance de un simple erudito, por grande que sea su caudal de saber noticioso. Poco valdría su incomparable acumulación de datos, si no vibrasen con el alteo de una sensibilidad artística que se manifiesta en la belleza de su prosa didáctica. Unamuno llamó a Menéndez Pelayo «nuestro gran crítico artista».

ENRIQUE BASABE, S. J.

AGUILERA, CESAR, SCH. P., *Perfil Espiritual de Menéndez Pelayo*. Conferencia pronunciada en la Biblioteca José María de Pereda. Santander, 1956. 145 pp. 40 pesetas.

El P. César Aguilera ha trazado con pluma rica y penetrante mirada una semblanza del sabio polígrafo, «una visión, un *perfil* del espíritu de Menéndez Pelayo, tal como una sincera aproximación y un contacto directo a mí mismo me lo habían ofrecido».

Las facetas, bajo las cuales nos le presenta, son las siguientes: Perfil de juventud, el ansia de la verdad, ideas filosóficas, el historiador, el esteta.

Dice el P. Aguilera que «el texto fundamental de esta publicación es el contenido de una conferencia. El que se haya ligeramente aumentado su texto no ha robado, sin embargo, su atmósfera primera a estos papeles, que eran y siguen siendo apuntes de una charla». Pero la amplitud del panorama que abarca, la profundidad con que lo estudia y la riqueza de textos de que lo acompaña, dan una impresión que no es precisamente una conferencia. Abundan las observaciones felices: «El pensamiento y aun el sentimiento de Menéndez Pelayo fué incesante crecimiento, nueva e ininterrumpida carga de luz que, iluminando panoramas nuevos, desentrañaba inéditas honduras en lo ya conquistado». «Precisamente esta urgente apetencia, esta necesidad de las escondidas aguas de lo absoluto y de lo eterno, fué el impulso primario y más recóndito que puso en tensión y mantuvo siempre firme el espíritu vigilante de D. Marcelino.

ENRIQUE BASABE, S. J.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.
In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.
Episcopus Salmantinus.

BIBLIOGRAFIA

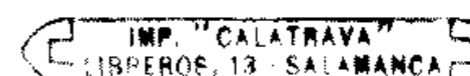
Págs.

FRIDERICUS WALHARIUS LENZ: <i>P. Ovidi Nasonis Ibis</i> (Campos).—FRIDERICUS WALHARIUS LENZ: <i>P. Ovidii Nasonis Halieutica, Fragmenta. Nux incerti Consolatio ad Liviam</i> (Campos).—EMANUELE RAPISARDA: <i>Consolatio Poesis in Boezio</i> (Jiménez).—D. R. SHACKLETON BAILEY: <i>Propertiana</i> (Tovar).—VICENZO USSANI, JR.: <i>Studio su Valerio Flacco</i> (Campos).—GIORGIO BRUGNOLI: <i>Studi sulle Differentiae verborum</i> (Campos).—R. E. SMITH: <i>The Failure of the Roman Republic</i> (Díaz).—A. G. AMATUCCI: <i>Storia della Letteratura Latina Cristiana</i> (Jiménez).—ISABELLE PLAUT: <i>Les Sons du Grec Ancien; Méthode Naturelle de Grec; Méthode Naturelle pour l'Enseignement du Grec; Méthode Naturelle de Latin</i> (Díaz).—FRANCISCO DE B. MOLL: <i>Gramática Histórica Catalana</i> (Díaz).—J. M. COHEN: <i>A History of Western Literature</i> (Díaz).—PIERRE MOREAU: <i>Chateaubriand, L'Homme et L'Oeuvre</i> (Panyagua).—RENE POMEAU: <i>Beaumarçais, L'Homme et L'Oeuvre</i> (Panyagua).—LÉON CELLIER: <i>Gerard de Nerval, L'Homme et L'Oeuvre</i> (Panyagua).—P. RESTREPO, FÉLIX, S. I.: <i>El Castellano naciente</i> (Gancedo).—CARLOS E. MESA: <i>Ensayos y Semblanzas</i> (Jiménez).—MARTÍN DESCALZO, JOSÉ LUIS: <i>La frontera de Dios</i> (Gancedo).—JUNGMANN, JOSEF ANDREAS, S. I.: <i>Catequética: Finalidad y método de la instrucción religiosa</i> (Gancedo).—SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: <i>Don Marcelino</i> (Basabe).—GERARDO DIEGO: <i>Menéndez Pelayo en la Historia Literaria</i> (Basabe).—SAMUEL GILI GAYA: <i>Las Ideas Estéticas de Menéndez Pelayo</i> (Basabe).—AGUILERA, CÉSAR, SCH P.: <i>Perfil Espiritual de Menéndez Pelayo</i> (Basabe)	319
---	-----

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España.	65 ptas. al año
Portugal, América y Filipinas.	70 » »
Otros países	75 » »
Número suelto.	27 »
Número retrasado:	
Hasta diciembre de 1952.	20 »
Desde enero de 1953.	27 »

**Redacción y Administración: Universidad Pontificia.
Salamanca (España)**



BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos

I.—EDICIONES

SALVATORE, ARMANDUS, *Appendix Vergiliana: I. Ciris-Culex*. Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum; in aedibus Paraviae, Turín, 1957. XXI-134 pp. (14×20 cm.). Precio; 800 liras.

La dirección del *Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum* difícilmente hubiera podido buscar persona más preparada que ARMANDO SALVATORE, para encargarle la edición de esta primera parte de la *Appendix Vergiliana*. Lo acreditaban para esta tarea sus anteriores trabajos *Prolegomena ad criticam Culicis editionem* (Ann. Univ., Nápoles, 1952), *Studi sulla tradizione manoscritta e sul testo della Ciris* (Nápoles, 1955), *Note sul testo del Culex* (*Wiener Studien*, 1957) *Note sul testo della Ciris* (*Latomus*, 1957), y *Nuovi Studi sul Virgilio Minore*, que anuncia como de próxima aparición.

El texto está fijado críticamente bajo la fe de los códices, cuidadosamente compulsados por el Autor. Al pie de las páginas van dos clases de citas: la primera, con el epígrafe *Disputationes et Loci similes*, recoge los pasos paralelos e imitaciones de los autores antiguos y las opiniones de los filólogos modernos; la segunda es el aparato crítico. La debatida —y quizá insoluble— cuestión de la autenticidad de la obra es ajena a esta clase de trabajos, y por eso la omite el Autor.

En la *Praefatio* expone el Autor los criterios que le han guiado en su trabajo; le sigue una completa bibliografía y la obra concluye con un *Index Nominum*.

Los interesados en los estudios virgilianos deben felicitar-se de disponer de un tan útil instrumento de trabajo.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

Q. ORAZIO FLACCO, *Satire-Epistole-Arte Poetica*. Edizione critica e traduzione a cura di *Domenico Bo*. Instituto Editoriale Italiano, Milano, 1956, 425 pp. 22×16 cms.

En la *Introduzione*, Bo estudia sumariamente la vida de Horacio, deteniéndose, sobre todo, en su arte de componer las sátiras y las epístolas (pp. 13-31).

En la Bibliografía (pp. 32-33), no da más que las obras más recientes relacionadas con las sátiras, las epístolas y el Art. Poét., puesto que en el primer vol., p. 49, de esta colección se dió ya la bibliografía general. Lo mismo hay que decir con respecto a las ediciones de Horacio (PP. 33-34).

En la *Praefatio* presenta el Autor la tradición manuscrita sobre la que basa su estudio crítico.

Horacio llega a los Epodos, y luego, naturalmente, a las Sátiras no tanto porque ya los otros campos poéticos estaban cultivados por poetas que él ponía sobre su cabeza (Sat. 1, 10, 40-45), cuanto, por carácter y por educación, recibida de su padre. El examen de conciencia que cada día realizaba sobre sí mismo, según enseñanzas de su progenitor, no era teórico, sino práctico. Una simple ojeada a los jóvenes libertinos le apartaba de las liviandades, al paso que la contemplación amorosa del comportamiento de los nobles romanos le inclinaban a la virtud (Sat. 1, 4, 103-126). Esto le llevó a considerar u observar las personas, a ver en ellas el recto modo de proceder o la depravación y desconcierto de sus obras.

De la sátira pasa casi insensiblemente a las epístolas. En éstas Horacio se repliega sobre sí mismo y da riendas sueltas a su espíritu meditativo y filosófico. En ellas se encuentran conceptos y principios de todas las escuelas, llegando el poeta a una especie de sincretismo filosófico donde en cada ocasión se sirve de la sentencia más práctica o cómoda para su fin de maestro y moralizador. En todo momento la doctrina de Horacio es la filosofía del buen sentido, que con frecuencia es la filosofía del sentido común. Horacio no ve nunca las cosas en su abstracción, en sí mismas, sino que siempre las tamiza con la visión y sentimiento de su personalidad.

El texto y la traducción (pp. 52-407), declaran que DOMENICO BO es un conocedor exquisito de Horacio y que domina con garbo y elegancia el arte de traducir con naturalidad y perfección a un tiempo. Si algún punto de la traducción quedaba oscuro, Bo no lo ha dejado así, sino que en una nota exegética, puesta al pie de la página, lo ha expuesto con claridad y precisión.

En resumen, tenemos en las manos una edición magnífica de las Sátiras, Epístolas y Arte Poética de Horacio; no sólo en su texto crítico, sino también, con su buena traducción italiana y sus notas exegéticas aclaratorias.

JOSE GUILLEN.

II.—LEXICOGRAFIA

CAROLI EGGER, *Lexicon nominum virorum et mulierum*. Roma, 1957; Editrice Studium. XVI-200 pp, en 8.^o. Precio, 1800 liras.

Quien en estos tiempos quería escribir en latín sobre temas actuales tropezaba frecuentemente con la dificultad de encontrar la palabra apropiada, que, dentro del espíritu de la lengua latina, expresara el nuevo concepto. En cuanto a los términos comunes, ha venido a solucionar en gran parte esa dificultad Mons. Antonio Bacci, «Ab Epistulis Pont. Max. Ad Principes», con su obra *Lexicon eorum vocabulorum quae difficilius latine redduntur* (Editrice Studium, Roma), que está ya en su tercera edición. Pero los nombres propios y usados quedaban fuera, tanto de este *Lexicon*, como de los *Onomasticon* clásicos de Vit y de Périn, los cuales abarcan únicamente los nombres antiguos, estudiados, por otra parte, casi exclusivamente con criterio histórico.

Consciente de esta laguna en el campo de la lexicografía latina y experto en la materia por su cargo de Ayudante de Mons. Bacci, ha compuesto MONS. CARLOS EGGER este *Lexicon nominum virorum et mulierum*, realmente nuevo, científicamente hecho y utilísimo. Nuevo, porque en él se registran los nombres propios de personas, incluso en su forma diminutiva y familiar, que se han formado en las lenguas cultas modernas desde su origen hasta nuestros días (En este aspecto quizá el Autor concede una atención demasiado preponderante a los nombres de lengua germánica, preponderancia explicable por la índole científica del trabajo, dado que de la lengua germana se derivaron infinidad de nombres hoy comunísimos en toda la Cristiandad. Pero esta última circunstancia no quita que, junto a *Peg, Peggy, Willie, Willis, Willy, Willi*, etc., nos gustaría encontrar *Margot, Paco, Pepe...*, tanto más que figura *Beppe*).

Científicamente hecho, porque busca establecer, siempre que le es posible, la etimología del nombre en la común fuente indoeuropea.

Utilísimo —no hay quien no lo vea—, para todo aquel que en la enseñanza o en el ministerio y en las varias profesiones, tenga que emplear la lengua latina. Gran acierto del Autor, para lograr que el mayor número posible de gentes lo consideren como propio, ha sido la de dar la traducción de cada nombre propio en las lenguas italiana, francesa, española, inglesa y alemana; y, en determinados casos, en eslavo.

El *Lexicon*, lo mismo que el elogioso prólogo de Mons. A. Bacci, está redactado en el latín terso, propio y elegante a que ambos eminentes latinistas nos tienen acostumbrados.

No hay que ser profeta para augurar a este libro una rápida y extensa difusión.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

III.—TEXTOS ESCOLARES Y COMENTARIOS

JENOFONTE, *Apología de Sócrates*. Tomo I: Texto griego (12 páginas, 12×17 cm.). Tomo II: Texto griego-castellano (23 pp., 12×17 cm.). Edición del P. SALUSTIANO RODRIGUEZ BRASA, S. I., Salamanca, 1957. Pedidos al Autor (Colegio de San Estanislao, Salamanca).

A los alumnos del Curso Preuniversitario del Bachillerato se les ha señalado este año, como texto de Griego, la *Apología de Sócrates* de Jenofonte. Pero dicho texto falta casi en absoluto en el mercado español. Por eso, el P. SALUSTIANO RODRIGUEZ BRASA, S. I., graduado en Oxford, profesor de Griego en esta Universidad Pontificia y en el Colegio de San Estanislao de la Compañía de Jesús, y bien conocido de nuestros lectores por su colabocación en HELMANTICA, a ruegos apremiantes de profesores de muchos colegios, se puso en seguida al trabajo para remediar esta urgente necesidad. Y he aquí, con la diligencia que el caso requería, los dos primeros tomitos, cuya aparición no admitía espera: uno, con el texto griego, para el trabajo ordinario de la clase; y otro, con el texto griego y la traducción castellana, en frente, para facilitar y asegurar la comprensión del original. Promete, para dentro de poco, un comentario gramatical de la misma obra de Jenofonte con vocabulario, y un estudio histórico y literario, como orientación y base de las explicaciones del Profesor. De la diligencia y capacidad del P. RODRIGUEZ BRASA, esperamos que esta promesa se cumpla cuanto antes.

Mientras tanto, nosotros, junto con los alumnos y profesores del Curso Preuniversitario de este año, le agradecemos que nos haya proporcionado un tan cómodo, útil y barato instrumento de trabajo.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

VITTORIO D'AGOSTINO, *M. Tullio Cicerone, Il secondo libro delle Tuscolane*, con introduzione e commento, Torino 1955. S. Lattes et C., XXXVI+122 pp. 21×14 cm.

Siempre resulta grato adentrarse y trabajar en las obras de Cicerón; agrada más aún estudiar las filosóficas, y sobre todo, si se trata de lectura tan enjundiosa y plena como la de las *Tusculanas*.

Ese noble sentimiento e intento revela el Autor de esta edición del II de las *Tusculanas*, sobradamente conocido en el mundo de la Filología clásica por anteriores obras y ediciones, estudios y comentarios, entre ellos, de los otros libros de *Tusculanas*.

Al publicar el II de éstas, de tema tan humano y de perenne actualidad, ha acreditado de nuevo su maestría y conocimiento de la materia y del pensamiento filosófico del Arpinate.

En efecto, en una *Introduzione* de regular extensión, abarca el Autor en mirada de conjunto y abreviada todas las obras filosóficas de Cicerón, y los aspectos y cuestiones fundamentales tratadas en los cinco libros de las *Tusculanas*, el nexo lógico entre los mismos; la forma dialógica y los interlocutores con el papel representativo de una doctrina que desempeña cada uno.

Entra luego en el argumento del libro II, el dolor, objeto de la edición, y lo considera con sentido histórico y teórico, señalando luego los elementos constituyentes de la doctrina expuesta en este tratado del dolor.

En el último apartado destaca los defectos y aciertos conceptuales y estilísticos del Cicerón filósofo en este libro de su obra. Magnífica y competentísima en cuanto al fondo del contenido es la *Introduzione* de D'Agostino. Sigue una *Nota Bibliográfica* muy selecta que es garantía de la seriedad del trabajo.

El texto ciceroniano del *De tolerando dolore*, que emplea el Autor, es el de la edición teubneriana de M. Pohlenz, Lipsiae, 1918, p. 280-315.

El comentario expexegetico y gramatical a dos columnas al pie del texto, dentro de la relativa sobriedad, es completo como los suele tener D'Agostino, siendo además un mérito y acierto el sumario que precede a cada capítulo para orientar previamente al lector.

El índice analítico recae sobre las notas importantes del comentario, no precisamente de nombres, ni de lugares. Se trata, por tanto, de una edición escolar con buen comentario para ilustrar ampliamente el pensamiento del filósofo.

J. CAMPOS, SCH. P.

IV.—HISTORIA

GEORG MISCH, *Geschichte der Autobiographie*. Vol. I y II, cada uno en dos tomos (Frankfurt a. M. 1949-1955).

Se trata de una obra de grandes proporciones, calculada para tres gruesos volúmenes, de los cuales han aparecido y tenemos presentes los dos primeros, dedicados respectivamente a la Edad Antigua y Edad Media, y precisamente por las considerables proporciones alcanzadas, se nos presenta cada volumen en dos tomos. Y, a decir verdad, están bien aprovechadas las voluminosas páginas de la obra, pues su contenido es abundante y de gran valor histórico. Por esto juzgamos la obra de M., particularmente original y útil para el perfecto e íntimo conocimiento de la Historia.

El plan es sumamente sencillo y se desarrolla con creciente interés. En el primer volumen podemos seguir el desarrollo de la autobiografía entre

los pueblos del antiguo Oriente, los asirios, babilonios, egipcios y otros semejantes, tal como aparece en las inscripciones sepulcrales, escritos cuneiformes y otros semejantes. De un modo particular, se insiste en la autobiografía del período clásico griego y de la época helenística y grecorromana. Son interesantes en este punto las circunstancias cómo se descubre el individualismo personal y su relación con la autobiografía, así como también la relación de la autobiografía con la formación de la personalidad. Esto aparece claramente en el estudio de lo que el Autor denomina historia del alma socrática y platónica, particularmente en la «gran carta» de Platón y la autobiografía de Isócrates.

Extraordinario relieve alcanza el individualismo y la autobiografía en el mundo helénico y grecorromano. Así se estudian las formas autobiográficas de la Grecia clásica y de la República Romana, pero más particularmente las de los grandes políticos romanos hasta Augusto, así como también de Augusto y los emperadores romanos. Sobre esta base se hace un estudio o análisis caracteriológico, a la luz de las autobiografías, donde podemos seguir a los poetas Propertio y Ovidio, a los escritores Josefo, Cicerón, etc.

La segunda parte del volumen primero nos ofrece en dos secciones el desarrollo de la autobiografía en las escuelas filosóficas y en la cultura religiosa de los primeros siglos de la Era cristiana, y luego el apogeo de la autobiografía en los siglos iv y v. Entre los filósofos se observa una creciente intensificación del individualismo, según puede verse en las cartas privadas de Cicerón y en las tendencias realistas de la literatura. De esto último son clara muestra las novelas de costumbres y la poesía satírica de Luciano, Marcial, etc. Pero donde más aparece la contemplación personal, es en las autobiografías de los filósofos, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. Más en particular se estudia el desarrollo de la autobiografía bajo el punto de vista religioso, como puede verse en las historias de conversiones, en los sueños extáticos y discursos idealísticos de Aristides, etc.

Con particular empeño y excelente resultado, se expone el período de apogeo de la autobiografía al fin de la Edad Antigua. Sus características y tendencias particulares aparecen de un modo especial en la autobiografía del retórico Libanio y en las exposiciones de las luchas religiosas en torno a las doctrinas católicas, como en Nestorio. Dignas de especial consideración son, por una parte, las confesiones públicas, tan frecuentes en este tiempo, y por otra, los escritos de los neoplatónicos, como el concepto de Plotino sobre la individualidad.

En capítulos especiales por su particular importancia se tratan: la poesía personal de San Gregorio Nacianceno, toda ella basada en una verdadera autobiografía del príncipe eclesiástico, y las célebres *Confesiones* de San Agustín, ejemplo sublime de humildad y de la más íntima autobiografía. El complemento lo constituyen los *Soliloquios*. Como final del vol. I se da una idea de las imitaciones de las confesiones de San Agustín y de la particularidad que ofrecen las *Retractaciones* de este gran santo en el género de las autobiografías literarias.

El vol. II está dedicado a la Edad Media, y una de sus particularidades, en que más insiste el Autor, es la continuidad de la cultura antigua en los nuevos pueblos germanos o «bárbaros». Las dos partes que completan este volumen nos presentan, ante todo, la autobiografía en los principios de la Edad Media, tal como aparece en los pueblos germánicos y en los musulmanes que invadieron a Europa por el Mediterráneo. En la introducción se observa la nueva posición de la autobiografía en la cultura europea y sus características en la Edad Media.

Por lo que se refiere a los pueblos germánicos, se estudia la formación de la personalidad en el período heroico de su historia y se compara con los héroes homéricos a los «bárbaros» germanos. Todo esto aparece en particular: en el género elegíaco, y como muestra especial, en la elegía del rey Gelimer y otras semejantes. Así mismo se estudian las antiguas elegías inglesas y las elegías heroicas de Edda. Además, aparece en los elogios de las hazañas y del heroísmo de los antepasados, como puede verse en las autobiografías de la poesía de Islandia.

En segundo lugar se expone la autobiografía en los pueblos islámicos, y ante todo, en la poesía preislámica, basada en una tradición nacional pagana. Sobre esta base aparecen como rasgos característicos de la autobiografía musulmana: la gloria común de su pueblo y la conciencia del propio valer; la oposición al tipo heroico de la Antigüedad y la idealización del amor, fatalismo y apego a los placeres de la vida. Todo esto se muestra de un modo especial en dos autobiografías de antiguos guerreros poetas de la Antigüedad.

La segunda parte de este volumen II expone los progresos de la autobiografía en el mundo latino medieval. Ante todo, debe reconocerse como característico un tipo formalístico y fragmentario, falto por completo de originalidad. Esto se ve claramente en la hagiografía del tiempo, en la que se observa la continuidad de las fórmulas antiguas. Esto se estudia en particular en el librito de lamentaciones de San Valerio. Particular atención merecen: la fe en el influjo del demonio y la idea de lucha espiritual, que es lo característico de la ascética cristiana.

A continuación se estudia la continuidad de las fórmulas cristianas en las autobiografías anteriores a Carlomagno, de Casiodoro, Gregorio de Tours, Beda el Venerable; en las del período carolingio y en las del período posterior. En particular se expone el tipo de autobiografía de las *cartas* y de las poesías ocasionales. Finalmente se insiste en la conservación de las tradiciones antiguas, como aparece en las *Confesiones* de San Pedro Damiano, los fragmentos autobiográficos de Thietmar de Merseburg.

Como última parte del vol. II, se propone la obra autobiográfica del Obispo Rather.

Para terminar, repetiremos que la obra de G. Misch es un precioso arsenal de interesantes noticias y observaciones históricas de gran utilidad, y que con su estudio, contribuye eficazmente a hacernos familiares y conocer más íntimamente a multitud de figuras célebres.

B. LLORCA, S. J.

ALTHEIM, FRANZ, *Römische Religionsgeschichte. I. Grundlagen und Grundbegriff; II. Des geschichtliche Ablauf.* Sammlung Göschen (Bände 1035, 1052) Walter de Gruyter, Berlin W 35, 1956; pp. 116 y 164, 10'50×15'50 cm.

La casa Gruyter de Berlin acaba de reeditar en su colección de «Manuales Göschen», los dos tomitos de la «Historia de la Religión Romana», del conocido profesor Dr. Franz Altheim. El prestigio de la Casa Editora y la competencia del Autor nos permiten recomendar plenamente esta segunda edición con garantía de acierto.

La casa Gruyter, en efecto, se ha acreditado en el mundo entero, entre otras cosas, por su sección de manuales, que rebasa ya la cifra de 1170 volúmenes, sobre toda la gama de materias del saber humano. Estos manuales unen a su brevedad y baratura la solvencia científica de sus autores, generalmente los más destacados de cada especialidad. No es extraño, pues, que las ediciones se vayan sucediendo sin cesar y que muchos dichos manuales se hallen traducidos a muchas lenguas e incorporados a las mejores colecciones de este género en otros países, como, por ejemplo, entre nosotros la «Colección Labor» de Barcelona.

En cuanto al Dr. Altheim baste decir que su nombre es saludado con respeto en los dominios de la Historia y de la Religión Romana. Son muchas las publicaciones que sobre ambas materias lleva escritas y en todas ellas da muestras sobradas de su profundo conocimiento y de su afán por descubrir nuevos horizontes o al menos iluminar con nueva luz zonas oscuras de la antigüedad. Sin ir más lejos, en estos mismos manuales se refleja constantemente esta su afanosa curiosidad por impulsar el avance de la ciencia que trata de divulgar. Esto se ve, por ejemplo, cuando expone la relación entre «religio» y «neglegentia» (I 65-66); «religio, neglegentia, arrogantia» (II 69); «religio, superstitio» (II 69); «religio, pietas» (II 88). El carácter elemental de la obra no le permite desarrollar ampliamente el paralelismo o la antítesis de estas palabras, pero sólo el planteamiento descubre al investigador y sabio conocedor de la literatura, epigrafía y arqueología antigua. Para quien desconozca otras publicaciones más fundamentales del Dr. Altheim, una prueba más convincente está en los dos interesantes y doctos apéndices con que el Autor cierra el tomo segundo.

Por lo demás, el enfoque de la materia es acertado. En el primer volumen estudia, en un plano muy general, la base y las ideas fundamentales de la religión romana; en el segundo, expone brevemente, como la naturaleza de esta clase de obras requiere, el desarrollo o evolución histórica de la religión en Roma, desde los orígenes de la metrópoli hasta la proclamación oficial, en tiempo de Constantino, de la Religión Cristiana. La obra es digna de recomendación, sobre todo a todos aquellos que, deseados de adquirir un conocimiento rápido y somero de la religión romana y de su desarrollo histórico, carecen de la holgura necesaria para engolfarse en otras obras más profundas y extensas del propio Dr. Altheim.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

VITUCCI, GIOVANNI, *Ricerche sulla Praefectura Urbi in età imperiale (Sec. I-III)* «L'Erma», di Bretschneider, Roma 1956. Pp. 124 (16'50×24'50 cm.).

La tesis sostenida vigorosa y documentalmente —en cuanto cabe— por el Autor, es la siguiente: la *Praefectura Urbi* de los tres primeros siglos del Imperio nada tiene de común con la *Praefectura Urbi* de la época republicana, fuera del nombre. En la época republicana era sólo una magistratura temporal, mediante la cual se proveía a la Urbe, mejor al *Ager romanus*, de un magistrado *cum imperio* durante la ausencia de quien normalmente estaba investido de él. En el Imperio es una magistratura completamente nueva en su concepción y en su funcionamiento, sin la mínima traza de la representación del magistrado ausente. El *Praefectus Urbi* de la época imperial es el comandante de las cohortes urbanas (sin que por eso, como hace constar repetida y documentalmente el Autor, haya apoyado nunca las corrientes filosenatoriales de oposición republicana); pero este carácter militar queda oscurecido por sus relevantes funciones en el campo de la administración civil y en el judicial.

Otro punto sólidamente sentado por el Autor es el de que el creador de la *Praefectura Urbi* en su nueva concepción de magistratura estable fué Augusto, respetuoso siempre con los marcos tradicionales aunque revolucionario en la sustancia; pero Augusto no hizo más que dar forma definitiva a precedentes sentados por César y luego por los Triunviros.

El serio estudio de este tema le permite al Autor establecer, en el último capítulo, una lista completa de los Prefectos urbis Romae, en el que corrige en varios puntos la establecida por Borghesi en su obra *Oeuvres Complètes*, IX, p. 255 y s.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

MANUEL GUALLAR PEREZ, PBRO., *Indibil y Mandonio*, Instituto de Estudios Ilerdenses de la Excma. Diputación Provincial de Lérida. Lérida, 1956. Pp. 137 e índice general. 23×16 cm.

Acertada e interesante es la idea del Autor de esta breve colección textual histórica sobre los caudillos ilergetes del siglo III, a. C. No abundan en nuestra bibliografía histórica vigente las monografías sobre personajes de la historia prerromana o precristiana. Verdad es que las fuentes conservadas más antiguas y enlazadas a los hechos son parcas en noticias, insuficientes a veces, para proporcionar materia adecuada para un estudio completo, o por lo menos, caracterizador. Menos mal, si como en el caso presente, se logran los rasgos más o menos definidos de los héroes o lugares que se investigan.

El Autor del trabajo que reseñamos, ha recogido los textos más antiguos sobre los dos guerrilleros ilergetes en las fuentes griegas y latinas más próximas a los hechos y de mayor garantía, como son Polibio y Tito Livio.

Si trae también los *Punica*, de Silio Itálico, lo hace con buen criterio, para exponer la visión de un poeta que enjuicia a su modo las gestas y acontecimientos recibidos de la historia, y conserva el ambiente de leyenda que en su época, ya posterior a los hechos, envolvía a esos nombres.

Los sucesos y actitud, no siempre mantenida con nobleza y entereza, de los célebres iberos hispanos, quedan rectamente descritas, según el orden cronológico que ofrecen los textos, pero por otra parte echamos de menos en el desarrollo de la exposición del Autor juicios personales de crítica histórica sobre puntos discutibles, siquiera fueran sobrios y ponderados, ya que no se encuentran en muchos casos elementos suficientes para resultados concluyentes.

Los mapas gráficos que ilustran los hechos narrados y los localizan nos parecen demasiado lacónicos; algunos nombres más de ciudades y tribus iberas, etc., adyacentes a los lugares señalados en los textos, harían más comprensivos los acontecimientos.

No compartimos tampoco el criterio de acumular al fin de capítulo las notas referentes a pasajes del texto; es incómodo el procedimiento, y dificulta la fácil y continuada comprensión de lo que se va leyendo; al pie de página, como es la práctica común, son más directamente utilizables.

De todos modos el Autor ha sacado partido de los textos polibianos y livianos, para diseñar con acierto y la seguridad posible, la figura ética y psicológica de los dos jefes, Indibil y Mandonio.

La traducción de los fragmentos que se añaden en los Apéndices, es excelente, y no deja de ser buena la presentación tipográfica.

Animamos al Autor a estudiar con el mismo interés otros protagonistas de la historia antigua en las fuentes griegas y latinas, bien interpretadas y valoradas, como deben ser los trabajos científicos.

J. CAMPOS, SCH. P.

V.—GRAMATICA Y ESTILISTICA

M. BASSOLS DE CLIMENT, *Sintaxis latina*. C. S. I. C. Patronato «Menéndez y Pelayo» («Enciclopedia clásica», 3-4), Madrid, 1956. 2 vols. XVIII+410 y 460 pp. 21×13 cm.

Sería cómodo empezar la recensión de esta obra, como es costumbre en casos análogos, celebrando su aparición por la utilidad que representará para el estudioso español, al acercarle una materia que, en la extensión con que aquí aparece, no podía encontrar, por el momento, sino recurriendo a la bibliografía extranjera. Cómodo y no falso; en efecto, en tanto no se complete la «Sintaxis histórica de la Lengua latina», del propio Autor, y continúe agotado el excelente manual de A. Tovar, el

alumno universitario rendía tributo forzoso a las Sintaxis latinas de allende las fronteras; tributo que, dicho sea de paso, le resulta cada vez más gravoso a medida que la serie de bachilleres propagandísticos que, a contar desde 1953 inclusive, se han sucedido, va mermando progresivamente su caudal de conocimientos de las lenguas de hoy.

Mas un comienzo así, por cómodo y exacto que fuese, resultaría inadecuado como tal comienzo, pues lo de menos que cabe destacar en lugar preferente con respecto a esta obra es que esté escrita en castellano; lo importante de veras, tanto para el universitario incapaz de estudiar en lenguas distintas de la suya, como para el poliglota, es que está pensada en castellano. Siguiendo, efectivamente, la línea que el Autor se había trazado ya en el vol. I de su *Sintaxis histórica* (Barcelona., 1945), línea ampliada poco menos que programáticamente en el vol. II de la misma (*Sint. hist. II 1*, Premio «Francisco Franco», Barcelona, 1948), de perseguir los procedimientos sintácticos latinos hasta sus derivaciones románicas, insiste en el prólogo a la presente *Sintaxis latina* (p. XVII) en su intención de «establecer una estrecha conexión entre las construcciones latinas y las españolas, señalando tanto las coincidencias como las discrepancias», propósito que el lector ve satisfactoriamente cumplido a lo largo de toda la obra. Es natural que, precisamente por su carácter didáctico, de manual, en muchos lugares no pueda contener sino los puntos ya sentados en las obras de consulta básica; sin embargo, la indicada conexión con el castellano hace que, aun en los casos de simple adaptación, presente esta obra el interés de que una traducción al uso carecería. Por lo demás, esta atención a la lengua castellana no se circunscribe al plano puramente teórico o especulativo; sino que desciende a resolver al estudioso las dificultades que la exacta versión de determinados giros latinos representa para el traductor, incluso después de haberlos, por así decirlo, «entendido ya» en latín; lo cual constituye, indudablemente, uno de los más apreciables valores didácticos de la obra.

Por lo dicho se habrá podido pensar que ésta no se ciñe al campo de lo estrictamente gramatical, sino que comprende también, entrelazada con éste, la parte de la Estilística que le es vecina (cf. la repetida atención a las obras de Nägelsbach-Müller y Berger, p. ej.), dado que a la exposición de cada procedimiento sintáctico se acompaña la indicación de su mayor o menor uso en las distintas épocas de la lengua, así como en los diferentes géneros literarios y niveles sociales. Ello representa, por otro lado, que se trata de una auténtica sintaxis histórica, aunque este calificativo no se exhiba en el título, en toda la extensión del vocablo, a saber, comprendiendo no sólo los orígenes de las construcciones, sino también su evolución y transformación dentro del latín cristiano y medieval (a este respecto, adviértase la incorporación progresiva de los resultados alcanzados por los investigadores de estos campos, especialmente los de la escuela sueca, Löfstedt, Norberg, Svennung, etc., para no citar más). De aquí han de derivar claras ventajas no sólo para los investigadores del latín medieval hispánico, en los que modestamente de-

clara el Autor, haber pensado como posibles beneficiarios de su labor en este sentido, sino todos aquellos que, en número mucho mayor, investigan no precisamente la lengua, sino la historia y, en general, la cultura patristica, política y jurídica de los finales de la Antigüedad y de los tiempos medios, quienes más de una vez habrán debido claudicar ante el escollo que representan, en la lectura de tratados, formularios, documentos o diplomas, los giros y construcciones distintos de los clásicos para quien no conozca más que éstos.

Además, como resultado de una exposición así concebida, la obra consigue plasmar en su lector la imagen de una lengua encuadrada históricamente, una lengua que realmente ha sido hablada por un pueblo y que a la vez ha servido de instrumento de expresión a la literatura de este pueblo y de otros, algo muy distinto, en suma, de la falsa imagen que se reflejaba en más de una gramática dogmatista, donde, cual si del árabe literal o del sánscrito se tratara, la lengua latina aparecía sujeta a la camisa de fuerza de un encasillado estricto, al cual había luego que practicar innumerables cortes de excepciones, si no se quería obscurecer de modo imperdonable la realidad idiomática. Y no es que se rehuya la ca suística, por cierto. Todo lo contrario: se desciende al detalle, pero con tendencia a razonarlo más que a clasificarlo; B. de C., en vez de legislar, explica: una de las características de su docencia que más hemos de agradecerle quienes le debemos nuestra formación lingüística. Léanse, por ejemplo, como corroboración de lo dicho, los §§ I 74 y ss., sobre la concurrencia de los gens. y abl. de cualidad y de precio; o el I 107 sobre el uso o no uso de las proposiciones en la expresión de las relaciones de lugar a donde y de donde; o, en el vol. siguiente, el § 33 sobre el valor y uso de las partículas interrogativas.

Para terminar con las características de la disposición de la obra, tal vez no esté de más aludir a un aspecto de las externas. Concebida de seguro unitariamente, la materia se ha acomodado a la extensión de los vols., de la Enciclopedia clásica, reservando para el segundo tomo el tratado de la oración (simple y sus elementos, y compuesta); con todo, pese a esta dualidad, la consulta resulta facilitada por las referencias internas de un tomo a otro y, de modo especial, por los dos completísimos y orgánicos índices de materias y vocablos debidos a D. J. Bastardas y a la Srta. María C. Catalá, Profesores adjunto y ayudante, respectivamente, de la disciplina en la Universidad del Autor.

En la reseña del contenido es poco menos que forzoso practicar una división entre las partes dedicadas al estudio de las categorías nominales y de las formas personales del verbo, y el resto de la obra, por corresponder aquéllas a los volúmenes ya aparecidas de la *Sintaxis histórica*. La reducción de esta materia a la nueva publicación presenta, por lo común, estas características: la comparación con las lenguas neolatinas se reduce, prácticamente, al castellano (sólo esporádicamente se hace algún cotejo con el francés; exclusivismo que, en algún caso, puede dar lugar a inexactitudes, como por ej., al decir, I § 197, que de *hic* «no han

trascendido en romance más que giros estereotipados», dejando al margen su permanencia como tal pronombre en cat. *ho*); se ha prescindido de exponer por extenso la historia de las distintas categorías —por ej., etimología de los casos, estructura morfológica de las formas verbales, etc.—, así como de la elaboración y discusión de las diversas doctrinas aceptadas —sólo en casos de excepcional interés aparecen, en nota—. En cambio, dichas doctrinas, aunque simplificadas en parte, permanecen en general, con contadas omisiones (discutible la oportunidad de haber suprimido toda referencia a diversidad de empleo de futuros perfectos y perfectos de subjuntivo sigmáticos y asigmáticos). Pero no debe, por esto, creerse que los años entre una y otra publicación hayan pasado en vano y que no se trata ahora, en estos capítulos, sino de un compendio de los de la obra de consulta. Dos aspectos cabe destacar en comprobación de lo contrario: de un lado, la atención concedida a la reelaboración de los puntos que han sido sometidos a nuevos enfoques por parte de los científicos en estos años, cf. por ej., I § 112, acerca del origen del abl comparativo, donde B. de C., se mantiene ahora en una prudente reserva con respecto a la opinión corriente que lo hace arrancar del separativo (cf. recensión del vol. I de la *S. histórica*, en «Emérita», por M. Marín Peña); por otro, el reconocimiento, por lo menos implícito, de que la construcción neogramática de las categorías verbales se halla en crisis, frente a la relativa estabilidad de su doctrina acerca de los casos o, quizá, frente a una menor actividad o acierto de las nuevas corrientes en dicho campo, salta a la vista al considerar la desproporción entre el número de páginas que en la nueva obra corresponden, ¡no respectivamente!, a los dos volúmenes aparecidos de la anterior. Y no se crea que nos hallamos ante una reducción de carácter puramente negativo; léase, como uno de los ejemplos más claros de cómo se han adaptado también los nuevos elementos constructivos, la afirmación de I § 294, de contenido, ya que no de terminología, plenamente estructuralista: «tan sólo con referencia al pasado subsiste un reflejo del primitivo estado de cosas, ya que gracias a la existencia de dos tiempos de pretérito, el perfecto y el imperfecto, podía señalarse el aspecto puntual y durativo, respectivamente», en tanto que en el pasaje correspondiente de la obra anterior sólo se reconocía que «en latín nos encontramos con dos tiempos pasados, el imperfecto y el perfecto. Con ellos se establece una diferencia en el aspecto de la acción verbal» (*Sint. hist.* II, 1 § 50). En fin, como ejemplos de detalle de demostración de lo dicho acerca de que tales capítulos no provienen de una refundición sino de una reflexión, sobre dichas materias, pueden servir la exclusión de la preposición *para* de entre las equivalencias del dat. c. indir. (I § 84), y la aclaración del término «rúbrica», aplicado al genitivo (I § 58), poco expresivo para el lector castellano (cf. «genitivo de título», en la o. c., de Tovar), mediante el más o menos sinónimo «gen. de concepto», mucho más revelador.

Las restantes partes de la obra, a saber, las del vol. I dedicadas a la sintaxis del adjetivo, pronombre y partículas, así como todo el vol. II, pue-

den ser presentadas como la exposición más completa existente en castellano de la doctrina «recepta». Pero no es lo extenso y completo de esta exposición su único mérito; hay que poner en lugar destacado también su precisión. Léanse, como ejemplos, la concepción del superlativo como comparativo entre tres o más (I § 148), la distinción entre el infinitivo y el participio como complementos de verbos de percepción (I § 389), la negación de que se prejuzgue la realidad de las hipótesis del período llamado «real» (II § 248) —si bien se admita todavía este malhadado término, agravada, quizá, su perniciosa influencia por el hecho de que en la distinción de «tipos condicionales» parece haberse usado una nomenclatura basada parte sobre la calidad del nexo (cf. «relación necesaria»), parte sobre el modo de las oraciones (cf. «relación irreal»), lo que puede provocar el consiguiente confusionismo (en efecto, para muchas de las irreales, el nexo o relación es tan «necesario» como para las aquí llamadas de «relación necesaria») —; o, por último, la claridad con que, por lo común, se presentan los orígenes paratácticos de cada una de las construcciones hipotácticas de los diversos elementos de subordinación, párrafos que constituyen un auténtico aliciente entre las páginas de esta parte de la obra.

De todo lo que precede no debe colegirse que haya que considerar a esta Sintaxis como inmejorable; ya, de paso, se han hecho observaciones, especialmente con tendencia a reajustes terminológicos. En este mismo sentido sería, tal vez, de desear una revisión de los calificativos aplicados al latín, para evitar confusiones entre los meramente cronológicos y los estilísticos; así, por ej., «latín decadente», parece estar usado corrientemente para *Spätlatein*, lo que no se acomoda, en cambio, a que se diga, v. gr., en I § 358, que el imperat. fut. desapareció por completo en tal latín, cuando en obras tan representativas del período, como la Mulo-medicina, es abundante; probablemente «lengua hablada tardía», habría sido más exacto. Cf., también, «habla vulgar» y «lengua vulgar» diferenciadas, al parecer, cronológicamente en I § 227. Otro reajuste provechoso sería, probablemente, el de la distribución de ejemplos y teoría, evitando el darlos en algunos casos al final de ésta, cuando mejor sería intercalarlos (cf., por ej., II § 343, cita de Horacio referida inmediatamente a un uso de la prosa poetizante; o I § 108, 1 a), citas de Plauto y Horacio; también I § 129, b), cita de Cicerón. En fin, para acabar con estas cuestiones de nomenclatura o relacionadas con ella, no parece que *ipse* pueda ser llamado pronombre de «identidad» —en todo caso, de «autenticidad»—, ni ser dado sólo como «él mismo», siendo así que puede referirse a las tres personas; ni que sean a considerar como potenciales-irreales los empleos del indic. de verbos modales (*possum, poteram, oportuit*, etc., cf. I § 338 1 y II § 217): los irreales castellanos que les corresponden (podría, habría podido, hubiera convenido), se deben a una atracción formal; la construcción latina es perfectamente lógica.

Descendiendo a detalles, será quizás provechoso anotar algunas erratas no salvadas: I, § 9, entiéndase «palabras de la 3.^a declinación que man-

tienen un género vacilante» (sin coma); § 11, «propio de dicho sufijo» (cosa a justificar, por cierto); § 16 a), «casa que no es sólo suya sino también» (cf. el ejemplo catuliano a que aquí se refiere el Autor bien explicado en su *Sintaxis histórica* I § 21, 1); § 33, «al estudiar la voz de los verbos»; § 35, «multa (...) peccare» (sin coma); ibid. «en función de acusativo interno o adverbial»; § 62, 5, «como puede observarse, un elemento de estos adjetivos está integrado por su sustantivo (*pars, ars...*); § 79 «o mercis malae!» (la o forma parte de la cita); § 103 a), «su uso con dativo de finalidad»; § 114, «dulciora super mel (Vulg.)» (la cita es de un salmo; por tanto, no puede ser atribuida a S. Jerónimo); § 131 «incluso a nombres concretos»; § 134, 1, «desde hacia cuatrocientos años»; § 147 bis, «referirse por el sentido al segundo» (o sea, al regido) «pero concertar con el primero» (o sea, con el regente); § 152 nota 22, «la segunda caracteriza a los superlativos»; § 203, «no pueden usarse en frases que ya sin ellos serían negativas»; § 264, «en latín vulgar se construye también con acusativo»; § 368, «el agente se expresa»; § 386, 2, «completan el significado»; § 392 nota 24, el ej., de *ausus sum* podría suprimirse, pues esta forma es normal y más abundante que *ausi*, aparte de que es difícil anotarla como de verbo transitivo; § 398 d), «*lubens se construye como si fuera de verbo personal*» (pero no es «forma personal»). En el vol. II, § 15, «sino que permite distinguir la construcción atributiva»; § 24, 2 a), «abi nuntia»; § 81, no se ve por qué deban ser precisamente simples las ors. para coordinarse; § 117 a), «para suplir una oración con valor condicional»; § 159 nota 4, falta indicar la página; § 161 «finales, otras completivas» (dado que las interrogs. indirs. que se han aludido son completivas también); § 162, 2, «deberían formularse en imperfecto o pluscuamperfecto de subjuntivo»; § 193, 4, «cuando la acción expresada por él puede considerarse»; § 197 «sustantivas con quod» —dos veces—; § 215 b) «sólo se puede admitir»; § 226 bis, 4, no se ve por qué un mero dativo impida la constr. pers.; § 240, «de donde, con inclusión del antecedente»; § 263, 3, «*laudabat? (Sall.)*»; por último, en la fe de erratas, parte correspondiente al tomo II, conviene «correr» la numeración de las páginas 307-365, repitiendo 278, 307..., y atribuyendo a página 365 la corrección que figura en primer lugar de las de página 278.

Esta enumeración no pretende en modo alguno ser exhaustiva, sino limitada a puntos cuya rectificación podía proponerse con bastante seguridad y, por otra parte, no subsanables a primera vista por el lector. Pero ya se ve que ni por separado ni en conjunto logran empañar, dado el volumen de la obra, su importancia excepcional, aparte de que el señalarlos no es sino reflejo del deseo de verla, si cabe, mejorada en futuras ediciones (así, en plural), que bien pueden augurársele ya desde hoy.

S. MARINER BIGORRA.

OTTO SCHOENBERGER, *Übungsbuch des lateinischen Stils*. Heidelberg 1953, Carl Winter Universitätsverlag. 72 pp. (13×20 cm.).

Componen el volumen veinticinco trozos de alemán y su traducción al latín, como ejercicios de Estilística Latina, que el estudiante universitario puede practicar privadamente sin necesidad de la dirección del profesor. Los trozos tienen como argumento personajes, hechos e instituciones de Roma, a fin de que el interés del fondo estimule la atención y la retentiva del estudiante en cuanto a la forma latina de que se le reviste. Siguen unos pocos trozos de argumento filosófico y un fragmento de *Shakespeare* de Gundolf. Deliberadamente omite el Autor trozos sobre la vida real y cotidiana actual, para no hacer demasiado farragoso el libro. Claro que en tales trozos halla la máxima dificultad el estudiante de Estilística Latina.

Los ejercicios, como es natural, están graduados en orden creciente de dificultad, y algunos están traducidos de varias maneras, con la intención de que el alumno palpe la infinita variedad de la lengua latina y pondere las posibles formas de expresión de un mismo concepto.

No abundan los manuales de ejercicios de Estilística Latina, que siempre serán necesarios al auténtico filólogo. Este que nos ofrece el Autor está compuesto con la intención de que sea un verdadero manual, que se pueda llevar a casa para su manejo ininterrumpido. Sólo así la lengua latina volverá a ser lengua de cultura y se desmentirá a Goethe cuando afirma en *Sprüche in Prosa*, 1039 (según cita del Autor en p. 3): «Los modernos suelen escribir latín solamente cuando no tienen nada que hacer».

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

VI.—ESTUDIOS

CATAUDELLA, QUINTINO, *La Novelle Greca*. Prolegomeni e testi in traduzione originali. Edizioni Scientifiche Italiane, Napoli (Vía Roma, 406), pp. 408, 21×14 cm.

He aquí un libro —mitad estudio, mitad antología— sobre el difícil tema de la novelística griega. El tema, a decir verdad, no es tan novedoso que no haya sido tratado anteriormente por otros. Conocidas son las páginas que Menéndez Pelayo dedica a este tema en su monografía sobre el «Origen de la Novela» (Obras completas, t. XIII, Santander, 1943). Más en particular se han ocupado de él Hausrath-Marx (*Griechische Märchen*, Jena 1913), Rohde (*Griechische Roman*, 1914) y O. Schissel von Fleschenberg (*Die Griechische Novelle*, 1913). Pero así, y todo, tiene razón el Prof. Enk de Groninga al decir que los filólogos han tenido demasiado abandonado

el tema de la novela greco-romana (cf. *Antique «Short stories»*, Groningen 1949, p. 20).

Por eso es digno de alabar el esfuerzo realizado por el profesor Cataudella para sistematizar en la primera parte de esta obra (pp. 1-172) los datos y teorías más importantes sobre la novela entre los griegos. Posiblemente no encontrarán muchas novedades los especialistas en la materia; en cambio el público culto y hasta sabios filólogos no familiarizados con el tema agradecerán sin duda al Autor la labor realizada, con tanta claridad y con tanta riqueza de materiales, difícil de encontrar reunidos en otro Autor. Sólo el enunciado de los temas de esta primera parte es suficiente para revelar a los iniciados en la materia el interés de este libro.

He aquí el índice de los temas en él tratados:

- I. La novela y las formas afines de la narrativa de invención.
- II. La novela y la épica.
- III. La novela erótica en la poesía lírica y en la historiografía.
- IV. La novela «ática» en la poesía dramática.
- V. La novela «histórica».
- VI. La novela en la elegía y en la literatura paradoxográfica y metamórfica.
- VII. La novela en la fabulística, epistolografía, en la paremiografía y en la pintura parietal.
- VIII. La novela en la declamación retórica.
- IX. Novelas Sibaríticas y Milesias.
- X. Colecciones de novelas.

Una de las ideas que se desprende de la exposición del Autor es la de que la novela, como género literario, pasó casi inadvertida a los retóricos antiguos. No llegaron ni siquiera a fijar un nombre que pasara a la posteridad. Tanto los griegos como los latinos la denominaron con nombres diversos. Esta múltiple nomenclatura, la recoge el Autor en su obra, Cfr. página 8, nombres griegos (λόγος, μῦθος, ἀπόλογος, αἶνος, διήγημα, διήγησις, πλάσμα, μυθάριον) y página 14, nombres latinos (fabula, fabella, enarratio, historia, mythistoria, res ficta, exemplum fictum, argumentum). Esto prueba que los antiguos no habían llegado a fijar ni la naturaleza ni los límites de la novelística. Para ellos era aún algo inconexo, caótico, indefinido. La delimitación de campos en esta materia ha sido obra de época muy posterior. Así se explica por qué no hay tratadistas de la novela en la antigüedad y por qué ahora resulta difícil afrontar este tema. El Dr. Cataudella, bien pertrechado de recursos, creemos que no sólo lo ha acometido animoso, sino que lo ha desarrollado con maestría. Más aún; no contento con la exposición teórica del tema y de sus problemas, en la segunda parte de la obra (pp. 173-398), ha reunido una abundante colección de textos de clásicos griegos, vertidos al italiano, donde el tema de la novela tiene la más rica y variada ejemplarización. Felicitamos al Autor y al profesor Macchia, Director de la Colección de Antologías, de la que forma parte esta obra del Dr. Cataudella.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

ALONSO SCHOEKEL, LUIS, S. I., *La Formación del Estilo. Libro del Profesor*. «Bibliotheca Comillensis». 3.ª edición. Editorial «Sal Terrae». Ap. 77. Santander 1957. 322 pp. (15×21 cm.).

Hace años que nos servimos de la 2.ª edición de esta obra del P. Schoekel, y ahora vemos con ilusión esta 3.ª, ampliada y mejorada.

Sobriamente nos declara el Autor su propósito: «Lo que yo he pretendido con este libro es dar una serie de orientaciones prácticas y sistemáticas sobre un tema tan solicitado como es la formación del estilo personal. Al profesor y al discípulo ofrezco el resultado de mis experiencias. Mejor diría, ofrecemos, porque también mis alumnos han sido colaboradores insignes. Sin ellos le faltaría, a esta obra, mucho de práctica y de real. Gracias a ellos se hacen concretas y de aplicación inmediata las orientaciones sobre el estilo».

Abruma la cantidad de observaciones metodológicas acumuladas por el Autor: manifiestamente se ve que esta obra es fruto de muchos años dedicados a la enseñanza del uso escrito de la lengua. Este libro del P. Schoekel es un estupendo método para enseñar a escribir. ¡A qué distancia de la antigua y superada «Retórica y Poética»!

La experiencia nos dice que hasta los 14 años (final del Grado Elemental del actual Bachillerato) los alumnos, salvo raras excepciones, no saben trasladar al papel otra cosa que la descripción externa de lo que ven o han visto: y esto con mucha torpeza y pobreza. Hasta esa edad han de componer por imitación de algo sencillo, leído previamente. Para aprovecharse bien del libro del P. Schoekel creemos que el alumno tiene que haber superado esa etapa elemental. Y es que al ejercicio de redacción, como al de atletismo, sólo pueden ser invitados elementos buenos, que pasen de la medianía. Los demás tienen que resignarse a quedar fuera, o a adelantar con mucha lentitud y a la par de los años. No obstante esto, el P. Schoekel nos trae, en su libro, ejemplos de redacción muy aceptables en alumnos de 13 y 14 años. Nos los suponemos alumnos de Humanidades, tempranamente ejercitados en redactar, y con abundante tiempo para ello.

No podríamos enumerar los aciertos de esta obra tan pedagógica, y práctica, por ser muchísimos. Destacaremos el capítulo IV, dedicado a la *descripción*; el VII, en el que se impugna el *estilo impreciso*; y el VIII, dedicado a lo *cómico*. Originalísimo y estupendo nos ha parecido el estudio dedicado al *Estilo de las ideas religiosas* (pp. 198 a 213).

Los reparos que se nos ocurren son los siguientes:

1.º Quizá sea excesiva la cita de autores y obras. Preferíamos una selección. Los trozos que se presentan como modelos son más eficaces entreverados con la doctrina, que no aparte. La antología que se presenta en el «Libro del Alumno» la veríamos mejor, depurada, en el Libro del Profesor, pues tanto o más que al profesor este libro interesa al alumno.

2.º Nos parece ver demasiada prolijidad. Podía disminuirse el volumen del libro en un tercio, y diría lo mismo. Hay demasiadas divisiones y sub-

divisiones (así en pp. 176 a 177; 143 a 147; y en general, cabe reducir todo). El lector fácilmente pierde el hilo de lo que se viene tratando.

3.º Desearíamos más claridad en la distribución de los temas: va mezclado, y en el mismo tono y tipo, lo muy importante y lo menos. Por ejemplo, es de capital importancia la impugnación del *estilo impreciso*, y esto va, en el libro, mezclado con otras cosas, de modo que en la mente del lector, el tal estilo no queda anatematizado como es de desear. Lo mismo digamos del ataque a las *frases hechas*, incluido en el capítulo IV como una de tantas cosas. Nos gustaría que estas plazas fuertes que hay que derrocar, estuviesen aisladas, para poder asestarles bien los tiros.

4.º Creemos que el Autor ha declarado poca guerra a estos dos enemigos de la redacción: el abuso del adjetivo y la descripción falsa. Así se dan por buenas ciertas redacciones de alumnos, donde sólo se ve una esperanza, y que hay madera; pero nada más. Algún fragmento como de maestro (v. gr.: el de Fernández Flórez de p. 79), no nos parece digno de imitación; porque cae en la exageración y falsedad, con lo cual se da alientos al innato vicio que arrastra, a todo principiante, a falsear. Sospechamos, sin embargo, que ese trozo ha sido puesto de intento para hacer ver la poca distancia que le separa del anteriormente citado de un alumno.

Todo aprendizaje es duro; pero este de redactar es pesadísimo para profesor y discípulos. Hay que gastar mucho material y leer siempre cosa buena. Tratándose de Seminarios e Institutos Religiosos, es muy frecuente ver torpedeada la labor del profesor por la asidua lectura de libros pobremente escritos. Sin caer en el otro extremo, el aprendizaje de una buena redacción ha de verse ayudado por una abundante y selecta lectura de literatura moderna.

E. GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

VII.—VARIA

L. LAURAND ET A. LAURAS, *Manuel des Etudes Grecques et Latines*. Tomo I *Grèce*. Edition entièrement refondue. Paris 1956, Editions Picard (82, rue Bonaparte). VIII-676 pp. en 8.^o. Precio, 2.250 francos.

Pocos libros habrá habido, y ciertamente ninguno entre los de su clase, que hayan permanecido (permitasenos la frase), en servicio activo, tanto tiempo como el *Manuel des Etudes Grecques et Latines* de L. LAURAND. Por años y años, a través de sucesivas reediciones revisadas por el Autor y sus colaboradores, ha sido lo que su título indica, el *manual* que todo estudiante de Lenguas Clásicas manejaba asiduamente «nocturna manu, manu diurna». Pero se nos había quedado fundamentalmente viejo, sobre todo en alguna de sus partes, y no digamos en la bibliografía: contra este grave inconveniente nada podían los retoques parciales. Pero así y todo, no nos aveníamos a prescindir totalmente de él, dada la familiaridad contraída en su empleo. Por eso, saludamos con alegría el anuncio de su completa revisión y puesta al día por A. LAURAS, discípulo y colaborador del difunto P. L. LAURAND.

Salió primero de las prensas, en el año 1955, el tomo II, *Rome* (reseñado en HELMANTICA, VII, núm. 22, p. 165-6). Ahora lo hace el tomo I, *Grèce*.

Apenas abrimos sus páginas, nos dimos cuenta de que se ha realizado el propósito: el viejo y benemérito LAURAND ha quedado remozado, conservando sus características esenciales. El LAURAND-LAURAS, que ahora se nos presenta, está enriquecido con el acervo que a los estudios clásicos han aportado estos últimos fecundos decenios de investigación y producción científica, pero sigue siendo fruto de la clase y para la clase. La Gramática histórica Griega, por ejemplo, es casi totalmente nueva, como era de esperar, y muy práctica.

¿Para qué entrar en detalles? El continuo empleo de este *Manuel*, como lo hemos experimentado ya nosotros con el II tomo, irá descubriendo al lector nuevos e insospechados méritos y valores. Se le hará imprescindible en su conjunto.

No dudamos que el *Manuel des Etudes Grecques et Latines*, en esta su segunda salida, tendrá tan larga y fecunda vida como en la primera. Lo auguramos así para el auge y esplendor de los estudios clásicos.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

HERNANDEZ-VISTA, V. EUGENIO, *El Mundo Clásico visto por Menéndez Pelayo*. Colección «Libros de actualidad intelectual». Editora Nacional, Madrid 1956. Pp. 295 (15×21 cm.). Precio 95 ptas. ¹.

En esta antología se reúne cuanto Menéndez Pelayo escribió sobre los clásicos grecolatinos. Está extraída tras una lectura reposada y seguida de toda la producción literaria del Maestro. «No hay que buscar (en sus capítulos), continuidad argumental, ni aún siquiera entre los textos que componen cada uno. Estos textos no son formalmente un mosaico que reconstruyo. Muy al contrario, cada texto formalmente pertenece a un mosaico del que lo extraigo. Ahora bien: si extraemos esos trozos y los reunimos, es buscando otra unidad. Por tanto, con ellos estoy haciendo una construcción. ¿Cuál es ella? Sencillamente ésta: estoy intentando aprisionar la fuerza motriz del pensamiento de Menéndez Pelayo, y presentársela, concreta en textos, al lector; esa fuerza motriz es el *modus operandi* del mundo clásico en Menéndez Pelayo» (Introducción p. XIX).

Muchas veces se ha dicho, y más en este año centenario, que Menéndez Pelayo fué un auténtico humanista, un humanista del Renacimiento extraviado en las postrimerías del siglo XIX: de él se sentía solidario. Su amor a la Antigüedad fué una irresistible querencia en su alma. Y así es. Esta antología lo prueba muy abundantemente. No pidamos a Menéndez Pelayo que se asome al mundo clásico con ojos fríos de filólogo. No lo pretendió tampoco. «Por una sola elegía de Tibulo o una sola sátira de Horacio hubiera dado, sin cargo de conciencia, todas las curiosidades archivadas en Festo, Varrón, Nonio Marcelo y Aulo Gelio» ². Por esto, aunque Menéndez Pelayo admiraba la labor tenaz de búsqueda de datos y estudio de los textos, él quería para sí la mejor parte, y concluía: «Para enseñorearse del reino del pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas» ³.

A muchos puede no agrandar esta postura tradicional y un tanto terca de Menéndez Pelayo; pero él fué así. Ciertamente que esta visión humanista de los clásicos señala, en Menéndez Pelayo, grandes limitaciones; pero pensemos en el ambiente cultural que le rodeaba, en lo escandalosamente estéril que era entonces nuestra Universidad y demás instituciones similares extrauniversitarias, y tendremos que concluir que, aun cuando Me-

¹ En el número anterior de HELMANTICA (Mayo-Agosto 1957, núm. 26), recoge el P. José Jiménez, C. M. F., los «Ecos del Centenario de Menéndez Pelayo». Aquí hace el P. Jiménez una mención elogiosa de este libro del Sr. Hernández-Vista.

² *Ensayos de crítica filosófica*. Citado por el Sr. Lasso de la Vega en el discurso inaugural del «Primer Congreso de Estudios Clásicos». Madrid, 1956.

³ *Ensayos de crítica literaria*. Citado por el mismo Sr. Lasso de la Vega.

néndez Pelayo hubiera podido y querido, no estaba el terreno abonado para el cultivo de la filología clásica o de la lingüística al modo europeo de la época. Había que remover nuestra historiografía y penetrar en nuestros clásicos y ensanchar su horizonte; había que despertar el interés colectivo por los valores espirituales y estéticos de nuestro depósito cultural; había que defender el pensamiento español de desvíos racionalistas y laicizantes (Sanz del Río e Institución Libre). ¿Dónde, pues, en medio de este desigual combate, encontrar el *otium* necesario para dedicarse alegre y confiadamente a escribir una *Römische Geschichte*, al modo de los grandes maestros de la escuela histórica alemana, o una *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes*, como la de su coetáneo Ferdinand de Saussure de la escuela francesa de lingüística?

Tomémosle a Menéndez Pelayo, como fué, y querámosle enamorado del Mundo Clásico, como estuvo. Ni nos lo imaginamos de otro modo. En esta antología que comentamos, aparece, como en una película, toda la dimensión humanista de Menéndez Pelayo. Diríamos que dice poco de cada cosa; que se fija más en las personas que en las instituciones; que no nos «descubre» a los Clásicos. Pero llama nuestra atención sobre ellos, y nos convence de que sólo en ellos, o en los que se miran en ellos, está la auténtica belleza. Este es su pregón.

E. GANCEDO IBARRONDO, S. D. B.

ANIBAL SANCHEZ FRAILE. *Un tratado del s. XV sobre la Predestinación en castellano, debido al V. P. Fr. Martín Alfonso de Córdoba* (C. E. S., Salamanca, 1956. CXXX, 94 pp.).

Una bella tesis para el doctorado en Teología en la Universidad Eclesiástica de Salamanca; aligerados los 300 folios de cuanto pudiera hacer su lectura fatigosa, se presenta en este libro que edita pulcramente el *Centro de Estudios Salmantinos*.

La elaboración cuidadosa, la erudición amplia, el manejo de copiosa bibliografía, la técnica, en una palabra, es la acostumbrada en las buenas tesis doctorales.

En ésta brilla, además, el ingenio del Autor, su laboriosidad cuidadosa y un estilo terso y vivo, que hace su lectura interesante y agradable.

Pero sobre todo el tema es por demás significativo. Se trata de presentar, situar, explicar y valorar un manuscrito inédito de la Biblioteca de la Universidad, que descubrió y tituló D. Fulgencio Riesco y que ahora nos ofrece el Dr. D. Aníbal Sánchez Fraile, que a sus brillantes y laureadas gestas musicales, a sus publicaciones folklóricas y a sus triunfos en Cátedras de Música en las Normales, añade también estas conquistas literario-teológicas.

El manuscrito es de una figura relevante en las letras hispanas prerrenacentistas y teólogo precursor de la grandiosa escuela salmantina, «el

muy devoto padre Fray Martín, de la Orden Agustina de Valladolid, Doctor en Artes, Maestro en Santa Theologia, grandísimo letrado, predicador de buena honesta vida», como dice el introductor antiguo del manuscrito.

Y es además Fr. Martín Alfonso de Córdoba, un clásico de primera categoría en el cuatrocientos español, con los deliciosos tratados que adoctrinaron en piedad, pureza y honestidad a Isabel la Católica y su Corte: «*Vergel de nobles doncellas*», «*Alabanzas de la Virginidad*», «*Compendio de la fortuna*», escritos admirables, «*libros de los más hechiceros del cuatrocientos*», como dijo el gran investigador P. de la Pinta Llorente, y un sugestivo exponente de la literatura y preocupaciones teológicas de su tiempo.

Por eso aún hoy se están haciendo nuevas ediciones críticas de las obras de Fr. Martín, entre las que descuella esta del Dr. Sánchez Fraile.

El asunto es el inescrutable misterio de la predestinación, que entonces y ahora angustia tantos corazones y deja en tremenda perplejidad a tantas inteligencias. Las altísimas de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, como demuestra esta tesis, dieron a Fr. Martín las soluciones consuetas, sin salir de la oscuridad, pues como dice el P. Hugón, O. P., en cita de D. Anibal, «*exclusio mysterii esset in hac re erroris inditium*». Y como dice un poeta contemporáneo de Fr. Martín en aquellas polémicas o justas predestinacionales que tan eruditamente estudia el Autor de la tesis:

Sant Pablo Apóstol con quanto sabía,
non ssopo otra cossa aquí declarar.

Tenemos, en suma, la incorporación a las letras y a la Teología de unos tiempos aurorales en las grandezas hispanas de un ejemplar y delicioso escrito, que se nos presenta en transcripción crítica y con cuantos subsidios teológicos y literarios con convenientes para comprender al Autor, su tema en su tiempo y su proyección histórica.

JOSE ARTERO.

H. LEON EUTIMIO, MARISTA. *Valor actual de la Pedagogía del Beato Marcelino Champagnat*. Bogotá, 1956. 267 pp.

En esta tesis doctoral elogiosamente aprobada por la Facultad de Filosofía, Letras y Pedagogía de la Universidad Católica Javeriana de Colombia, ha abarcado el H. León, todo el campo de la pedagogía enmarcando la pedagogía del Fundador de los Hermanos Maristas, dentro del marco de la pedagogía tradicional y moderna. Como dice en su informe el «Presidente de Tesis», Dr. Rafael Bernal Jiménez, «en dicha obra su autor realiza un exhaustivo análisis del pensamiento orientador del sistema educativo del Beato Champagnat, a la luz de la pedagogía moderna. Deseo simplemente afirmar, en honor de la verdad, y para cumplir la delicada misión con la Universidad, que tal trabajo no solamente reúne los requisitos

reglamentarios exigidos, sino que su consulta, en caso de ser publicado, será de extraordinaria utilidad para educadores y psicólogos».

En siete amplios capítulos se divide la tesis: esbozo biográfico, el educador, el educando, la educación, educación integral, nuevos aspectos de la educación integral, medios disciplinarios.

En un estilo trasparente y animado el Autor va profundizando en los temas con una penetrante mirada personal, analítica, investigadora, segura. Ante sus ojos van desfilando los grandes pedagogos con sus teorías y escuelas y como una abeja de todos ellos, saca la miel que integra la pedagogía del Beato Champagnat.

Creo que es un libro que puede dar mucha luz a todos los que se dedican al tan difícil como fecundo apostolado de la educación.

ENRIQUE BASABE, S. J.

NIETO LOZANO, DANILO. *La Educación en el Nuevo Reino de Granada*. Editorial Santa Fe, Bogotá, 1955. 180 pp.

Simpática es esta tesis para todo español, simpática y aleccionadora. El Dr. Alberto Miramon, Presidente de Tesis, ha expuesto el por qué. «Contra el hueco, pero imponente andamiaje de la leyenda negra, que ha querido tizar a una de obscurantismo a España y a la Iglesia, la fría pero inquebrantable objetividad de los documentos se ha ido alzando poco a poco para destruir los prejuicios cubiertos con el disfraz de la falsa ciencia y el engañoso progreso que han pretendido negar el colosal esfuerzo de las comunidades religiosas en favor de la civilización americana».

El joven doctor de la Universidad Javeriana, ha reunido en ésta su tesis todos los documentos que ha logrado descubrir relativos a la educación en América y en particular al Nuevo Reino de Granada. Los capítulos en que los divide son los siguientes: I. Microvisión de la educación colonial americana. II. Los Conquistadores españoles. III. La Educación en la Colonia. IV. Orden en que aparecieron las diversas facultades. V. Fundación de los principales Centros Educativos. VI. Principales Planes de Estudio en el Nuevo Reino de Granada.

El libro está escrito con cariño y con gratitud: «Mientras España estuvo presente en estas tierras puso todo su esfuerzo por proporcionar a sus moradores las mayores ventajas y comodidades en todos los órdenes de la vida. Sólo el regreso al pasado, estudiado con un espíritu imparcial, nos dará el conocimiento de los grandes méritos del pueblo español en lo que respecta a todos los ámbitos de la cultura espiritual e intelectual».

Su investigación documental ha de interesar grandemente a todos los que estudian este fecundo campo de la cultura.

ENRIQUE BASABE, S. J.